

LA GUERRA Y LA INTERNACIONAL

León Trotsky

Fundación Federico Engels

LA GUERRA Y LA INTERNACIONAL
León Trotsky

© Fundación Federico Engels
Primera edición: mayo de 2015

ISBN: 978-84-16285-09-9
Depósito Legal: M-18496-2015

Publicado y distribuido por:
Fundación Federico Engels
C/ Hermanos del Moral 33, bajo B. 28019 Madrid
Telf.: 914 283 870 • fundacion@fundacionfedericoengels.org
www.fundacionfedericoengels.org

ÍNDICE

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Nota de los Editores | 7 |
| Introducción del autor | 17 |
| I. La cuestión balcánica | 29 |
| II. Austria-Hungría | 45 |
| III. La guerra contra el zarismo | 55 |
| IV. La guerra contra Occidente | 69 |
| V. La guerra de defensa | 81 |
| VI. ¿Qué tienen que ver los socialistas con las guerras capitalistas | 95 |
| VII. El colapso de la Internacional | 111 |
| VIII. Oportunismo socialista | 117 |
| IX. El declive del espíritu revolucionario | 127 |
| X. Imperialismo de la clase trabajadora | 133 |
| XI. La época revolucionaria | 139 |

Nota de los Editores

Trotsky escribió esta corta obra en octubre de 1914, desencadenada ya la Primera Guerra Mundial. El ejército alemán había invadido Bélgica y ocupaba parte de Francia, y aplicando la política del “terror” destruía ciudades enteras como Lovaina, al tiempo que masacraba a la población civil, especialmente en caso de oposición armada a la invasión.

En este trabajo, Trotsky aborda el carácter de clase de la guerra, su origen y causas. La guerra nace como una necesidad de la economía mundial, de la lucha sin tregua de las principales potencias capitalistas, entre ellas, Alemania, por conquistar nuevos mercados para sus productos industriales, controlar las rutas comerciales y extraer materias primas de los países coloniales. La guerra es el resultado de la sublevación de las fuerzas productivas contra la camisa de fuerza que suponen los Estados nacionales y contra la propia organización económica capitalista, convertida en un gran caos. La guerra es una necesidad para el desarrollo del capitalismo, especialmente entre las naciones que, como Alemania, han llegado tarde al reparto colonial y que, convertida en una gran potencia industrial, rivaliza directamente con Inglaterra y Francia.

En estas circunstancias históricas, la clase trabajadora, el proletariado, no puede defender la supervivencia de la anticuada patria nacional, que se ha convertido en el principal obstáculo para el desarrollo económico. La tarea histórica del proletariado consiste en crear una “patria” mucho

más poderosa, mucho más grande, que englobe a todos los países de Europa, como paso previo a la unidad de todos los Estados del mundo. Frente al capitalismo imperialista y la destrucción de la guerra, el único camino que tiene la clase trabajadora es oponer su programa político: la organización socialista de la economía mundial. La guerra mundial es el método del capitalismo imperialista para resolver sus contradicciones insalvables, pero a este método el proletariado debe oponer el suyo: la revolución socialista.

Pero, precisamente, cuando el capitalismo imperialista estalla, cuando la economía colapsa, cuando los Estados nacionales están al límite de su supervivencia, cuando ante el proletariado se presenta la gran oportunidad histórica de pasar página, es decir, cuando el momento histórico exige organizar y ganar la batalla final, los dirigentes de los principales partidos y organizaciones de la clase obrera en Europa traicionan abierta y descaradamente los intereses de los trabajadores y se ponen al servicio de las clases dominantes y de la guerra que se prepara.

Los programas políticos que hasta un día antes defendían los dirigentes de los partidos socialistas son completamente abandonados y traicionados. Los dirigentes socialistas nacionales, que son también los dirigentes de la Internacional que crearon Marx y Engels, se pasan al lado de sus respectivos gobiernos, que hasta ese momento habían sido los peores enemigos de la clase trabajadora en cada uno de sus países.

Esta claudicación es completa: la mayoría de los partidos socialistas nacionales — con el mayor y más importante de ellos a la cabeza, el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) — deciden a última hora cambiar radicalmente su posición ante la guerra que se avecinaba, y acuerdan apoyar en los parlamentos nacionales los créditos de guerra necesarios para que empiece el enfrentamiento armado.

Todo fue abandonado públicamente en cuestión de días: el programa revolucionario, la doctrina marxista, el internacionalismo, la prensa obrera, etcétera. Como consecuencia de todo ello, la propia Internacional colapsa. Se derrumba el instrumento creado con tanto esfuerzo y lucha para la defensa del proletariado mundial como una clase planetaria, cuyos intereses son los mismos en todo el mundo sin distinción de fronteras, naciones, razas ni culturas, como herramienta de garantía de su carácter internacional, de sus intereses colectivos y comunes con el conjunto de los trabajadores en toda la Tierra. El lema "Proletarios de todos los países, uníos" fue sustituido por "Proletarios de todos los países, mataros en las trincheras para beneficio de los capitalistas".

La superioridad que le da al proletariado estar en la primera línea del desarrollo histórico, frente a las diferencias nacionales, los límites fronterizos, los intereses imperialistas de las clases dominantes, todo ese potencial que permite a la clase obrera actuar como un solo hombre en todo el mundo en defensa de un interés común, todo se viene abajo por la traición de sus propios dirigentes.

Así desaparece el último obstáculo de los gobiernos y las clases dominantes para dar el primer paso hacia la destrucción total de ciudades, países y pueblos enteros, de la masacre de millones de trabajadores vestidos con el uniforme militar. Este fue el papel que jugaron los dirigentes socialistas y socialdemócratas, los dirigentes de la Internacional: sobre sus hombros cae la responsabilidad histórica de la mayor matanza de la historia hasta ese momento, la que abriría la puerta a una nueva y mayor guerra mundial años más tarde.

Esta fue la situación ante la que se encontraron el puñado de cuadros dirigentes que se opusieron a esta traición sin precedentes en la historia del movimiento obrero.

Lenin y los bolcheviques rusos, los pocos mencheviques internacionalistas agrupados con Mártoov, la corriente internacionalista del SPD liderada por Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Leo Jogiches, el joven Partido Socialdemócrata serbio, los socialistas holandeses de Tribune, los minoría internacionalista de los partidos socialistas de Bulgaria e Italia, James Connolly en Irlanda y Trotsky fueron, básicamente, la oposición a la corriente socialchovinista, nacional, burguesa, que abrazaron el conjunto de los partidos y dirigentes socialistas a los que se unieron la mayoría de los dirigentes sindicales de sus respectivos países.

Sin embargo, esta situación de catástrofe para las fuerzas del marxismo a nivel internacional, no impidió que tres años después, antes de que finalizara la guerra, los bolcheviques rusos, con Lenin y Trotsky a la cabeza, lideraran en octubre de 1917 la primera revolución proletaria triunfante. Así se manifiesta la historia, así se desarrolla la lucha de clases: lo que parecía el final del proyecto marxista, se convirtió en el principio de un nuevo periodo histórico revolucionario.

LOS PUNTOS ESENCIALES DEL LIBRO

El libro de Trotsky comienza con un análisis de la situación de los Balcanes, donde la cuestión nacional, altamente explosiva en esta zona, fue utilizada por las grandes potencias europeas y Turquía en beneficio de sus propias aspiraciones imperialistas. Trotsky se extiende sobre la situación de Rusia, prevé que una catástrofe militar del zarismo daría lugar a un estallido revolucionario y aborda la situación en Alemania, con una crítica muy dura de la posición del partido socialdemócrata y su teoría sobre el carácter defensivo de la guerra.

Trotsky arremete contra la falsa teoría de “la guerra defensiva y ofensiva”, esgrimida por los aparatos socialdemócratas para justificar su capitulación, desmontando la tesis de la supuesta “defensa de la independencia nacional” con la que se pretendían engañar a los trabajadores para que se enrolaran de buena gana en los ejércitos nacionales. Para el autor, la verdadera independencia nacional desde el punto de vista del marxismo se asegura en la conciencia de las masas de todas las naciones, preservando y desarrollando la solidaridad internacional de los trabajadores.

La guerra y la Internacional incide en cuestiones sumamente interesantes; así, Trotsky señala que los momentos de mayor movilización militar por parte del Estado coinciden con el periodo de mayor aislamiento político del socialismo. Describe cómo la vanguardia de la clase obrera se siente en minoría y sus organizaciones quedan desbaratadas, pues el poderoso aparato militar del Estado con el poder concentrado del gobierno, incluida la cooperación de todos los partidos e instituciones burguesas, producen que la movilización militar despierte expectativas entre sectores sociales políticamente atrasados. La guerra abre falsamente nuevas perspectivas para los elementos más desamparados del pueblo, desempleados, trabajadores pobres, pequeños propietarios y artesanos, trabajadores del campo, etcétera, que en condiciones de normalidad no se alistarían nunca al ejército. Así, señala el autor cómo los corazones de estas masas, arrancadas de la miseria y la servidumbre, se llenan de esperanzas confusas. Y compara este proceso con otro similar que se produce, pero de signo contrario, en los periodos de auge de la lucha de clases, cuando estos mismos sectores sociales encuentran su expresión en el entusiasmo revolucionario. Estas emociones, que en los primeros momentos de la guerra adoptan temporalmente la forma de “borrachera patriótica”,

también arrastran a grandes sectores de la clase trabajadora. Pero, asegura el autor, toda la influencia que los partidos obreros pudieran perder al comienzo de la guerra, luego se recuperaría multiplicada por dos o por tres cuando se produzca el giro inevitable en el sentimiento de las masas tras conocerse de primera mano los horrores y verdaderos intereses de la guerra.

Trotsky plantea otra cuestión fundamental: si la movilización militar de la clase trabajadora fue también la señal para el colapso de la Internacional, si los partidos obreros se unieron a los gobiernos y a los ejércitos sin la menor protesta, es porque hay causas profundas que son comunes a toda la Internacional, para que todo esto ocurriera. Y estas causas no hay que buscarlas en los errores individuales o en la incompetencia de los dirigentes de los partidos obreros, sino en las condiciones objetivas de la época en que nació y se desarrolló la Internacional Socialista, y que dieron lugar al desarrollo del reformismo y el revisionismo en sus filas.

Trotsky explica que después de la Comuna de París en 1871, el desarrollo de la lucha política del proletariado y sus organizaciones, en países como Inglaterra, Francia o Alemania, coincidió con un periodo de crecimiento capitalista prodigioso sobre la base del Estado nacional. Para el movimiento obrero fue una época de lenta concentración de fuerzas, de organización, y de "posibilismo" político u oportunismo. La mejora considerable de las condiciones de existencia de las capas superiores de proletariado (la aristocracia obrera), llevó al movimiento socialista a las pacíficas aguas del sindicalismo tradeunionista en Inglaterra y las políticas liberales que lo complementaban, al revisionismo socialdemócrata alemán o a la colaboración gubernamental con la burguesía en el caso del socialismo francés. Este periodo de posibilismo

suponía la adaptación de las organizaciones obreras a las formas económicas, legales y estatales del capitalismo nacional.

Otro aspecto importante que el autor califica como “factor que no se ha clarificado”, es la dependencia del movimiento obrero del éxito de la política imperialista del Estado, en particular en sus conflictos económicos. Partiendo de que el proletariado está interesado profundamente en el desarrollo de las fuerzas productivas, cuando el capitalismo pasó del terreno nacional al terreno internacional imperialista, la producción local y la lucha económica del proletariado pasaron a depender directamente de las condiciones del mercado mundial. Así, reconoce Trotsky, los intereses inmediatos de diversos estratos del proletariado pasan a depender directamente de los éxitos o los fracasos de las políticas exteriores de los gobiernos.

Poniendo como ejemplo a Inglaterra, Trotsky advierte: “En defensa de sus intereses inmediatos como clase, el proletariado inglés se limitó a ejercer presión sobre los partidos burgueses para que le concedieran una tajada de la explotación capitalista de otros países” y reconoce, al mismo tiempo, que el proletariado inglés solo comenzó a tener una política independiente cuando Inglaterra empezó a perder su posición en el mercado mundial al verse desplazada por Alemania. Este mismo proceso afectó al proletariado alemán cuando su país se transformó en una potencia industrial internacional, lo que también “aumentó la dependencia material y moral de amplias capas de su proletariado con el imperialismo”.

Trotsky formula el concepto de “imperialismo socialista” como la posición que ha encontrado apoyo en la socialdemocracia alemana y que ya se expresó en el Congreso de Stuttgart de la Internacional en 1907, donde la mayoría de los delegados alemanes, especialmente los sindicalistas,

votaron en contra de la resolución marxista sobre la política colonial. “Negar las tendencias imperialistas en el seno de la Internacional y el inmenso papel que han desempeñado en la conducta de los partidos socialistas, es cerrar los ojos ante la evidencia”, concluye Trotsky. “El reformismo socialista se ha convertido en realidad en imperialismo socialista”. Por ello, sostiene el autor, el proletariado solo puede agruparse bajo la bandera del socialismo internacionalista y será todopoderoso cuando tome el camino de la revolución social.

Finalmente, el libro justifica el programa marxista de lucha por la paz frente a la guerra mundial, no solo para salvar el patrimonio cultural y material de la humanidad, sino para conservar la energía revolucionaria del proletariado y reagrupar a las fuerzas de la clase obrera. La lucha por la paz significa situar a las fuerzas del socialismo revolucionario frente a frente con el imperialismo, proclamando: ¡Ninguna anexión, ninguna indemnización, derecho a la autodeterminación de todas las naciones, por los Estados unidos de Europa, sin monarquías, sin ejércitos permanentes, sin castas feudales, sin diplomacia secreta! Estas consignas revolucionarias se deben unir a la lucha contra los traidores socialpatriotas de la Internacional que han explotado la influencia que conquistó el socialismo entre las masas trabajadoras para fines militaristas.

La socialdemocracia revolucionaria, los marxistas, no deben temer quedar aislados, afirma Trotsky; al contrario, la guerra está haciendo una terrible agitación contra sí misma. La reivindicación de la paz traerá el apoyo de nuevas masas: “Los revolucionarios marxistas no tenemos ninguna razón para perder las esperanzas”. La guerra no puede resolver la cuestión obrera, sino que la exacerbará y planteará la siguiente alternativa para el mundo capitalista: la guerra permanente o la revolución permanente.

Trotsky finaliza con un alegato: “No nos sumimos en la desesperación ante el naufragio de la Internacional, esa vieja forma será barrida por la historia. La época revolucionaria creará nuevas formas de organización. Mantengamos claras nuestras ideas en medio de la infernal música de muerte. Nos sentimos la única fuerza creadora del futuro. Somos muchos más de lo que parecemos. Mañana seremos mucho más numerosos que hoy. Millones de hombres se agruparán bajo nuestra bandera, hombres que no tienen nada que perder, salvo sus cadenas”.

Introducción del Autor

Las fuerzas productivas que el capitalismo desarrolló han desbordado los límites de la nación y el Estado. El Estado nacional, la forma política actual, es demasiado estrecha para la explotación de esas fuerzas productivas. Y por esto, la tendencia natural de nuestro sistema económico busca romper los límites del Estado. El planeta entero, la tierra y el mar, la superficie y también la plataforma submarina se han convertido en un gran taller económico, cuyas diversas partes están unidas inseparablemente.

El capitalismo hizo este trabajo. Pero al hacerlo, los Estados capitalistas fueron arrastrados a la lucha por el predominio del mundo que el sistema económico provocó, en provecho de los intereses de la burguesía de cada país. Lo que la política imperialista ha demostrado, antes que nada, es que el viejo Estado nacional, creado por las revoluciones y las guerras de 1789-1815, 1848-1859, 1864-1866 y 1870-1871¹, ha sobrevivido y hoy es un obstáculo intolerable para el desenvolvimiento económico.

1. 1789-1815: Periodo que se extiende desde la Revolución Francesa hasta la Restauración. Subida al poder de Napoleón y guerras napoleónicas, hasta la caída del imperio tras la batalla de Waterloo.

1848-1859: Se inicia el periodo de revoluciones democráticas de 1848, año en el que Marx publica *El Manifiesto Comunista*; en Italia se inicia la lucha por la unificación; se producen levantamientos revolucionarios en Austria y en varias ciudades alemanas de Prusia.

1864-1866: En noviembre de 1863 muere el monarca danés, un ejército prusiano-austriaco invade el ducado de Schleswig, que junto con el

La guerra actual es en el fondo una sublevación de las fuerzas productivas contra la forma política de la nación y el Estado, y esto significa el derrumbe del Estado nacional como unidad económica independiente. La nación debe continuar existiendo como un hecho cultural, ideológico y psicológico, pero ha sido privada de sus bases económicas. Quien diga que este conflicto sangriento es por la defensa nacional es un hipócrita o un ciego. Por el contrario, el significado real y objetivo de la guerra es el aniquilamiento de los actuales centros económicos nacionales y su sustitución por una economía mundial. Pero el camino que los gobiernos proponen para resolver el problema del imperialismo no es a través de la cooperación inteligente y organizada de todos los productores de la humanidad, sino de la explotación del sistema económico mundial por la clase capitalista del país victorioso, que actualmente es una gran potencia, y gracias a esta guerra pasará a ser una potencia mundial.

La guerra significa la caída del Estado nacional y la del sistema económico capitalista. Por medio del Estado nacional el capitalismo ha revolucionado completamente el sistema económico mundial. Ha dividido toda la Tierra entre las oligarquías de los grandes poderes, alrededor de las cuales se agrupaban los estados satélites y las pequeñas

puerto de Kiel queda bajo dominio prusiano, y el ducado de Holstein que se somete a Austria. En 1866 estalla la guerra entre Prusia y Austria, en la batalla de Sadowa se derrumba el ejército austriaco, lo que supone un fuerte impulso al proceso de unificación de Alemania.

1870-1871: Estalla la guerra entre Francia y Prusia en 1870 con la derrota de Napoleón III se produce el levantamiento de París conocido por la Comuna, y la caída del segundo imperio que da paso a la República. La victoria de Prusia permite la consumación de la unificación alemana. Concluye el proceso de unificación italiana en 1870 al incorporar a Roma que estaba custodiada por una guarnición francesa.

naciones que vivían al margen de las rivalidades de las grandes. El desarrollo futuro de la economía mundial sobre bases capitalistas significa una lucha sin tregua por nuevos espacios de explotación capitalista, los cuales surgirán de la misma fuente: la Tierra. Junto con la rivalidad económica, bajo la bandera del militarismo, van el robo y la destrucción, los cuales violan los principios más elementales de la economía humana. La producción mundial se subleva no solamente contra la confusión producida por las divisiones nacionales y estatales, sino también contra la organización económica capitalista, convertida hoy en un gran caos de desorganización.

La guerra de 1914 es el derrumbe más colosal de la historia de un sistema económico socavado por sus propias contradicciones internas. Todas las fuerzas históricas cuya labor ha sido la de guiar a la sociedad burguesa, hablar en su nombre y explotarla, han declarado su bancarrota histórica en esta guerra. Esas fuerzas defendían el sistema capitalista como el más apropiado para la civilización. La catástrofe surgida de él es principalmente la catástrofe de esas mismas fuerzas. La primera oleada de acontecimientos exaltó a los gobiernos nacionales y a los ejércitos a un nivel jamás alcanzado. Por el momento las naciones se ubicaron alrededor de ellos. Pero lo grandioso será el aplastamiento de los gobiernos, cuando los pueblos, ensordecidos por el tronar de los cañones, se den cuenta de toda la verdad y el horror de los acontecimientos que en este momento se desarrollan. La reacción revolucionaria de las masas será más poderosa cuanto más grande sea el cataclismo que la historia descargue sobre ellas.

El capitalismo ha creado las condiciones materiales para un nuevo sistema económico socialista. El imperialismo ha llevado a las naciones capitalistas al caos histórico.

La guerra de 1914 muestra el camino para salir de este caos, impulsando violentamente al proletariado hacia la revolución.

Para los países económicamente atrasados de Europa la guerra pone en evidencia, en primer lugar, problemas de origen histórico: la democracia y la unidad nacional. Esto es lo que ocurre en gran medida en el caso de los pueblos de Rusia, de Austria-Hungría² y de la Península Balcánica. Pero estas cuestiones históricas tardías, que fueron legadas a la época actual como una herencia del pasado, no alteran el carácter esencial de los acontecimientos. No son las aspiraciones de los serbios, polacos, rumanos o finlandeses las que han movilizado a 25 millones de soldados y los han llevado a los campos de batalla, sino los intereses imperialistas de la burguesía de las grandes potencias. Es el imperialismo quien ha trastocado totalmente el *statu quo* europeo mantenido durante cuarenta y cinco años, y quien ha resucitado viejos problemas que la revolución burguesa demostró no poder resolver.

Sin embargo, en la época actual es casi imposible tratar estas cuestiones en sí mismas. Su naturaleza no tiene

2. El Imperio austrohúngaro, Monarquía austrohúngara o simplemente conocida como Austria-Hungría fue un Estado europeo creado en 1867 tras el Compromiso austrohúngaro, que reconocía al Reino de Hungría como una entidad autónoma dentro del Imperio austriaco, a partir de ese momento se denominó Imperio austrohúngaro. En 1914 contaba con 52 millones de habitantes y era considerado como una de las grandes potencias en el marco internacional. El Imperio austrohúngaro se extendía por territorios que actualmente pertenecen a trece Estados europeos: Austria, Hungría, República Checa, Eslovaquia, Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina y las regiones de Voivodina y el Banato Occidental en Serbia, Bocas de Kotor en Montenegro, Trentino-Alto Adigio y Trieste en Italia, Transilvania, el Banato Oriental y Bucovina en Rumanía, la parte occidental de Galitzia y Silesia en Polonia y la parte oriental de Galitzia y la Rutenia Transcarpática en Ucrania.

carácter independiente. La creación de relaciones normales de vida nacional y desarrollo económico en la Península Balcánica es imposible si el zarismo y Austria-Hungría siguen existiendo. El zarismo es ahora la reserva militar indispensable del imperialismo financiero de Francia y del poder colonial conservador de Inglaterra. Austria-Hungría es el principal apoyo del imperialismo alemán. Aunque la guerra comenzó con enfrentamientos particulares entre los terroristas nacionalistas serbios y la policía política de los Habsburgo³, muy pronto reveló su verdadero carácter: una lucha a vida o muerte entre Alemania e Inglaterra. Mientras los ilusos y los hipócritas hablan de defensa, de libertad nacional e independencia, el verdadero sentido de la guerra anglo-alemana es tener las manos libres para seguir explotando a los pueblos de la India y de Egipto, por una parte, y repartirse los pueblos de la Tierra entre los imperialistas, por otra.

Alemania comienza su desarrollo capitalista sobre una base nacional y con la destrucción de la hegemonía continental de Francia en el año 1870-71. Ahora que el desarrollo de la industria alemana sobre una base nacional la ha convertido en la primera potencia capitalista del mundo, choca con la hegemonía de Inglaterra como un obstáculo para poder seguir desarrollándose. Alemania considera que el requisito indispensable para el derrumbe de su rival es la dominación completa e ilimitada del continente europeo. Por esto, lo primero que la Alemania imperialista inscribe en su programa es la creación de una liga de naciones de Europa central. Alemania, Austria-Hungría, la Península Balcánica y Turquía, Holanda, los países

3. Familia real que reinó en el Imperio austrohúngaro, Francisco José I de Austria fue el emperador de Austria desde el 2 de diciembre de 1848 hasta su muerte en 1916.

escandinavos, Suiza, Italia y, si fuese posible, las debilitadas Francia, España y Portugal, servirán para constituir una unión económica y militar, una gran Alemania bajo la hegemonía del Estado alemán actual.

Este programa, que ha sido cuidadosamente elaborado por los economistas, políticos, juristas y diplomáticos del imperialismo alemán y traducido a la realidad por sus estrategias, es la prueba más clara y más elocuente del hecho de que el capitalismo se ha extendido más allá de los límites del Estado nacional y se siente intolerablemente constreñido dentro de sus fronteras. La gran potencia nacional debe desaparecer y su lugar debe ocuparlo la potencia mundial imperialista.

En estas circunstancias históricas, la clase trabajadora, el proletariado, no puede tener interés en defender la supervivencia de la anticuada "patria" nacional, que se ha convertido en el principal obstáculo para el desarrollo económico. La tarea del proletariado es la de crear una patria mucho más poderosa, con mucha más fuerza de resistencia: los Estados Unidos Republicanos de Europa, como base de los Estados Unidos del mundo.

El único camino por el cual el proletariado puede hacer frente al capitalismo imperialista es oponiéndole como programa práctico la organización socialista de la economía mundial. La guerra es el método por el cual el capitalismo, en la cumbre de su desarrollo, busca la solución de sus contradicciones insalvables. A este método, el proletariado debe oponer su propio método: el de la revolución social.

La cuestión balcánica y el derrocamiento del zarismo son dos problemas que heredamos de la Europa de ayer. Solo se pueden resolver de manera revolucionaria ligados a la perspectiva de los Estados Unidos de Europa del mañana. La tarea inmediata y urgente de la socialdemocracia rusa, a la cual pertenece el autor, es la lucha contra el

zarismo. Lo que el zarismo busca ante todo en Austria-Hungría y los Balcanes es un mercado para sus métodos políticos de saqueo, robo y violencia. La burguesía rusa, incluyendo sus intelectuales radicales, se ha visto sorprendida totalmente con el tremendo crecimiento de la industria en los últimos cinco años y ha llegado a un acuerdo con la monarquía, la cual tiene que asegurar a los impacientes capitalistas rusos la parte del botín mundial, para seguir saqueando. Mientras el zarismo asaltaba y devastaba Galitzia⁴ privándola hasta de los jirones y andrajos de libertad que le habían garantizado los Habsburgo, mientras desmembraba a la infortunada Persia y desde el rincón del Bósforo trataba de echar la cuerda al cuello de los pueblos balcánicos, dejaba al liberalismo, al que despreciaba, la tarea de ocultar sus robos por medio de repugnantes declaraciones sobre la defensa de Bélgica y Francia. El año 1914 marca la completa bancarrota del liberalismo ruso y hace del proletariado la única clase capaz de dirigir la guerra de liberación. Esto convierte definitivamente a la revolución rusa en una parte integral de la revolución social del proletariado europeo.

En nuestra guerra contra el zarismo, en la cual nunca hemos conocido una tregua “nacional”, jamás buscamos la ayuda del militarismo de los Habsburgo ni de los Hohenzollern, dinastía que gobierna Prusia. Ahora tampoco. Conservamos una visión revolucionaria lo suficientemente clara como para saber que la idea de destruir al zarismo

4. Se conoce como *Batalla de Galitzia* una de las principales campañas del Frente Oriental de la Primera Guerra Mundial, desarrollándose a lo largo de la región histórica de Galitzia, en la actual Ucrania, entre el Imperio Ruso y Austria-Hungría. Se divide en cuatro batallas principales. La última batalla tuvo lugar en las proximidades de Leópolis (también conocida como Lviv) entre el 23 de agosto y el 11 de septiembre de 1914, venciendo el Imperio Ruso.

repugnaba al imperialismo alemán. El zarismo ha sido su mejor aliado en la frontera oriental. Está unido a él por vínculos de estructura social y fines históricos. Y aun si no fuese así, incluso si se diera la posibilidad, altamente improbable, de que por la lógica de las operaciones militares, Alemania pudiera asestarle un golpe mortal al zarismo, a pesar de sus propios intereses políticos, nos seguiríamos negando a considerar a los Hohenzollern como aliados, ni siquiera por identidad de objetivos inmediatos. El destino de la revolución rusa está tan inseparablemente ligado al destino del socialismo europeo, y nosotros los socialistas rusos, que nos situamos firmemente en el terreno del internacionalismo, no podemos ni debemos considerar ni por un momento la idea de comprar la dudosa libertad de Rusia por la segura destrucción de la libertad de Bélgica y Francia, ni tampoco, lo que es más importante aún, inocular al proletariado alemán y austrohúngaro el virus del imperialismo.

Estamos unidos por muchos lazos con la socialdemocracia alemana. Todos hemos pasado por la escuela socialista alemana y hemos aprendido de ella, tanto de sus éxitos como de sus equivocaciones. La socialdemocracia alemana no fue para nosotros simplemente un partido más de la Internacional; fue el partido por excelencia. Siempre hemos conservado y fortalecido el vínculo fraternal que nos une con la socialdemocracia austriaca. Por otro lado, siempre nos hemos enorgullecido de haber hecho nuestra modesta contribución para conquistar el derecho a voto en Austria y para despertar tendencias revolucionarias de la clase obrera alemana. Esto costó más de una gota de sangre. Hemos aceptado sin vacilar la ayuda moral y material de nuestro viejo hermano, que se batió por los mismos fines que nosotros del otro lado de nuestra frontera occidental.

Es precisamente por este respeto por el pasado y aún más por el futuro, que se debe unir a la clase trabajadora de Rusia con la clase trabajadora de Alemania y Austria, por lo que nosotros, indignados, rehusamos la ayuda “liberadora” que nos ofrece el imperialismo alemán en una caja de municiones Krupp con el beneplácito —¡ay!— del socialismo alemán. Y esperamos que la protesta indignada del socialismo ruso sea lo bastante fuerte como para que la escuchen en Berlín y Viena.

El derrumbe de la Segunda Internacional es un hecho trágico, y sería ceguera o cobardía cerrar los ojos ante él. La posición adoptada por los franceses y por la mayoría del socialismo inglés contribuyó a este colapso tanto como la posición de la socialdemocracia alemana y austriaca. Si el presente trabajo se dirige principalmente a la socialdemocracia alemana, es solamente porque dicho partido era el miembro más fuerte, más influyente y fundamental del mundo socialista. Su capitulación histórica revela claramente las causas de la caída de la Segunda Internacional.

A primera vista, puede parecer que las perspectivas revolucionarias del futuro son ilusorias. La bancarrota de los viejos partidos socialistas se muestra en forma catastrófica. ¿Por qué debemos tener fe en el futuro del movimiento? Semejante escepticismo es natural, pero conduce a una conclusión errónea, porque ignora la cara positiva de la dialéctica histórica. Y sin embargo a menudo no se ha ponderado lo suficiente su cara negativa, que vemos hoy en la suerte de la Internacional.

La guerra actual señala el derrumbe de los Estados nacionales. Los partidos socialistas de la época que concluye fueron partidos nacionales. Quedaron apresados en el engranaje de los Estados con sus organizaciones, con todas sus actividades y con su psicología. Y contradiciendo a las solemnes declaraciones de sus congresos, se levantaron en

defensa del Estado conservador cuando el imperialismo, que germinó en el terreno nacional, comenzó a demoler las anticuadas fronteras de los países. Y en su histórica caída, los Estados nacionales también arrastraron consigo a los partidos socialistas nacionales.

Lo que se ha desmoronado no es el socialismo, sino su forma histórica temporal. La idea revolucionaria revive quitándose de encima su viejo caparazón formado por seres humanos, por toda una generación de socialistas que se ha fosilizado en la labor abnegada de la agitación y la organización durante un período de varias décadas de reacción política, y que adquirió los hábitos y las opiniones del oportunismo o posibilismo nacional. Son inútiles todos los esfuerzos para salvar la Internacional sobre la vieja base, por medio de métodos diplomáticos personales y concesiones mutuas. El viejo topo⁵ de la historia está cavando demasiado bien y nadie puede detenerlo.

Así como los Estados nacionales se han convertido en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas, también los viejos partidos socialistas se han convertido en el principal impedimento para el movimiento revolucionario de la clase trabajadora. Era necesario que demostraran palmariamente su atraso extremo, que sus métodos quedaran desacreditados como totalmente inadecuados y estrechos, que exhibieran ante el proletariado la vergüenza y el horror de las disputas nacionales para que, por medio de estas desilusiones, la clase obrera pudiera

5. Marx en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS, Madrid, 2003, p. 107) señala: "Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!". Esta última expresión admirativa procede de *Hamlet*, acto I, escena 5, obra de William Shakespeare.

emanciparse de los prejuicios y hábitos serviles del periodo de preparación, y convertirse por fin en aquello que ahora la voz de la historia la está reclamando ser: la clase revolucionaria que luche por el poder.

La Segunda Internacional no ha existido en vano. Cumplió un gran trabajo cultural. Nunca hubo algo igual en la historia. Educó y unificó a las clases oprimidas. El proletariado ya no necesita empezar por el principio. Entra en un nuevo camino, pero no con las manos vacías. La época pasada le ha legado un rico arsenal de ideas. Le ha legado las armas de la crítica. La nueva época enseñará al proletariado a combinar las viejas armas de la crítica con la nueva crítica de las armas.

Este libro fue escrito con demasiada prisa, en condiciones muy poco favorables para un trabajo sistemático. Una gran parte está dedicado a la vieja Internacional que se ha derrumbado. Pero todo el libro, desde la primera a la última página, ha sido escrito con la idea siempre presente de la nueva Internacional que ha de levantarse del cataclismo mundial actual, la Internacional de las últimas luchas y de la victoria final.

León Trotsky
Zúrich, 31 de octubre de 1914

I. LA CUESTIÓN BALCÁNICA

“La guerra actual contra el zarismo ruso y sus vasallos está dominada por una gran idea histórica. Su ímpetu se expande por los campos de batalla de Polonia y del Este de Rusia. El tronar del cañón, el martilleo de las ametralladoras y el empuje de la caballería, todo contribuye al robustecimiento del programa democrático para la liberación de las naciones. Si el zarismo, aliado con potencias capitalistas como Francia y esa nación de mercachifles sin escrúpulos (Inglaterra), no hubiese conseguido sofocar la revolución de 1905, se podría haber evitado la matanza actual entre naciones. Una Rusia democrática no hubiera consentido llevar a cabo esta guerra inútil y sin escrúpulos. Las grandes ideas de libertad y de justicia hablan ahora el lenguaje persuasivo de las ametralladoras y de la espada, y todo corazón susceptible de simpatía por las causas justas y humanas solo puede desear que el poder del zarismo sea destruido de una vez y para siempre, y que las nacionalidades oprimidas de Rusia puedan tener el derecho a disponer de sus destinos”.

La cita anterior es del *Arepszawa* del 31 de agosto de 1914, el órgano oficial del Partido Socialista húngaro. Hungría es un país cuya vida interna se construyó sobre la base de la opresión de una minoría nacional, sobre la esclavitud de las clases trabajadoras y sobre el parasitismo oficial y la

usura de la casta gobernante de los grandes terratenientes. Es un país dominado por hombres como Tisza⁶, envueltos en la piel de cordero del agrarismo, pero que actúan como bandidos políticos. En una palabra: Hungría es el país más parecido a la Rusia gobernada por el zarismo.

Entonces, ¿quién más apropiado que el *Arepszawa*, el portavoz de los socialistas de Hungría, para saludar con entusiasmo la misión liberadora de los ejércitos alemanes y austrohúngaros? ¿Quién más indicado que el conde Tisza para llamar a “robustecer el programa democrático para la liberación de las naciones”? ¿Quién más apto para levantar bien alto los principios eternos de la ley y la justicia en Europa, que la camarilla gobernante de Budapest y los desacreditados *panamistas*? ¿Acaso había de confiarse tal

-
6. Tisza, Istvan (1861-1918). En 1886 entró en el parlamento húngaro por el Partido Liberal. Ejerció el cargo de primer ministro de Hungría de 1903 a 1905 y de 1913 a 1917. Apoyó el Compromiso austrohúngaro de 1867, al entender que Hungría solo mantendría su poder con esa unión y no con una proclamación de independencia, que acabaría probablemente con el desmembramiento de los territorios húngaros y la creación de un país menor. Después recibir garantías de que Serbia no se uniría al Imperio austrohúngaro, apoyó la guerra. Fue asesinado durante la Revolución de 1918. Su muerte fue celebrada en las calles de la capital, significaba para muchos la desaparición del símbolo por excelencia del poder de la baja nobleza y el antiguo orden social, de la alianza con el Gobierno imperial austriaco y de la odiada guerra.
 7. El escándalo del Canal de Panamá estalló en 1891, también conocido como el caso Lesseps, fue un asunto de corrupción relacionado con el intento fallido de construcción del Canal de Panamá, que salpicó a muchos políticos e industriales franceses durante la Tercera república francesa, incluido Clemenceau (diputado nacional y años después primer ministro), y que arruinó a decenas de miles de accionistas. En total, se perdieron más de 1.400 millones de francos, en lo que ha sido considerado el mayor escándalo de corrupción del siglo XIX. Jean Jaurès fue comisionado por el Parlamento francés para realizar una investigación que culminó en 1893. Las investigaciones sobre el escándalo de Panamá terminaron en 1897 pero los acusados fueron absueltos.

misión a la diplomacia sin escrúpulos de la “pérfida Albión” (Inglaterra), la nación de mercachifles?

La indignación cede su lugar a la risa. La inconsistencia trágica de la política seguida por la Internacional no solo alcanzó su punto culminante en los artículos del pobre *Arepszawa*, sino que además nos desarma con su sentido del humor.

La sucesión de los acontecimientos actuales comienza con el ultimátum dirigido a Serbia por Austria-Hungría. En este asunto no existía la más mínima razón para que la socialdemocracia internacional tomase bajo su protección las intrigas de los serbios o cualquiera de las insignificantes dinastías de la Península Balcánica. Todos ellos trataban de ocultar sus aventuras políticas bajo el manto de las aspiraciones nacionales. Aún menos nos podemos dejar llevar por un arrebatado de indignación moral, por el hecho de que un joven fanático serbio respondiera a la política cobarde, criminal y vil de las autoridades de Viena y Budapest con el sangriento asesinato del archiduque Francisco Fernando⁸. No nos cabe la menor duda de que en la

8. Es digno de hacer notar que estos oportunistas socialistas austriacos y alemanes se encuentran moralmente indignados por el “traicionero asesinato de Sarajevo”. Y todavía simpatizan con los terroristas rusos, mucho más que nosotros los socialdemócratas, que nos oponemos por principios al método terrorista. Anegados en su chovinismo, no reparan en que el infortunado terrorista Gavrilo Princip representa precisamente el mismo principio nacional que Sand, el terrorista alemán. ¿Nos pedirán que dejemos de simpatizar por Sand y reivindicemos a Kotzebue? ¿O quizás estos eunucos son capaces de aconsejar a los suizos que demuelan el monumento al asesino Guillermo Tell y lo reemplacen con un monumento al gobernador austriaco Gessler, uno de los precursores del archiduque asesinado? (Nota del Autor)

La nota de Trotsky se refiere al atentado de Sarajevo que, el 28 de junio de 1914, causó la muerte del archiduque Francisco Fernando de Austria, archiduque heredero de la corona del Imperio austrohúngaro, así como

disputa entre la monarquía del Danubio (Austria-Hungría) y el gobierno de Serbia el derecho histórico, es decir, el derecho de autodeterminación, está de parte de Serbia, a semejanza de lo que pasaba con el derecho de Italia en el año 1859. Detrás del duelo entre los canallas políticos imperiales y los terroristas de Belgrado, se oculta un sentido más profundo que las meras ansias de la dinastía real de los Karageorgevich en Serbia o los crímenes de la diplomacia del zar. Por un lado, estaba la exigencia imperialista de un Estado nacional que ha perdido su vitalidad, y del otro, el deseo de la nación serbia desmembrada, de reintegrarse y llegar a ser un Estado con plenitud de derechos.

¿Para esto pasamos tantos años yendo a clases a la escuela socialista? ¿Para olvidar las tres primeras letras del alfabeto democrático? Esta falta absoluta de memoria se puso de manifiesto solamente después de la votación de los créditos de guerra el 4 de agosto⁹. Hasta esa fecha fúnesta, los marxistas alemanes demostraron que conocían muy bien lo que ocurría en el sureste de Europa.

la de su esposa, en Sarajevo, capital de la Provincia imperial de Bosnia y Herzegovina. El atentado fue perpetrado por Gavrilo Princip, miembro de la Joven Bosnia —movimiento cuyo objetivo era la emancipación de Bosnia de Austria-Hungría—, que habría contado con el apoyo de militares serbios. La verdadera responsabilidad sobre el atentado es un tema controvertido ya que el ataque supuso el estallido de la Primera Guerra Mundial un mes después.

Trotsky se refiere a Karl Sand (1795-1820), estudiante perteneciente a una confraternidad radical que atentó en 1819 contra la vida del dramaturgo y cónsul August von Kotzebue. Sand, posteriormente ejecutado, fue un símbolo de la unidad y libertad de Alemania. Metternich utilizó este atentado para reprimir el movimiento nacionalista liberal alemán.

9. El 4 de agosto de 1914, día de votación de los créditos de guerra en el Reichstag (parlamento alemán), el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) votó por unanimidad a favor de los créditos para llevar adelante la guerra y los sindicatos llamaron a la movilización nacional a favor de la guerra y contra todo tipo de huelgas que pudieran cuestionarla.

El 3 de julio de 1914, después del asesinato de Sarajevo, escribía *Vorwärts*¹⁰:

“La revolución burguesa de los eslavos del sur se encuentra en su apogeo y el pistoletazo de Sarajevo, a pesar de ser en sí mismo un acto salvaje, sin sentido, es un capítulo importante de esta revolución,

En su alegato a favor de los créditos de guerra, los parlamentarios del SPD afirmaron: “En el momento del peligro, nosotros no abandonamos a nuestra patria”. Muy pocos días antes, el 25 de julio, su periódico portavoz había publicado, en sentido completamente contrario, lo siguiente: “¡Nosotros rechazamos la guerra! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la confraternidad internacional de los pueblos!”. El SPD era el mayor partido obrero del mundo con más de 100.000 militantes y decenas de periódicos, y era, además, el buque insignia de la referencia socialista mundial, de la Segunda Internacional.

Pero Alemania no fue el único país donde la socialdemocracia se hundió en el patriotismo socialchovinista. En Bélgica, el presidente de la Segunda Internacional, Vandervelde, fue nombrado ministro del gobierno, al igual que el socialista Jules Guesde en Francia, donde el Partido Socialista votó, también por unanimidad, a favor de los créditos de guerra contra Alemania y otro tanto ocurrió en Suecia, Noruega, Holanda y Suiza. En Inglaterra los laboristas fueron quienes organizaron el reclutamiento. En la izquierda de Rusia enfrentada al zarismo viejos dirigentes del movimiento obrero, como Plejánov o el líder de los anarquistas, Kropotkin, así como un grupo del Partido Bolchevique de la emigración en Francia, llamaron a la defensa contra el “militarismo alemán”. Así, la Segunda Internacional se convirtió, en palabras de la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo: “en un montón de fieras salvajes inyectadas de rabia nacionalista que se lanzan a mutuo degüello para mayor gloria de la moral y del orden burgués”. Su grupo Die Internationale y un par de pequeños núcleos revolucionarios en Alemania; en Rusia la fracción socialdemócrata de la Duma, los bolcheviques agrupados con Lenin, el grupo relacionado con Trotsky y los mencheviques de Márto; en Francia una parte del sindicalismo; en Holanda los militantes de Tribune; una parte de socialistas italianos; y en Bulgaria la mayoría del Tesniakis, fueron los únicos grupos que mantuvieron visible la posición antibelicista e internacionalista.

10. *Vorwärts* (Adelante): Órgano central y portavoz del SPD.

tanto como las batallas mediante las cuales los búlgaros, serbios y montenegrinos liberaban a los campesinos de Macedonia del yugo de la explotación feudal de los turcos. ¿Qué tiene de extraño que los sureslavos de Austria-Hungría observen con esperanzas a sus hermanos de raza del reino de Serbia? Los serbios han alcanzado en su país el objetivo más alto al que un pueblo puede llegar en el orden social actual, la independencia nacional. Mientras tanto, en Viena y Budapest tratan a todos los que llevan nombres serbios o croatas a puñetazos y patadas, se les aplica la ley marcial y son encarcelados... Allí hay siete millones y medio de sureslavos que, a consecuencia de las victorias en los Balcanes, se han animado como nunca antes a exigir sus derechos políticos. Y si el trono imperial de Austria continúa resistiendo su empuje se derrumbará, y todo el Imperio con el cual nosotros hemos enlazado nuestros destinos se romperá en pedazos. Porque, de acuerdo con la evolución histórica, esas revoluciones nacionales deben marchar hacia adelante hasta la victoria”.

Si la socialdemocracia internacionalista, junto a su sector serbio, se resistió a los llamamientos nacionales de Serbia, no fue por los derechos históricos de Austria-Hungría a oprimir y desintegrar las nacionalidades que viven dentro de sus fronteras, ni mucho menos por la misión liberadora de los Habsburgo.

Hasta agosto de 1914 nadie, salvo los mercenarios de la prensa, se atrevía a murmurar una palabra sobre esto. Los socialistas tenían otros motivos. Primero, el proletariado, a pesar de que no discutía el derecho histórico de Serbia a luchar por su unidad nacional, no podía confiar

la solución de este problema a las potencias que entonces regían los destinos del reino serbio.

En segundo lugar (y esto para nosotros era un factor decisivo) la socialdemocracia internacional no podía sacrificar la paz de Europa a la causa nacional de los serbios, al reconocer que el único camino para lograr dicha unidad, aparte de una revolución europea, era una guerra de todo el continente.

Pero si Austria-Hungría intentaba resolver el problema de su propio destino y el de Serbia en el campo de batalla, los socialistas no podíamos tener la menor duda de que una victoria de los Habsburgo afectaría mucho más gravemente al progreso social y nacional en el sudeste de Europa que una victoria serbia.

Aun así, para nosotros no había la más mínima razón para identificar nuestra causa con los objetivos del ejército serbio. Esta era la idea que animaba a los socialistas serbios Liapchevich y Katzlerovich¹¹, cuando valerosamente decidieron votar contra los créditos de guerra¹².

11. Katzlerovitch, Trishcha (1879-?): Fundador de la socialdemocracia serbia y, posteriormente, del Partido Comunista de Serbia del que fue su presidente. Diputado entre 1908 y 1921.

12. Para apreciar bien esta acción de los socialistas serbios, debemos tener en cuenta la situación política con la que se enfrentaban. Un grupo de conspiradores serbios había asesinado a un miembro de la familia de los Habsburgo, la cabeza del clericalismo, militarismo e imperialismo austrohúngaro. Esto fue utilizado como pretexto, y el partido militar de Viena envió un ultimátum a Serbia que como argucia no ha tenido paralelo en la historia de la diplomacia. El gobierno serbio contestó haciendo concesiones extraordinarias, y sugiriendo la idea de someter la cuestión en litigio al Tribunal de La Haya. Como contestación, Austria declara la guerra a Serbia. Si la idea de "guerra de defensa" tiene algún significado, en este caso debía ser aplicada a Serbia. Sin embargo, nuestros amigos Liapchevich y Katzlerovich, firmes en su convicción de la línea de conducta que como socialistas debían adoptar, negaban al gobierno el voto de confianza.

Pero teníamos menos razón aún para apoyar los derechos puramente dinásticos de los Habsburgo y los intereses imperiales de las pandillas capitalistas y feudales contra la lucha nacional de los serbios. Sobre todo, la socialdemocracia austrohúngara, que ahora bendice la espada de los Habsburgo para la liberación de los polacos, ucranianos, fineses y rusos, debe esclarecer antes que nada sus ideas sobre la cuestión serbia, que han quedado tan confusas. El problema a resolver, sin embargo, no se limita solamente al destino de diez millones de serbios. El choque de las naciones europeas ha vuelto a poner sobre el tapete la cuestión balcánica.

La Paz de Bucarest¹³, firmada en 1913, no resolvió ni los problemas nacionales ni los internacionales en el Cercano Oriente. Simplemente intensificó la confusión de las dos guerras balcánicas inconclusas, que quedaron sin definición debido al agotamiento de las naciones que participaron en ellas. Rumanía siguió en política el camino de Austria-Hungría. El motivo principal no fue el hecho de que un príncipe Hohenzollern ocupara el trono, sino el

Quien escribe esto se encontraba en Serbia al comienzo de la guerra. En el Parlamento, en una atmósfera de indescriptible entusiasmo, se sometieron a votación los créditos de guerra. La votación fue nominal. Doseientos miembros votaron afirmativamente. Entonces, en un momento de gran silencio, se oyó la voz del socialista Liapchevich, que dijo "¡no!". Todos sintieron la fuerza moral de esa protesta, y sigo guardando el recuerdo de esta escena indeleblemente en mi memoria. (Nota del Autor)

13. El tratado de paz de Bucarest puso fin a la Segunda Guerra de los Balcanes. Fue firmado el 10 de agosto de 1913, por los representantes diplomáticos de los países intervinientes en dicho conflicto: Bulgaria, Rumanía, Serbia, Montenegro y Grecia. El Tratado no logró satisfacer las aspiraciones de ninguna de las partes, ni del resto de las potencias con intereses en la zona, contribuyendo al agravamiento de la tensión en los Balcanes, lo que a la larga desembocará en el atentado de Sarajevo, detonante de la Primera Guerra Mundial.

peligro inminente de una invasión rusa. En 1879, el zar de Rusia, en agradecimiento por la ayuda prestada por Rumanía durante la guerra de “liberación” contra Turquía, se quedó con la provincia rumana de Besarabia.

Este hecho tan elocuente ayudó a fortalecer las simpatías hacia los Hohenzollern de Bucarest. Pero las pandillas de los magiares y los Habsburgo lograron exasperar al pueblo rumano contra ellos por su política de desnacionalización en Transilvania, que cuenta con una población de tres millones de rumanos frente a los 750 mil de la provincia rusa de Besarabia, y se ganaron aún más antipatías por sus tratados comerciales, que favorecían los intereses de los grandes terratenientes austrohúngaros.

Esta es la razón de la entrada de Rumanía en la guerra al lado del zar, a pesar de la valerosa y activa agitación contra la participación en cualquiera de los bandos beligerantes llevada a cabo por los socialistas bajo la dirección de mis amigos, Gherea y Rakovski¹⁴. La clase dominante de Austria-Hungría es culpable de esta participación, que ahora cosecha lo que sembró, tanto aquí como en otras partes.

14. Gherea, Constantin (1855-1920): Huyó a Rumanía por la persecución de la policía zarista. Marxista, político, sociólogo, crítico literario y periodista. Fundador del Partido Obrero Socialdemócrata Rumano. Rakovski, Christian (1873-1941): Destacado dirigente comunista de origen rumano-búlgaro. Militó en el Partido Socialdemócrata de Rumanía. Se declaró contra la Primera Guerra Mundial en 1914, formó parte de la izquierda internacionalista de Zimmerwald. Encarcelado por el Gobierno rumano en agosto de 1916 por su actividad contra la guerra. Fue presidente del Sóviet de Ucrania en 1918 y líder de esta República Soviética hasta 1923 cuando fue nombrado embajador de la Unión Soviética en Londres y en 1925 en París. Fue uno de los primeros dirigentes de la Oposición de Izquierda contra el régimen de Stalin, por lo que fue deportado. En 1938 fue uno de los principales acusados en los procesos de Moscú y fusilado en 1941.

Pero el problema no se resuelve declarando la responsabilidad histórica. Mañana, en un mes, en un año o más, la guerra pondrá en primer plano la resolución de los destinos de los pueblos balcánicos y de Austria-Hungría, y el proletariado dará su respuesta.

La democracia europea del siglo XIX miraba con desconfianza la lucha por la independencia que sostenían las naciones balcánicas, porque temían que el poder ruso se fortaleciera a expensas de Turquía. Sobre esto, Marx escribía en 1853, en vísperas de la guerra de Crimea:

“Se puede decir que cuanto más firmemente establecidas se encuentren Serbia y su nacionalidad, la influencia directa de Rusia sobre los eslavos turcos quedará más relegada a segundo plano; para mantener su posición como Estado cristiano, Serbia tiene que importar sus instituciones políticas y sus escuelas (...) de Europa occidental”.

Esta profecía se ha cumplido brillantemente con lo que ocurre en la actualidad con Bulgaria, que fue creada por Rusia como una avanzada en los Balcanes. Tan pronto como Bulgaria se estableció como Estado, se formó un fuerte partido antirruso, bajo la dirección del antiguo discípulo ruso Stambulov, y este partido fue suficientemente fuerte como para estampar su sello de hierro sobre la política extranjera del joven Estado.

Todo el mecanismo de los partidos políticos en Bulgaria está construido para permitirle avanzar en medio de las dos combinaciones europeas sin estar obligada a entrar en ninguna de ellas, a menos que decida hacerlo por propia voluntad. Rumanía se unió a la alianza austro-alemana, y Serbia desde 1903 se unió a Rusia, porque la primera estaba amenazada directamente por Rusia y la segunda por Austria.

Los países de Europa sudoriental podrán proteger con más eficacia su independencia frente al zarismo cuanto más independientes sean de Austria-Hungría.

El equilibrio de poderes en los Balcanes, creado por el Congreso de Berlín¹⁵ en 1878, estaba lleno de contradicciones. Divididos según fronteras etnográficas artificiales y bajo el dominio de dinastías importadas de Alemania, atados de pies y manos por las intrigas de las grandes potencias, los pueblos balcánicos no podían cesar en sus esfuerzos por lograr, poco a poco, su unidad nacional y su libertad.

La política nacional de la Bulgaria independiente se dirigió naturalmente hacia Macedonia, cuya población es búlgara. El Congreso de Berlín la había dejado bajo la dominación turca. Por otro lado, Serbia no tenía prácticamente nada que buscar en Turquía, a excepción del Sanjak de Novi Pazar¹⁶. Sus intereses nacionales estaban en el otro lado de la frontera austrohúngara, en Bosnia-Herzegovina, Croacia, Eslovenia y Dalmacia. Rumanía no tenía intereses en el sur, donde estaba separada de la Turquía europea por Serbia y Bulgaria. La política de expansión rumana fue dirigida hacia la Transilvania húngara y la Besarabia rusa. Finalmente, la expansión nacional de Grecia, como la de Bulgaria, estaba en pugna con Turquía.

15. *Congreso de Berlín*: Asamblea diplomática de los representantes de varios países europeos, convocada a iniciativa de los británicos (Disraeli), con el propósito de reorganizar la región de los Balcanes tras la guerra ruso-turca de 1877-1878, así como armonizar los intereses del Reino Unido, del Imperio ruso y del Imperio austrohúngaro en la zona. Fue organizado bajo la presidencia de Otto von Bismarck, Canciller de Alemania, país anfitrión del congreso. El tratado resultante firmado el 23 de julio, modificó el Tratado de San Stefano.

16. *Sanjak de Novi Pazar*: división administrativa del Imperio Otomano cuya sede se encontraba en la ciudad de Novi Pazar, situada entre las actuales Montenegro y Serbia.

La política austro-alemana tendente a la conservación artificial de la Turquía europea se derrumbó; pero no fue a causa de las intrigas diplomáticas de Rusia, aunque estas no faltaban. Se derrumbó por la inevitable marcha de su evolución. La Península Balcánica había entrado en el camino del desarrollo capitalista, y este hecho fue el que puso a la orden del día el problema de la autodeterminación de la población balcánica en forma de Estados nacionales. La guerra de los Balcanes terminó con la Turquía europea, y esto creó las condiciones necesarias para la solución de las cuestiones griega y búlgara. Pero Serbia y Rumanía, cuya unidad nacional no podía realizarse a expensas de Austria-Hungría, encontraron resistencia en sus esfuerzos de expansión hacia el sur, y fueron compensadas a expensas de lo que etnográficamente pertenecía a Bulgaria: Serbia con Macedonia y Rumanía con la Dobrudja.

Este es el significado de la segunda guerra de los Balcanes y del Tratado de Paz de Bucarest, por el cual se le puso término.

La mera existencia de Austria-Hungría, esa Turquía de Europa central, obstruye el camino a la autodeterminación nacional de los pueblos del Sureste. Los obliga a batirse constantemente unos contra otros y a buscar ayuda del exterior, convirtiéndose así en instrumentos de las combinaciones políticas de las grandes potencias. Gracias a semejante caos, la diplomacia zarista pudo tejer la red de su política en los Balcanes, cuyo último hilo era Constantinopla. Y solo una federación económica y militar de los Estados de los Balcanes puede interponer una barrera invencible a la codicia del zarismo.

Ahora que la Turquía europea ha desaparecido, es Austria-Hungría la que estorba el camino para una federación de Estados balcánicos; Rumanía, Bulgaria y Serbia

hubieran encontrado sus fronteras naturales, y se habrían unido con Grecia y Turquía sobre la base de intereses económicos comunes, formando una alianza defensiva.

Esto hubiera traído finalmente la paz a la Península Balcánica, ese volcán que periódicamente amenaza con sus erupciones a Europa y que la ha llevado a la catástrofe actual.

Hasta hace un tiempo, los socialistas tuvieron que resignarse a observar la manera rutinaria con que los diplomáticos capitalistas trataban la cuestión balcánica. En sus conferencias y tratados secretos estos últimos zurcían un agujero solamente para abrir otro mayor. Mientras este método dilatorio seguía retrasando la solución final, la Internacional suponía que la sucesión de los Habsburgo no sería motivo para una guerra, sino para una revolución europea.

Pero ahora que la guerra ha destruido el equilibrio de toda Europa y que las potencias rapaces tratan de modificar el mapa, no sobre la base de principios democráticos nacionales sino por la fuerza militar, la socialdemocracia debe llegar a la inquietante conclusión de que uno de los principales obstáculos para la libertad, la paz y el progreso, además del zarismo y el militarismo alemán, es la monarquía de los Habsburgo como organización de Estado.

El crimen del grupo socialista polaco de Galitzia dirigido por Daszynski¹⁷ no solo consiste en colocar la causa

17. Después del Congreso de Viena de 1815, Galitzia volvió nuevamente a poder austriaco, y en 1867, cuando el Imperio austriaco se transformó en Imperio austrohúngaro, Galitzia junto con el sector occidental de Volinia pasó a formar un territorio directamente controlado por Austria con el nombre de Galitzia y Lodomeria (Lodomeria era el nombre latinizado usado por los austriacos y húngaros para referirse a la Volinia). Leópolis (Lemberg durante la dominación austriaca) fue hasta 1918 la capital de la Galitzia austriaca, dominada subsidiariamente

polaca por encima del socialismo, sino también en unir el destino de Polonia con la suerte del ejército austrohúngaro y de la monarquía de los Habsburgo.

El proletariado socialista de Europa no puede aceptar semejante solución del problema. Para nosotros, la unidad e independencia de Polonia está al mismo nivel que la unidad e independencia de Serbia. No podemos ni queremos permitir que la cuestión polaca sea resuelta por métodos que perpetúen el caos que ahora predomina en el sureste de Europa y perturba el bienestar de todo el continente.

Para nosotros, los socialistas, la independencia de Polonia significa su independencia en los dos frentes, el de los Romanov y el de los Habsburgo. No solamente deseamos al pueblo polaco la libertad de la opresión del zarismo sino que también deseamos que el destino del pueblo serbio no dependa de la nobleza polaca de Galitzia.

Por ahora no necesitamos considerar qué tipo de relaciones tendría una Polonia independiente con Bohemia, Hungría, y la Federación Balcánica. Pero se ve bien claro que un conjunto de pequeños Estados en el Danubio y en la Península Balcánica constituiría una barrera más efectiva

por la aristocracia polaca a pesar del hecho de que la población de la mitad oriental de la provincia era en su mayor parte bielorrusa (sector nororiental) y ucraniana (sector oriental), con amplias minorías de judíos y polacos. Los polacos también eran abrumadoramente mayoritarios en la recientemente anexada mitad occidental de Galitzia.

Daszyński, Ignacy Ewaryst (1866-1936): Primer ministro de Polonia durante el gobierno instalado en Lublin, entre el 6 y el 14 de noviembre de 1918. Fue uno de los fundadores del Partido Social Democrático de Polonia. En agosto de 1914, cuando la Primera Guerra Mundial comenzó, Daszynski trató de instar a la población a luchar contra Rusia. Defendió que los polacos debían apoyar a las potencias centrales, lo que podría conducir a la creación de una Austria-Hungría-Polonia unificada. Durante el golpe de 1926 apoyó al dictador Józef Piłsudski; sin embargo, posteriormente se unió a la oposición.

a los designios del zarismo en Europa que el débil y caótico Estado austrohúngaro, el cual afirma su derecho a la existencia solamente por sus continuos atentados a la paz de Europa.

En el artículo de 1853, citado anteriormente, Marx escribía lo siguiente sobre la cuestión de Oriente: “Hemos visto que los hombres de Estado europeos, con su estupidez obstinada, su rutina petrificada y su indolencia intelectual hereditaria, retroceden ante toda tentativa de responder a la pregunta: ¿Qué será de la Turquía europea? Lo que más favorece el avance ruso hacia Constantinopla es lo que supuestamente debe mantenerla alejada de ella: la teoría vacía, nunca materializada, de mantener el *statu quo*. ¿En qué consiste este *statu quo*? Para los cristianos súbditos de la Sublime Puerta¹⁸ esto implica la continuidad indefinida de la opresión turca. Mientras sigan bajo el yugo del gobierno turco, han de mirar a la iglesia griega como su protectora y liberadora natural, que gobierna sesenta millones de cristianos cismáticos ortodoxos”.

Lo que aquí se ha dicho de Turquía se puede aplicar todavía en grado mayor a Austria-Hungría. La solución de la cuestión balcánica no se puede concebir sin la solución de la cuestión austrohúngara, ya que ambas están comprendidas en la misma fórmula: la federación democrática de las naciones balcánicas y del Danubio.

18. *Sublime Puerta*: Término usado para definir al gobierno del Imperio otomano y, por analogía, al propio Imperio, al hacer una metáfora con la propia puerta (como objeto físico) que daba entrada a las dependencias de dicho gobierno. La Sublime Puerta era el nombre de la corte pública del sultán, dirigida por el Gran Visir. Puerta Otomana, Sublime Puerta o Puerta Elevada son términos que se emplean para referirse al gobierno del Imperio otomano, en particular en el contexto diplomático, situada en Estambul (Turquía) antigua capital del Imperio otomano.

“Los gobiernos, con sus viejos procedimientos diplomáticos —escribía Marx— nunca resolverán la dificultad. Como tantos otros problemas, la solución de la cuestión turca está reservada para la revolución europea”. Esta afirmación tiene tanta vigencia hoy como cuando fue escrita. Pero para que la revolución resuelva las dificultades que se han acumulado en el transcurso de los siglos, el proletariado necesita su propio programa para la resolución de la cuestión austrohúngara. Y este programa tiene que estar opuesto decididamente tanto al ansia de conquista del zarismo como a los esfuerzos conservadores y cobardes que mantienen el *statu quo* de Austria-Hungría.

II. AUSTRIA-HUNGRÍA

El zarismo ruso representa, indudablemente, una forma de organización estatal más cruel y más bárbara que el débil absolutismo de Austria-Hungría, que ha ido debilitándose por la decadencia propia de la vejez. Pero el zarismo y el Estado ruso no son cosas idénticas. La destrucción del zarismo no significa la desintegración del Estado. Significa, por el contrario, su liberación y su fortalecimiento. Todas esas afirmaciones sobre la necesidad de empujar a Rusia hacia el continente asiático que encuentran eco hasta en ciertos órganos de la socialdemocracia, están basadas en un mísero conocimiento de la geografía y de la etnografía. Cualquiera que sea la suerte que puedan correr las diversas partes de la Rusia actual, como la Polonia rusa, Finlandia, Ucrania o Besarabia, la Rusia europea no dejará de existir como un territorio nacional ocupado por una raza que se cuenta por muchos millones y que ha hecho notables conquistas en su desenvolvimiento cultural durante el último cuarto de siglo.

Muy distinto es el caso de Austria-Hungría. Como organización del Estado, se encuentra identificada con la monarquía de los Habsburgo. Se mantiene o se derrumba con los Habsburgo de la misma manera que la Turquía europea se encontraba ligada a la casta feudal y militar otomana y cayó cuando esta casta fue destruida. Como un conglomerado de fragmentos de razas animadas por una tendencia centrífuga que una dinastía obligó a vivir juntas, Austria-Hungría ofrece el cuadro más reaccionario que

se puede encontrar en el corazón de Europa. Su supervivencia después de la actual catástrofe europea, no solo retardaría el desarrollo de los pueblos del Danubio y de los Balcanes por muchos años y provocaría la repetición de la guerra europea, sino que también fortalecería políticamente al zarismo preservando su principal fuente de alimentación espiritual.

Si la socialdemocracia alemana considera que la ruina de Francia es justa, por considerarla un castigo por la alianza de esta última con el zarismo, entonces habría que aplicar el mismo criterio a la alianza entre Alemania y Austria. Y si la alianza de las dos democracias occidentales con un zarismo despótico da un mentís a la prensa francesa e inglesa cuando presentan la guerra como liberadora, entonces ¿no es igual de arrogante, si no más, que la socialdemocracia alemana haga ondear la bandera de la libertad sobre el ejército de los Hohenzollern, que se está batiendo no solo contra el zarismo y sus aliados, sino también por la defensa de la monarquía de los Habsburgo?

Austria-Hungría es indispensable para Alemania, para su clase dominante, tal y como nosotros la conocemos. La clase dominante *juncker*¹⁹ echó a Francia en brazos del zarismo a consecuencia de la anexión forzosa de Alsacia y Lorena, mientras que deterioraba sistemáticamente sus relaciones con Inglaterra por el rápido incremento de sus fuerzas navales. También se negó a aprovechar toda ocasión para establecer acuerdos con las democracias occidentales, porque esos acuerdos implicaban la democratización de Alemania. Así se comprende que esta clase dominante se viese obligada a buscar ayuda en la monarquía austrohúngara, tomándola como una

19. *Juncker*: Aristocracia terrateniente prusiana que constituía también el sector más reaccionario del ejército alemán.

reserva de fuerzas militares contra los enemigos en el este y en el oeste.

Conforme al punto de vista alemán, la misión de la monarquía dual era emplear a húngaros, polacos, rumanos, checos, rutenos, serbios e italianos como auxiliares al servicio de la política militar alemana y de los junkers. La clase gobernante en Alemania se resignó fácilmente a la expatriación de diez o doce millones de alemanes, para que estos formasen el eje en torno del cual gravitaría una población no alemana de más de cuarenta millones, unida por los Habsburgo. Una federación democrática de naciones independientes del Danubio hubiera imposibilitado que estos pueblos fueran usados como aliados del militarismo alemán. Solo una monarquía en Austria-Hungría, impuesta por el militarismo, podía darle algún valor a ese país como aliado de los junkers alemanes. La condición indispensable para esta alianza, santificada por el pacto de fidelidad de los Nibelungos²⁰ entre las dinastías, era la preparación militar de Austria-Hungría, una condición que no podía cumplirse sino mediante la supresión mecánica de las tendencias nacionales centrífugas.

Dado que Austria-Hungría está rodeada por todos los lados por Estados compuestos por las mismas razas que tiene dentro de sus propias fronteras, su política exterior está íntimamente unida a su política interna. Para poder mantener siete millones de serbios y de sureslavos dentro del marco de su propio Estado militar, Austria-Hungría se ve obligada a extinguir el fuego que ilumina sus aspiraciones políticas: el reino independiente de Serbia.

20. *Pacto de fidelidad de los Nibelungos*: Referencia al pacto entre Sigfrido y quienes le traicionan posteriormente e intentan asesinar, procede de *El Cantar de los Nibelungos*, poema épico de la Edad Media, escrito sobre el siglo XIII, anónimo, de origen germano.

El ultimátum a Serbia fue un paso decisivo en tal dirección. “Austria-Hungría dio este paso bajo la presión de la necesidad”, escribió Eduard Bernstein en *Sozialistische Monatshefte*²¹ (nº 16). Esto sería cierto si consideramos los acontecimientos políticos desde el punto de vista de la monarquía.

Fundamentar la defensa de la política de los Habsburgo por la baja catadura moral de los gobernantes de Belgrado es cerrar los ojos ante el hecho de que los Habsburgo eran amigos de Serbia cuando estaba bajo el gobierno más despreciable que se ha conocido en la desafortunada historia de la Península Balcánica: el del rey Milan²², agente de Austria. El ajuste de cuentas con Serbia se produjo tardíamente a consecuencia del debilitado instinto de autoconservación del organismo enfermo de la monarquía dual. Pero después de la muerte del Archiduque, que era el benefactor y la esperanza del partido militar austriaco (y del de Berlín), el aliado alemán de Austria le propinó un golpe en las costillas y lo instó a demostrar firmeza de carácter y fuerza. El ultimátum de Austria a Serbia no solo fue aprobado de antemano por los gobernantes de Alemania sino que, según todas las informaciones, estuvo inspirado

21. Revista que Joseph Bloch dirigió a partir de 1897 y que se publicó en Berlín por el ala revisionista del Partido Socialdemócrata alemán que encabezaba Eduard Berstein. La revista fue independiente del SPD.

22. Milan I (1854-1901): Miembro de la dinastía serbia de los Obrenović, príncipe de Serbia (bajo el nombre de Milan IV) entre 1868 y 1882, y posteriormente rey de Serbia (bajo el nombre de Milan I) entre 1882 y su abdicación en 1889. En 1878 garantizó la independencia y el reconocimiento de Serbia ante las potencias europeas en el Congreso de Berlín. En 1882 se autoproclamó Rey de Serbia. Además, intentó un mayor acercamiento con el Imperio austrohúngaro. La guerra entre Serbia y Bulgaria de 1885-1886 estuvo a punto de costarle el trono, pero la rápida intervención de Austria-Hungría previno su abdicación. Su reinado fue impopular entre la mayoría de la población.

por ellos. La evidencia está claramente demostrada en el propio *Libro Blanco*, el cual los diplomáticos, profesionales y aficionados, ofrecen como prueba del amor a la paz de los Hohenzollern.

Después de definir los objetivos de la propaganda gran serbia y las maquinaciones del zarismo en los Balances, el *Libro Blanco* dice:

“En tales condiciones, Austria tuvo que llegar a la conclusión de que no era compatible con su dignidad ni con la propia conservación de la Monarquía seguir observando lo que pasaba más allá de la frontera y permanecer pasiva. El Gobierno Imperial nos informaba de estos hechos y nos consultó. Con sinceridad le decíamos a nuestra aliada que aprobábamos su visión de la situación y que le asegurábamos que cualquier acción que creyere necesaria para poner término al movimiento contra la monarquía austriaca en Serbia contaba con nuestra aprobación. Al hacer esto, sabíamos muy bien que una hipotética guerra por parte de Austria-Hungría atraería a Rusia al conflicto y nos involucraría en él, conforme a los términos de nuestra alianza. Pero en vista de que estaban en juego los intereses vitales de Austria-Hungría, no podíamos aconsejar a nuestra aliada que demostrara una indulgencia incompatible con su dignidad o negarle nuestra ayuda en un momento de semejante gravedad. Éramos los menos indicados para hacer esto, porque nuestros intereses vitales estaban amenazados por la persistente agitación en Serbia. Si a los serbios, ayudados por Rusia y Francia, se les hubiera permitido poner en peligro la estabilidad de nuestra monarquía vecina, se habría producido el desmoronamiento gradual de Austria

y la sujeción de todas las razas eslavas al gobierno ruso. Y esto, a su vez, habría tornado precaria la situación de la raza alemana en Europa Central. Una Austria debilitada moralmente, derrumbándose ante el avance del paneslavismo ruso, no podría ser una aliada confiable ni de la que podamos depender. Y sin embargo nos vemos obligados a depender de ella debido a la actitud cada vez más amenazadora de nuestros vecinos del este y del oeste. Por estas razones dejamos las manos libres a Austria en su acción contra Serbia”.

La relación de la clase dominante de Alemania con el conflicto austro-serbio aparece aquí definida claramente. Alemania no solo fue informada por el gobierno austro-húngaro de sus intenciones, sino que las aprobó. Alemania consideraba a la agresión de Austria como algo inevitable, un acto de salvación para sí misma y después hizo de esto una condición para la continuidad de la alianza. Son sus palabras: “Austria no podría ser una aliada confiable ni de la que podamos depender”.

Los marxistas alemanes conocían estos asuntos muy bien y los peligros que en ellos se ocultaban. El 29 de junio, un día después del asesinato del archiduque austriaco, *Vorwärts* escribía lo siguiente:

“El destino de nuestra nación ha quedado unido muy estrechamente con el de Austria como consecuencia de la torpe política exterior de nuestros gobernantes. La base de toda esta última es la alianza con Austria. Cada día se ve más claro que esta alianza es una fuente de debilidad más que de fortaleza. El problema de Austria resulta por momentos la amenaza para la paz de Europa”.

Un mes más tarde, el 28 de julio, cuando la amenaza había alcanzado el punto culminante para provocar la guerra, el órgano principal de la socialdemocracia alemana escribía en los mismos términos. “¿Cómo actuará el proletariado alemán frente a un paroxismo tan sin sentido?”, se preguntaba; y él mismo contestaba: “El proletariado alemán no está interesado en lo más mínimo en la conservación del caos nacional de Austria”.

La Alemania democrática está más interesada en la destrucción que en la conservación de Austria-Hungría. La disolución de Austria-Hungría significaría para Alemania ganar una población educada de doce millones y una capital de primer rango como Viena. Italia completaría su unidad nacional y dejaría de jugar el papel de factor imprevisible que siempre ha jugado en la Triple Alianza. Una Polonia, una Hungría y una Bohemia independiente y una federación balcánica, incluyendo a Rumanía, con diez millones de habitantes en la frontera rusa, sería un poderoso baluarte contra el zarismo. Y lo más importante: una Alemania democrática con una población de 75 millones de habitantes, podría llegar fácilmente, sin los Hohenzollern y los gobernantes junkers, a un acuerdo con Francia e Inglaterra y podría aislar al zarismo condenando a una completa impotencia su política internacional y nacional. Una política dirigida hacia este objetivo sería verdaderamente una política de liberación para el pueblo ruso lo mismo que para el de Austria-Hungría. Pero tal política requiere una condición esencial y preliminar, es decir, que el pueblo alemán, en vez de encargarse a los Hohenzollern que liberen a otras naciones, tendrían que liberarse ellos mismos de los Hohenzollern.

Pero la actitud de la socialdemocracia alemana y austrohúngara en esta guerra está en flagrante contradicción con esos objetivos. En la actualidad parece convencida de

la necesidad de conservar y fortalecer la monarquía de los Habsburgo en interés de Alemania y de la nación alemana. Y *Wiener Arbeiterzeitung*²³, desde este punto de vista antidemocrático (que llena de vergüenza a todo socialista internacionalista), definía el significado histórico de la presente guerra de la siguiente manera: “Es principalmente una guerra (de los aliados) contra el espíritu germánico. Solo el tiempo dirá si la diplomacia ha procedido bien y si era necesario que ocurriera. ¡Ahora está en juego el destino de la nación alemana! ¡No se puede tener sobre ello duda ni vacilación alguna! El pueblo alemán está unido en su determinación férrea e inflexible de no dejarse subyugar y ni la muerte ni el demonio conseguirán hacerlo ceder” (*Wiener Arbeiterzeitung*, 5 de agosto) y sigue con cosas por el estilo. No queremos ofender el gusto literario y artístico del lector continuando estas citas. Nada se dice aquí sobre la misión de emancipar otras naciones. De lo que se trata es de conservar y asegurar la “humanidad alemana”.

La defensa de la cultura alemana, del suelo alemán, de la humanidad alemana, parece ser la misión no solo del ejército alemán, sino también del austrohúngaro. El serbio debe batirse contra el serbio, el polaco contra el polaco, el ucraniano contra el ucraniano, en pro de la salvación de la humanidad alemana. Los cuarenta millones de seres de nacionalidades no alemanas son considerados simplemente como un abono histórico para el campo de la cultura alemana. No es necesario decir que este no es el punto

23. *Wiener Arbeiterzeitung* (Periódico de los Trabajadores de Viena): Fundado como portavoz socialista por Víctor Adler el 12 de julio de 1889, fue el órgano principal de expresión del Partido Socialdemócrata de Austria. Inicialmente quincenal, el 1 de enero de 1895 se convierte en un periódico diario.

de vista del socialismo internacional. Esto no es ni siquiera la democracia en su forma más elemental. El Estado Mayor austrohúngaro explica esta "humanidad" en su comunicado del 18 de septiembre: "Todos los pueblos de nuestra reverenciada monarquía deben estar unidos como uno solo, rivalizando en valor unos con otros, como dice nuestro juramento militar, contra cualquier enemigo, no importa quién sea".

Wiener Arbeiterzeitung acepta totalmente el punto de vista de los Habsburgo-Hohenzollern, de considerar al Estado austrohúngaro como una reserva militar supranacional. Es la misma actitud que los militaristas de Francia tuvieron respecto de los senegaleses y los marroquíes y que tienen los ingleses respecto de los indios. Y si se considera que tales opiniones no son una novedad entre los socialistas alemanes de Austria, entonces encontramos la razón principal por la que la socialdemocracia austriaca se dividió tan miserablemente en grupos nacionales y redujo al mínimo su importancia política.

La desintegración de la socialdemocracia austriaca en sectores nacionales que luchan entre sí es una expresión de lo inadecuado de Austria como organización estatal. Al mismo tiempo, la actitud de la socialdemocracia de la Austria alemana demuestra que ella misma es una pobre víctima de esta deficiencia, ante la cual capituló ideológicamente. Cuando se reconoció impotente para unir las diversas razas del proletariado austrohúngaro bajo los principios del internacionalismo y finalmente renunció a esta tarea por entero, subordinó a toda Austria-Hungría y a su propia política a la "idea" del nacionalismo junker prusiano. Esta negación total de los principios está expresada en un lenguaje sin precedentes en las páginas de *Wiener Arbeiterzeitung*. Sin embargo, si escuchamos con mayor detalle la música de este nacionalismo histérico, podemos

reconocer una voz grave, la voz de la historia, que nos dice que el camino al progreso político de Europa central y sudoriental pasa por la desintegración de Austria-Hungría.

III. LA GUERRA CONTRA EL ZARISMO

Pero, ¿qué hay respecto del zarismo? ¿Una victoria austro-alemana no significaría la derrota del zarismo? Los resultados positivos de una derrota del zarismo, ¿no serían mucho mayores que los de la disolución de Austria-Hungría?

Los socialdemócratas alemanes y austriacos ponderan mucho esta cuestión al razonar del modo en que lo hacen sobre la guerra. El aplastamiento de un pequeño país neutral, la ruina de Francia... todo esto está justificado por la necesidad de combatir el zarismo. Haase²⁴ esgrime la necesidad de “defenderse contra el peligro del despotismo ruso” como razón para votar los créditos de guerra. Bernstein va hacia Marx y Engels y busca viejos textos para su grito de guerra: “¡Ajustemos las cuentas con Rusia!”.

Südekum²⁵, disconforme con el resultado de su misión en Italia, dice que lo que los italianos tienen de criticable

24. Haase, Hugo (1863-1919): Dirigente del ala reformista del Partido Socialdemócrata alemán, del que antes de la Primera Guerra Mundial fue vicepresidente. En agosto de 1914, se opuso internamente a apoyar los créditos de guerra, pero acató la disciplina de partido votando a favor. En 1917, tomó parte en la escisión del USPD, del que fue nombrado presidente. Junto con Wilhelm Dittmann y Emil Barth, fue uno de los tres miembros del USPD que entraron en el gobierno de coalición con el SPD tras la revolución de noviembre de 1918. Fue asesinado en el Reichstag por un oficial monárquico en octubre de 1919.

25. Südekum, Albert (1871-1944): Periodista alemán representante del reformismo dentro del Partido Socialdemócrata, defendía una estrategia de alianza reformista con los liberales. Desde mayo de 1900,

es que no comprenden al zarismo. Y cuando la socialdemocracia de Viena y Budapest se sumó a las filas de los Habsburgo en su "guerra santa" contra los serbios que se batían por su unidad nacional, sacrificaban, según decían, su honor socialista por la necesidad de combatir al zarismo.

Y los socialdemócratas no están solos en esto. Toda la prensa burguesa alemana no desea otra cosa, por el momento, que el aniquilamiento de la autocracia rusa, la cual oprime a los pueblos de Rusia y amenaza la libertad de Europa. El canciller imperial denuncia a Francia y a Inglaterra como vasallos del despotismo ruso. También el general alemán von Morgen, seguramente fiel y probado "amigo de la libertad y de la independencia", invita a los polacos a rebelarse contra el despotismo del zar. Pero para nosotros, que hemos pasado por la escuela del materialismo histórico, sería una desgracia si no nos diéramos cuenta de la actual relación de intereses, a pesar de estas frases, de estas mentiras y estas bravatas estúpidas. Nadie puede creer sinceramente que los reaccionarios alemanes tengan semejante odio al zarismo y quieran destruirlo. Al contrario, para los gobernantes de Alemania, el zarismo será después de la guerra lo mismo que era antes: la forma de gobierno más parecida a la suya. Por dos razones el zarismo es indispensable para la Alemania de los Hohenzollern. En primer lugar, debilita a Rusia económica, militar y culturalmente, y de esta manera evita el desarrollo de un rival imperialista. En segundo lugar, la existencia del zarismo robustece a la monarquía de los Hohenzollern

miembro del Reichstag; en noviembre de 1918, miembro del gobierno provisional en el Estado Libre de Prusia, donde fue ministro de Hacienda. Südekum para Lenin era el "tipo de oportunista sin escrúpulos satisfecho de sí mismo y socialchovinista".

y a la oligarquía de los junker, de tal suerte que si no hubiese zarismo, el absolutismo germánico sería para Europa la última muestra de la barbarie feudal.

El absolutismo germánico no ha ocultado nunca el interés que tiene en el mantenimiento del zarismo por su parentesco con él, porque representa la misma forma social, aunque con métodos más descarnados. Intereses, tradición, simpatías, todo sitúa a los reaccionarios alemanes del lado del zarismo. “Las desgracias de Rusia son las desgracias de Alemania”. Al mismo tiempo, los Hohenzollern, a espaldas del zarismo, pueden hacer ver que son un baluarte de la cultura “contra la barbarie”, y pueden hacer creer tal cosa a su pueblo, aunque no consigan lo mismo con el resto de Europa occidental.

“Con profunda tristeza veo rota la amistad que Alemania siempre ha guardado con fidelidad”, dijo Guillermo II²⁶, en su discurso sobre la declaración de guerra, no refiriéndose a Francia e Inglaterra, sino a Rusia y en realidad a la dinastía rusa, de acuerdo con la religión rusa de los Hohenzollern, como hubiera dicho Marx. Se dice que el plan político de Alemania consiste en crear, por una parte, una base de acercamiento a Francia e Inglaterra mediante una victoria sobre estos países y, por otra parte, en utilizar una victoria estratégica sobre Francia para aplastar al despotismo ruso. Los socialdemócratas alemanes deben haber sugerido este plan a Guillermo y su canciller o, de lo contrario, le deben haber atribuido este plan a ambos. Sin embargo, los planes políticos de los reaccionarios

26. Guillermo II (1859-1941): Último rey de Prusia y último káiser alemán, de la dinastía de los Hohenzollern. Hijo primogénito de Federico III y de la princesa Victoria del Reino Unido. Proclamado káiser tras el breve reinado de su padre. Gobernó entre 1888 y 1918. La revolución de noviembre de 1918 le obligó a abdicar.

alemanes son, y necesariamente tienen que ser, de una naturaleza totalmente opuesta.

Por el momento dejemos de lado la cuestión de si el golpe destructor descargado sobre Francia está fundado en consideraciones estratégicas, o si la "estrategia" imponía la táctica defensiva en el frente occidental. Pero no ver que la política de los junker necesita una Francia en ruinas es reconocer que hay razones para mantener los ojos cerrados. Francia... ¡es el enemigo!

Eduard Bernstein, que sinceramente trata de justificar la actitud tomada por la socialdemocracia alemana, saca las siguientes conclusiones: "si Alemania se encontrase regida por un gobierno democrático, no habría duda sobre la manera de arreglar las cuentas con el zarismo. Una Alemania democrática libraría una guerra revolucionaria en el este, llamaría a las naciones oprimidas por Rusia a resistir al tirano y les habría brindado los medios para llevar a cabo la lucha en defensa de su libertad (¡muy bien!). Sin embargo, Alemania no es una democracia y entonces es un sueño utópico (¡ciertamente!) esperar semejante política con todas sus consecuencias por parte de Alemania tal y como es hoy" (*Vorwärts* del 28 de agosto). ¡Muy bien entonces! Pero al llegar a este punto, Bernstein rompe súbitamente su análisis de la actual política alemana, "con todas sus consecuencias". Después de poner de manifiesto la flagrante contradicción que entraña la posición de la socialdemocracia alemana, termina depositando una esperanza inaudita en que una Alemania reaccionaria de todas formas podrá llevar a cabo una tarea que solamente podría cumplir una Alemania revolucionaria. *Credo quia absurdum* (creo en lo absurdo).

Sin embargo, se puede decir, en oposición a este criterio, que mientras la clase dominante alemana no tiene interés en combatir al zarismo, aunque Rusia es ahora la

enemiga de Alemania a pesar de la voluntad de los Hohenzollern, la victoria de Alemania sobre Rusia puede significar un gran debilitamiento del zarismo, o su total derrota. ¡Viva Hindenburg, el gran instrumento inconsciente de la revolución rusa!, podemos gritar con el *Volksstimme*²⁷ de Chemnitz. ¡Viva el príncipe heredero!²⁸, también un instrumento inconsciente. ¡Viva el Sultán de Turquía!, que también sirve a la causa de la revolución, bombardeando las ciudades rusas de la orilla del Mar Negro. ¡Gloriosa revolución rusa! ¡Qué rápido que aumentan las filas de su ejército! No obstante, veamos si en todo esto hay algo de verdad que conviene aclarar sobre este aspecto de la cuestión. ¿No es posible que la derrota del zarismo pudiera ayudar a la causa de la revolución? No se puede descartar esa posibilidad. El Mikado y sus samuráis no tenían el menor interés en la emancipación rusa y, sin embargo, la guerra ruso-japonesa dio un ímpetu poderoso a los acontecimientos revolucionarios que sucedieron después. En consecuencia, se puede esperar un resultado similar de la guerra ruso-alemana. Pero para evaluar correctamente estas posibilidades históricas tenemos que tener en cuenta las siguientes circunstancias.

Aquellos que creen que la guerra ruso-japonesa provocó la revolución, ni conocen ni comprenden los acontecimientos políticos y sus relaciones. La guerra no hizo más que precipitar el estallido de la revolución; pero por esta

27. *Volksstimme* (La Voz del Pueblo); periódico socialdemócrata local.

28. Se refiere a Guillermo de Prusia, de la dinastía Hohenzollern (1882-1951). Fue el último príncipe heredero del Reino de Prusia y del Imperio alemán. Era el hijo mayor de Guillermo II, emperador de Alemania. Después de la derrota alemana en la guerra y el estallido de la revolución de 1918 en el país, tanto el Emperador Guillermo II como su hijo firmaron un documento de abdicación.

misma razón, también la debilitó. Pues si la revolución se hubiese desarrollado como resultado del crecimiento orgánico de fuerzas internas, se habría producido más tarde, pero hubiera sido mucho más fuerte y sistemática. Por lo tanto, la revolución no tiene el menor interés en la guerra. Esta es la primera consideración. La segunda es que mientras la guerra ruso-japonesa debilitaba al zarismo, fortalecía al militarismo japonés. La misma consideración se aplica, en más alto grado incluso, a la guerra ruso-alemana.

Entre 1912 y 1914 el enorme desarrollo industrial de Rusia arrancó al país de una vez por todas de su estado de postración contrarrevolucionaria. El crecimiento del movimiento revolucionario basado en las condiciones económicas y políticas de la masa trabajadora, el crecimiento de la oposición en amplios sectores de la población, condujo a un nuevo periodo de agitación y de tensiones. Pero en contraste con el periodo 1902-1905, este movimiento se desarrollaba de manera más sistemática y consciente, y estaba basado sobre un fundamento social más amplio. La revolución necesitaba tiempo para madurar, pero no necesitaba las lanzas del samurái prusiano. Por el contrario, el samurái prusiano daba al zar la oportunidad de representar el papel de defensor de serbios, belgas y franceses.

Si razonamos a partir del supuesto de una catástrofe rusa, la guerra puede provocar un prematuro estallido de la revolución, pero a costa de su debilitamiento interno. Y si la revolución llegase a prosperar en semejantes circunstancias, entonces las bayonetas de los ejércitos de los Hohenzollern se dirigirían contra la revolución. Esta perspectiva puede paralizar las fuerzas revolucionarias; es imposible negar el hecho de que el partido del proletariado alemán está detrás de las bayonetas de los Hohenzollern. Pero esto es solamente un aspecto de la cuestión.

La derrota de Rusia necesariamente supone una victoria decisiva de Alemania y Austria en otros campos de batalla; lo que significa la conservación forzosa del caos político nacional en Europa Central y sudoriental y el ilimitado predominio del militarismo alemán en todo el continente.

El desarme forzoso de Francia, miles de millones en indemnizaciones, tarifas aduaneras creadas a manera de murallas en torno a las naciones conquistadas y tratados comerciales obligatorios con Rusia; todo esto dejaría al imperialismo alemán como dueño de la situación por muchas décadas.

La nueva política alemana, que comienza con la capitulación del partido proletario ante el militarismo nacionalista, se fortalecería durante muchos años. La clase trabajadora alemana tendría que mantenerse material y espiritualmente con las migajas caídas de la mesa del imperialismo victorioso, mientras la causa de la revolución recibiría un golpe mortal.

No hacen falta más pruebas de que en tales circunstancias la revolución rusa, aunque pueda triunfar temporalmente, sería un aborto histórico. En consecuencia, las actuales batallas que libran las naciones bajo el yugo del militarismo, impuestas por las clases capitalistas, poseen contrastes monstruosos que ni la guerra misma ni los gobiernos que la dirigen pueden resolver conforme al interés del futuro desarrollo histórico.

La socialdemocracia no podía ni puede ahora mezclar sus objetivos con ninguna de las posibilidades históricas de esta guerra, esto es, ni con la victoria de la Triple Alianza, ni con la victoria de la Entente²⁹. La socialdemocracia

29. Se conoce como Entente al bloque de potencias imperialistas (Gran Bretaña, Francia y Rusia) formado en 1907 contra la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). Debe su nombre a la Entente

alemana conocía bien esta situación. *Vorwärts*, en su edición del 28 de julio, discutiendo la cuestión de la guerra contra el zarismo, decía:

“¿Qué pasaría si la guerra no se mantiene como un conflicto localizado y Rusia tiene que participar de ella? ¿Cuál sería nuestra actitud entonces hacia el zarismo? Aquí está la gran dificultad de la situación. ¿No ha llegado el momento de darle un golpe mortal al zarismo? Si las tropas alemanas cruzan la frontera rusa, ¿no significará esto la victoria para la revolución rusa?”.

Y llega a la siguiente conclusión:

“¿Estamos seguros de que si las tropas alemanas cruzan la frontera significaría una victoria para la revolución rusa? Es posible que esto lleve a la caída del zarismo; pero el ejército alemán, ¿no combatiría a una Rusia revolucionaria con más energía, con un deseo más intenso de victoria que la que despliega contra una Rusia absolutista?”.

Más aún. El 3 de agosto, en la víspera de la sesión histórica del Reichstag, *Vorwärts* escribía en un artículo titulado ‘La guerra contra el zarismo’:

Cordiale, el acuerdo anglo-francés de 1904 para repartirse el mundo colonial. Rusia se unió tres años después, dando lugar a la llamada Triple Entente. Este tratado fue la base de la alianza entre estos tres países durante la I Guerra Mundial, a la que se sumarían Italia (tras separarse de sus antiguos aliados) y EEUU. Tras la revolución de Octubre, sus principales integrantes participaron en la agresión imperialista contra la Rusia soviética.

“Mientras la prensa conservadora, para regocijo de otros países, acusa de alta traición al partido más fuerte del imperio, hay otros elementos que tratan de demostrarle a la socialdemocracia que la guerra en ciernes es en verdad la realización del viejo anhelo de la socialdemocracia. La guerra contra Rusia, guerra contra el zarismo ‘sangriento y sin fe’ (esto último es una frase reciente de la prensa que hasta ayer bendecía el látigo) ¿no es esto lo que la socialdemocracia ha estado pidiendo desde el principio?...”.

“Estos son los argumentos que literalmente usa una parte de la prensa burguesa, de hecho la parte más inteligente, y esto evidencia la importancia que se atribuye a la opinión de aquella parte del pueblo alemán que está detrás de la socialdemocracia. Ya no se oye más aquello de ‘Las desgracias de Rusia son las desgracias de Alemania’. Ahora solo se escucha ‘¡Abajo el zarismo!’ . Pero desde los días en que los dirigentes socialdemócratas mencionados (Bebel, Lasalle³⁰, Engels, Marx) exigían una guerra democrática contra Rusia, esta ha dejado de ser simplemente el corazón de la reacción. Rusia es también la forja de la revolución. El derrocamiento del zarismo

30. Bebel, August (1840-1913): Dirigente socialista alemán, presidente del SPD y figura destacada de la Segunda Internacional. Como Kautsky, rechazaba formalmente el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que se apoderaron del SPD poco después de su muerte.

Lasalle, Ferdinand (1825-1864): Defensor de un socialismo pequeño-burgués que posteriormente tendría gran influencia en la socialdemocracia alemana. En 1863 fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes, que en el congreso de Gotha (1875) se unificó con el Partido Socialdemócrata. Mantuvo posiciones oportunistas respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales.

es ahora la tarea de todo el pueblo ruso, especialmente del proletariado, y precisamente las últimas semanas han mostrado la fuerza con la que esta clase obrera de Rusia se empeña en esta tarea que la historia le ha confiado... Y han fracasado todos los esfuerzos de los 'verdaderos rusos' por distraer el odio de las masas contra el zarismo y promover un odio reaccionario contra las naciones extranjeras y especialmente contra Alemania. El proletariado ruso sabe muy bien que su enemigo no está más allá de sus fronteras sino dentro de su propio territorio. Nada fue tan desagradable para estos agitadores nacionalistas, los rusos verdaderos y los paneslavistas, como las noticias de la gran manifestación por la paz de la socialdemocracia alemana. Y cómo se hubieran regocijado si hubiera ocurrido lo contrario, si les hubiera sido posible decir al proletariado ruso: ahí ven cómo los socialdemócratas alemanes van a la cabeza de aquellos que incitan a la guerra contra Rusia. Y el padrecito (el zar) en San Petersburgo hubiera respirado profundamente y dicho con alivio: 'Esas son las noticias que necesito oír. Ahora el espinazo de mi más peligroso enemigo, la revolución rusa, está partido. La solidaridad internacional del proletariado está quebrada. Ahora puedo desencadenar la bestia del nacionalismo. Estoy salvado'.

Esto se escribía en *Vorwärts* cuando Alemania ya había declarado la guerra a Rusia.

Estas palabras caracterizan la actitud valerosa y honrada del proletariado contra un patriotismo beligerante. *Vorwärts* comprendió con claridad y castigó inteligentemente la vil hipocresía de los partidarios del látigo, la clase dominante de Alemania, la cual de repente se dio cuenta

de su misión de liberar a Rusia del zarismo. La prensa burguesa intentaba extorsionar la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora. Esto es lo que *Vorwärts* advertía. “No les crean a estos amigos del látigo”, le decía al proletariado alemán. “Están hambrientos de vuestras almas, y ocultan sus designios imperiales detrás de frases profundamente liberales. Los engañan a ustedes porque son la carne de cañón que ellos necesitan. Si consiguen ganar vuestras voluntades no harán más que ayudar al zarismo, y le darán a la revolución rusa un terrible golpe moral. Y si a pesar de esto la revolución rusa levantara la cabeza, esta misma gente ayudará al zarismo a aplastarla”. Este es el sentido de lo que *Vorwärts* predicaba a la clase trabajadora el 4 de agosto.

Y exactamente tres semanas más tarde, en abierta contradicción con lo anterior, el mismo *Vorwärts* escribía: “Liberación del moscovitismo (?), libertad e independencia para Polonia y Finlandia, libre desarrollo para el gran pueblo ruso, disolución de la alianza antinatural entre dos naciones cultas (Francia e Inglaterra) y el zarismo bárbaro, estos eran los deseos que animaban al pueblo alemán, por los cuales estaba dispuesto a cualquier sacrificio” e inspiraba también a la socialdemocracia alemana y a su principal portavoz.

¿Qué ocurrió en estas tres semanas para que *Vorwärts* repudiara su punto de vista original?

¿Qué ocurrió? Nada de gran importancia. El ejército alemán estranguló a la neutral Bélgica, incendió algunas poblaciones belgas, destruyó Lovaina³¹, cuyos habitantes

31. En el siglo XX, las dos guerras mundiales han infligido un daño considerable a la ciudad. Tras la entrada alemana en la Primera Guerra Mundial, la ciudad sufrió graves daños debido a la política alemana del terror durante la invasión. Los alemanes ejecutaron junto a

habían tenido la criminal audacia de abrir fuego sobre los invasores, sin llevar cascos ni uniformes³². En estas tres semanas el ejército llevó la muerte y la destrucción al territorio francés, y las tropas de su aliada Austria-Hungría demostraron a golpes el amor que siente la monarquía de los Habsburgo por los serbios en los ríos Sava y Drina³³. Aparentemente, estos hechos convencieron a *Vorwärts* de que los Hohenzollern hacían la guerra por la libertad de las naciones.

La neutral Bélgica fue aplastada y los socialdemócratas guardaron silencio. Mientras, Richard Fischer³⁴ fue a Suiza como enviado especial del partido para explicar al pueblo de un país neutral que la violación de la neutralidad belga y la ruina de una pequeña nación era un fenómeno perfectamente natural. ¿Por qué tanto escándalo?

numerosos civiles, al alcalde, al rector de la universidad y a todos los oficiales de policía de la ciudad. La Biblioteca de la Universidad fue destruida deliberadamente por el ejército alemán el 25 de agosto de 1914, usando gasolina y bombas incendiarias. Desaparecieron cientos de miles de volúmenes y manuscritos irremplazables del gótico y del Renacimiento.

32. “¡Que idea tan característica de los prusianos (escribía Marx a Engels) la de que ningún hombre puede defender su ‘patria’ si no lleva uniforme!”. (Nota del Autor)
33. El río Drina marca la mayor parte de la frontera entre Bosnia y Herzegovina con Serbia, es afluente del Sava, y este a su vez es afluente del Danubio, pasa por Belgrado y forma la frontera norte con Bosnia y Herzegovina.
34. Fischer, Richard (1855-1926): Entró en la socialdemocracia en 1873. Después de su regreso a Alemania en 1876 fue miembro de la dirección del SPD alineado con el ala derecha. En 1890 se convirtió en el primer secretario del partido a tiempo completo, se hizo cargo de la librería y fue director del periódico *Vorwärts*, expulsando a todos los redactores del ala izquierda contrarios a la guerra. De 1893 a 1918 Fischer fue miembro de la Dieta del Imperio por Berlín. En 1919-1920 fue miembro de la Asamblea Nacional de Weimar y posteriormente parlamentario del Reichstag.

Cualquier otro gobierno, en el lugar de Alemania, hubiera hecho lo mismo. Fue justo en ese momento cuando la socialdemocracia no solo se reconcilió con la guerra como un acto de defensa nacional, verdadera o supuesta, sino que además coronó a los Hohenzollern-Habsburgo con una aureola de luchadores por la libertad. ¡Qué caída sin precedentes para un partido que durante cincuenta años había enseñado a la clase trabajadora alemana a considerar a su gobierno como el enemigo de la libertad y de la democracia!

Todos los días queda cada vez más expuesto un peligro que los marxistas deberían haber previsto. Los golpes principales del gobierno alemán no estaban dirigidos hacia el este, sino hacia el oeste: a Bélgica, Francia e Inglaterra. Incluso si aceptáramos que lo único que determina este plan de campaña es la necesidad estratégica (algo improbable), el resultado político que se desprende de ella, con todas sus consecuencias, sigue siendo la necesidad de una derrota completa y definitiva de Bélgica, Francia y las fuerzas terrestres inglesas, para que Alemania tenga las manos libres para enfrentarse a Rusia. ¿No es evidente que lo que parecía una medida estratégica temporal para consolar a la socialdemocracia alemana, tenía que transformarse, por la fuerza de los hechos, en un objetivo independiente? Cuanto más tenaz sea la resistencia de Francia, cuyo deber se ha convertido en defender su territorio y su independencia contra el ataque alemán, los ejércitos alemanes más se estancarán en el frente occidental; y cuanto más exhausta quede allí Alemania, tendrá menos fuerza y se inclinará menos a llevar a cabo lo que supuestamente es su principal tarea, la que le encomendó la socialdemocracia, a saber, el "ajuste de cuentas con Rusia". Y entonces la historia presenciara una paz "honorable" entre las dos potencias más reaccionarias de Europa: entre Nicolás, a quien

el destino le garantiza las fáciles victorias³⁵ sobre la monarquía de los Habsburgo y Guillermo, que “ajustó cuentas”... pero no con Rusia, sino con Bélgica. La alianza entre los Hohenzollern y los Romanov, después del agotamiento y decadencia de las naciones de Occidente, significaría un periodo de oscura reacción en Europa y en todo el mundo.

La socialdemocracia alemana con su política actual facilita el camino hacia este horrible peligro. Y a menos que el proletariado europeo intervenga como un factor revolucionario desbaratando los planes de las dinastías y de los gobiernos capitalistas, esta amenaza se convertirá en un hecho.

35. En 1890 Engels escribía: “a la diplomacia rusa no le interesan más que aquellas guerras que obligan a sus aliados a tener que cargar con el grueso de las tareas de concentrar tropas o sufrir invasiones, y así dejarles a las tropas rusas únicamente el trabajo de reserva. El zarismo hace la guerra por su cuenta solo contra las naciones que son probablemente más débiles, como Suecia, Turquía y Persia”. Ahora hay que sumar a esta lista a Austria-Hungría, podrida hasta la médula. (Nota del Autor)

IV. LA GUERRA CONTRA OCCIDENTE

Al regreso de su viaje diplomático a Italia, Südekum escribía en *Vorwärts* que los camaradas italianos no comprendían suficientemente la naturaleza del zarismo. Estamos de acuerdo con el doctor Südekum en que un alemán puede comprender más fácilmente la naturaleza del zarismo porque experimenta diariamente la naturaleza del absolutismo prusiano-alemán. Estas dos “naturalezas” son análogas.

El absolutismo alemán representa una organización monárquica feudal apoyada en una base capitalista poderosísima, sobre la cual se desarrolló en el último medio siglo.

La fuerza del ejército alemán, según hemos vuelto a comprobar en las atrocidades que está cometiendo en la actualidad, no reside solamente en los recursos materiales y técnicos de la nación y en la inteligencia y precisión de sus trabajadores-soldados, educados en la escuela de la industria y de las organizaciones de su propia clase. Tiene su fundamento también en la casta de oficiales junker, con sus tradiciones de mando, su opresión hacia los de abajo y su subordinación a los de arriba. El ejército alemán, como su Estado, es una organización monárquico-feudal, con inextinguibles recursos capitalistas. Los malos escritores burgueses pueden decir lo que quieran sobre la supremacía de Alemania, que representa a los hombres del deber, sobre los franceses, que son los hombres del placer. Pero la verdadera diferencia no está en las cualidades de la raza, sino en las condiciones políticas y sociales.

El ejército permanente, esa corporación tan cerrada, que representa un Estado dentro del Estado, continúa siendo, a pesar del servicio militar universal, una organización de casta que para prosperar necesita distinciones artificiales de rango y una cúspide monárquica coronando la jerarquía.

En su libro *El nuevo ejército* Jaurés demostraba que el único ejército que podía tener Francia debía ser defensivo, sobre la base de armar a todos los ciudadanos; esto es, un ejército democrático, una milicia. La república burguesa francesa ahora está pagando las consecuencias de haber hecho de su ejército el contrapeso de la organización democrática de su Estado. Esto creaba, según Jaurés, "un régimen bastardo, en el cual formas anticuadas chocaban con las nuevas que surgían del desarrollo y se neutralizaban unas a otras". Esta incongruencia entre el ejército permanente y el régimen republicano es el fundamento de la debilidad del sistema militar francés.

En Alemania ocurre lo contrario. El sistema político, bárbaro y retrógrado, le da una gran supremacía al sistema militar. La burguesía alemana puede refunfunar periódicamente cuando el espíritu de casta pretoriana del cuerpo de oficiales lleva a revueltas como la de Saverna³⁶.

36. La crisis de Saverna ocurrió durante el final de 1913 a causa de los incidentes que se produjeron en el acuartelamiento de dos batallones del regimiento prusiano de infantería en este pueblo minero de Alsacia, después de que un teniente hubiera insultado a la población local, y esta protestara enérgicamente contra la actuación de los militares prusianos. Los militares reaccionaron a las protestas disparando contra la multitud y proclamando la ley marcial. Estas arbitrariedades condujeron a una discusión en el Parlamento imperial, aprobando un voto de censura contra el canciller Bethmann Hollweg, y supusieron una pérdida sustancial de la reputación del emperador. Se produjeron protestas por todo el imperio. La relación entre Lorena-Alsacia y el imperio alemán sufrió enormemente por este incidente.

Hasta puede llegar a ponerle mala cara al príncipe heredero como cuando en medio de esa crisis este último lanzó su consigna provocadora: “¡Duro y a la cabeza!”³⁷. La socialdemocracia alemana puede prorrumpir en invectivas contra los malos tratos que se da a los soldados, que en los cuarteles han causado el doble de suicidios que en el ejército de cualquier otro país. Pero lo cierto es que, como la burguesía alemana carece en absoluto de carácter político y el Partido Socialdemócrata alemán no ha llegado a inspirar el espíritu revolucionario al proletariado, la clase dominante ha podido erigir la estructura gigantesca del militarismo y colocar al trabajador alemán, tan eficiente e inteligente, bajo el mando de los héroes de Saverna y su grito guerrero de “¡Duro y a la cabeza!”.

El profesor Hans Delbrück³⁸ rastreó con toda razón el fundamento de la fuerza militar de Alemania en el antiguo modelo de la batalla del bosque de Teutoburgo³⁹ en el siguiente pasaje:

37. Frase escrita por Guillermo de Prusia en el telegrama de salutación de fin de año dirigido a las autoridades militares de Alsacia. Su filtración causó un gran escándalo público.

38. Hans Delbrück (1848-1929): Historiador alemán, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Berlín desde 1880. Fue miembro del Parlamento (Landtag) de Prusia de 1882 a 1885, del Reichstag de 1884 a 1890, y formó parte de la delegación alemana en la Conferencia de Versalles que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Los trabajos de Delbrück tratan fundamentalmente de la Historia del arte de la guerra. Su obra más ambiciosa es *Historia del Arte de la Guerra en el Marco de la Historia Política*. Delbrück fue uno de los primeros historiadores militares modernos. Las raíces del pensamiento de Delbrück están en Karl von Clausewitz. Delbrück se mostró muy crítico con la estrategia de su país durante la Primera Guerra Mundial. Sostuvo que hubiera sido mucho mejor buscar la victoria en el frente del este, conseguir pequeñas ventajas en el oeste y negociar la paz.

39. La batalla del bosque de Teutoburgo fue un enfrentamiento armado que tuvo lugar en zona montañosa cerca de la ciudad alemana de

“El viejo modelo militar germánico se basaba en la lealtad a los príncipes, considerados como guerreros selectos, y una masa guerrera que abarcaba a todo el pueblo. Hoy volvemos a tener este sistema. ¡Qué distintos que son los métodos de combate de ahora y los de nuestros antepasados en Teutoburgo! Ahora tenemos la técnica maravillosa de las armas modernas y los morteros y una inmensa organización de masas. Y sin embargo, básicamente, tenemos el mismo modelo militar. El espíritu guerrero potenciado al máximo, especializado al máximo en un organismo que antes era pequeño, pero que ahora incluye a muchos miles de personas, leales a sus señores de la guerra como antes a los príncipes, que colocan bajo su dirección y su disciplina a todo el pueblo. Aquí tenemos el secreto del carácter guerrero de la nación alemana”.

El comandante francés Driant⁴⁰ observa, con la envidia propia de alguien que es republicano no por convicción

Osnabrück, en Baja Sajonia, en el otoño del año 9 d.C., entre una alianza de pueblos germanos encabezada por los queruscos y su caudillo Arminio, y un ejército romano mandado por Publio Quintilio Varo, gobernador de la provincia de Germania Inferior, que entonces se extendía hasta el Elba. Ante las intenciones de Varo de romanizar por la fuerza a los germanos, Arminio reunió un ejército cuyos efectivos se desconocen, y mediante engaños hizo dirigirse a los romanos al bosque de Teutoburgo, una zona de complicada orografía, ideal para una emboscada, y en el cual permanecían apostados los queruscos. Varo, que dirigía tres legiones romanas, cayó en el engaño y la emboscada se saldó con una catastrófica derrota de los romanos y con el suicidio del propio Varo.

40. Driant, Émile (1855-1916): Escritor, político, parlamentario y oficial del ejército francés. Fue el primer militar de alto rango que murió durante la Primera Guerra Mundial en la batalla de Verdún, el 22 febrero 1916. Fue considerado un héroe entre los franceses de la época.

sino por imposición, al emperador alemán en su uniforme blanco de coraceros — sin duda el uniforme más impresionante y más guerrero de todos — y está fascinado porque pasa su tiempo “rodeado de su ejército, esa verdadera familia de los Hohenzollern”. La casta feudal, cuya hora de decadencia política y moral sonó hace mucho tiempo, logró una vez más conectar con la nación sobre el suelo fértil del imperialismo. Y esta conexión ha echado raíces tan profundas que las profecías del comandante Driant, escritas hace ya algunos años, se han convertido en realidad. Profecías que hasta ahora parecían insinuaciones venenosas de un bonapartista encubierto o tonterías de un maniático.

“El Káiser — escribía — es el Comandante en Jefe... y detrás de él está toda la clase trabajadora de Alemania como un solo hombre...; los socialdemócratas de Bebel forman en sus filas, tienen sus dedos en el gatillo, y también piensan solo en el bienestar y prosperidad de la patria. Los diez mil millones por indemnizaciones de guerra que Francia pagará serán una gran ayuda para ellos, mayor que las quimeras socialistas con las cuales se alimentaban hasta el momento”.

Sí, y ahora se escribe con total insolencia sobre esta futura indemnización incluso en algunos periódicos socialdemócratas (!) pero no de diez mil millones, sino de veinte o treinta mil millones.

Una victoria alemana sobre Francia — una necesidad estratégica lamentable, según la socialdemocracia alemana — no solo significaría la derrota del ejército permanente francés, sino ante todo la victoria del Estado monárquico feudal sobre el Estado democrático republicano.

La antigua raza de los Hindenburg, Moltke y Kluck⁴¹, especialistas por herencia en el asesinato en masa, es tan indispensable para la victoria alemana como los cañones calibre 42, la última palabra de la destreza técnica. Toda la prensa capitalista ya está hablando de la firme estabilidad de la monarquía alemana, fortalecida por la guerra. Y los profesores alemanes, los mismos que proclamaban a Hindenburg doctor en todas las ciencias, ya están proclamando que la esclavitud política es la más alta forma de la vida social.

“¡Qué poca capacidad para resistir la tormenta que demostraron las repúblicas democráticas, las monarquías bajo control parlamentario y todas las otras cosas bellas que tanto se ensalzaban!”.

Esto escriben hoy los profesores alemanes.

Es vergonzoso y humillante leer las expresiones de los socialistas franceses, que demostraron tanta debilidad

41. Hindenburg, Paul von (1847-1934): Mariscal de campo del II Reich, convencido monárquico y segundo presidente alemán de la república de Weimar, propuesto por la derecha. En 1933, con Hitler ya como canciller, firmó un decreto, tras el incendio del Reichstag, que suspendía los derechos fundamentales y dejaba a los nazis vía libre para suspender la constitución, ilegalizar los partidos y sindicatos de izquierda, y proceder a una masiva campaña de exterminio contra la oposición política y los judíos.

Moltke, Helmuth Johann (1848-1916): Jefe del Estado Mayor alemán entre 1906 y 1914. Dirigió las tropas que invadieron Bélgica y Francia en 1914. Responsable de los errores militares en la campaña del Marne que costaron la vida a centenares de miles de soldados alemanes.

Kluck, Alexander von (1846-1934): General alemán durante la Primera Guerra Mundial. Participó en la guerra austro-prusiana de 1866 y en la guerra franco-prusiana de 1870. Al comienzo de la Gran Guerra mandó el primer ejército alemán en la invasión de Bélgica. Tomó Bruselas y Lovaina, dirigiendo la política del terror mediante la destrucción y devastación de las ciudades.

cuando había que romper la alianza de Francia con Rusia o incluso impedir la vuelta al servicio militar de tres años, pero que tan pronto como comenzó la guerra, se calzaron sus uniformes militares y se dispusieron a liberar a Alemania. Pero nos invade un sentimiento de absoluta indignación al leer la prensa del Partido Socialdemócrata alemán, que con un lenguaje de esclavos exaltados elogia a la heroica casta hereditaria de opresores por sus logros militares en territorio francés.

El 15 de agosto de 1870, cuando el ejército alemán se aproximaba victorioso a París, Engels escribía una carta a Marx, en la que describe el estado de confusión de la defensa francesa:

“Sin embargo, un gobierno revolucionario, si viene pronto, no debe desesperar. Pero debe abandonar a París a su suerte y continuar la guerra desde el sur. De esta manera se podría sostener hasta conseguir armas y organizar un nuevo ejército, para así poder empujar al enemigo gradualmente hasta la frontera. Eso sería el verdadero punto culminante de la guerra, en el que ambos países demostrarían su invencibilidad”.

Y todavía hay gente que grita como idiotas embriagados “¡a París!” y al hacerlo tienen la desvergüenza de evocar los nombres de Marx y de Engels. ¿En qué medida son superiores a los despreciables liberales rusos que se arrastraban sobre sus vientres ante su Excelencia el comandante militar, que introdujo el *knut* (látigo) ruso en Galitzia oriental? Esta manera de hablar del carácter puramente “estratégico” de la guerra en el frente Occidental es una cobarde arrogancia. ¿Quién se lo toma en serio? La clase dominante de Alemania seguramente no. Ella habla el

lenguaje de la convicción y de la fuerza y llama a las cosas por su verdadero nombre. Sabe lo que necesita y cómo pelear por ello.

La socialdemocracia nos dice que la guerra se hace por la causa de la independencia nacional. “Eso no es verdad”, contesta Arthur Dix⁴².

“Precisamente, así como la alta política del siglo pasado — escribe Dix — debía su carácter particularmente marcado a la Idea Nacional, los acontecimientos del mundo político del siglo actual se enmarcan bajo el signo de la Idea Imperialista. Esta última debe dar el estímulo, el objetivo y el telón de fondo a la lucha por el poder” (*Der Wirtschaftskrieg*, 1914, p. 3).

“Es índice de una fina sagacidad — dice el mismo Arthur Dix de aquellos que tienen a su cargo la preparación militar de la guerra — el hecho de que el avance de nuestros ejércitos contra Francia y Rusia en la primera etapa de la campaña tuviese lugar precisamente donde era más importante conservar la valiosa riqueza mineral alemana y mantenerla libre de una invasión extranjera y ocupar aquellas porciones de territorio enemigo que podrían ser un suplemento de nuestros propios recursos mineros” (*Ibid.*, p. 38).

La “estrategia” de la que están hablando con tanta reverencia los socialistas, en realidad comienza sus operaciones con el robo de las riquezas naturales.

42. Dix, Arthur: Economista y editor de la revista *La Política Mundial*, miembro del Partido Nacional Liberal.

Los socialdemócratas nos dicen que la guerra es defensiva. Pero Georg Irmer⁴³ dice claramente:

“Es equivocado decir, como ocurre a menudo, que la nación alemana ha entrado demasiado tarde en la lucha por la economía y la dominación mundiales y que el planeta ya está repartido. ¿No se ha dividido la Tierra muchas veces en todas las épocas de la historia?” (*Los vom englischen Weltjoch*, 1914, p. 42).

Los socialistas tratan de tranquilizarnos diciéndonos que Bélgica ha sido aplastada solo temporalmente y que los alemanes evacuarán pronto los cuarteles de ese país. Pero Arthur Dix, que sabe muy bien lo que quiere, y tiene el derecho y la capacidad de quererlo, dice explícitamente que Alemania debe tener una salida al océano Atlántico, el principal temor de Inglaterra.

“Por esta razón — continúa — no podemos dejar que Bélgica se nos escape de las manos, ni permitir que la línea costera de Ostende al Soma caiga otra vez en manos de algún Estado que pueda llegar a ser vasallo político de Inglaterra. Debemos tratar como sea de establecer firmemente la influencia alemana allí”.

En las batallas ininterrumpidas entre Ostende y Dunquerque, la sagrada “estrategia” cumple también la función de defender los intereses de la Bolsa de Berlín.

Los socialistas nos dicen que la guerra entre Francia y Alemania no es más que un breve prelude para una alianza

43. Irmer, Georg (1853-1931): Historiador y oficial del gobierno alemán. Se dedicó con empeño a la promoción de los esfuerzos de colonización alemana, y ostentó importantes cargos en las colonias y la diplomacia.

entre estos países. Pero aquí también Arthur Dix muestra todas sus cartas. Según él, “no hay más que una sola respuesta: tratar de destruir el comercio mundial inglés y asestarle un golpe mortal a la economía nacional inglesa”.

“El objetivo de la política exterior del imperio alemán para las próximas décadas está enunciado claramente — anuncia el profesor Franz von Liszt⁴⁴—. Nuestra consigna debe ser protegernos contra Inglaterra” (*Ein Mitteleuropäischer Staatsverband*, 1914, p. 24).

“Debemos aplastar al más traidor y malvado de nuestros enemigos”, grita un tercero. “Rompeamos la tiranía que Inglaterra ejerce sobre el mar con afrenta y desprecio por la justicia y el derecho”.

La guerra no está dirigida contra el zarismo, sino contra la supremacía marítima de Inglaterra.

“Se puede decir — confiesa el profesor Schiemann — que ninguno de nuestros éxitos nos ha producido tanto júbilo como la derrota de los ingleses en Maubeuge y San Quintín el 28 de agosto”.

Los socialdemócratas alemanes nos dicen que el principal objetivo de la guerra es el “ajuste de cuentas con Rusia”. Pero al mismo tiempo, sincera y rotundamente, Rudolf Theuden quiere dar Galitzia y el norte de Persia a Rusia. De esta manera, Rusia “estaría lo suficientemente

44. Liszt, Franz Ritter von (1851-1919): Jurista y político alemán de origen austriaco, conocido por sus aportaciones en el campo del Derecho Penal y del Derecho Internacional Público. Militó en el Partido Progresista Popular alemán, y fue diputado de la Dieta Prusiana en 1908 y diputado del Reichstag en 1912.

satisfecha durante muchos años y hasta incluso podríamos hacerla nuestra amiga”.

“¿Qué puede traernos la guerra?”, pregunta Theuden. Y se contesta a sí mismo:

“La recompensa principal debe dárnosla Francia. Debe darnos Belfort, esa parte de la Lorena que limita con el Mosela, y en caso de encarnizada resistencia también la parte que limita con el Mosa. Si hacemos del Mosa y del Mosela fronteras alemanas, quizá los franceses algún día abandonen la idea de hacer del Rhin una frontera francesa”.

Los políticos burgueses y los profesores nos dicen que Inglaterra es el principal enemigo, que Bélgica y Francia son las puertas que abren el camino del océano Atlántico, que la esperanza de una indemnización rusa es un sueño utópico, que Francia tendría que pagar con territorio y con oro las consecuencias de la guerra... y *Vorwärts* exhorta a los trabajadores alemanes a “perseverar hasta que la victoria decisiva sea nuestra”.

Pues a pesar de todo esto, todavía *Vorwärts* nos dice que la guerra se hace por la independencia de la nación alemana y por la emancipación del pueblo ruso. ¿Qué quiere decir finalmente todo esto? No hay que buscar ideas, lógica y verdad donde no las hay. Esto no es más que un absceso de sentimientos serviles que revienta y arroja su pus sobre las páginas de la prensa obrera. Claramente se ve que la clase oprimida que avanza con lentitud e inercia por el camino de la libertad, en la hora actual tiene que arrastrar todas sus esperanzas y promesas en ese lodo y en esa sangre, antes de que se levante en su alma la voz pura e impecable del honor revolucionario.

V. LA GUERRA DE DEFENSA

“Hay que prevenir este peligro —el despotismo ruso— y proteger la inviolabilidad de nuestra cultura y la independencia de nuestro país. Nos atenemos a la línea de conducta de siempre: en momentos de peligro no traicionaremos a la patria. Guiados por estos principios, votamos los créditos de guerra”.

Esa fue la declaración de la fracción socialdemócrata alemana, leída por Haase en la sesión del Reichstag del 4 de agosto. Aquí solo se mencionó la defensa de la patria. No se dijo ni una palabra sobre una guerra liberadora en ayuda de los pueblos de Rusia, consigna que más tarde fue proclamada por los socialistas en todas partes. Por el contrario, su prensa, que no llega ni a los talones del patriotismo del partido, sí tuvo la astucia de presentar además esta guerra como una iniciativa para la liberación de Rusia y de Europa del poder del zarismo.

Hemos demostrado con bastante claridad que el pueblo ruso tenía toda la razón para rechazar el apoyo presentado a punta de bayoneta por los Hohenzollern. Pero, ¿dónde está entonces el carácter defensivo de la guerra? Lo que más sorprende en la declaración socialdemócrata no es lo que se dice sino lo que no se dice. Después de que Bethmann-Hollweg⁴⁵

45. Bethmann Hollweg, Theobald von (1856-1921): Canciller de Alemania entre 1909 y 1917. Alentó a Austria-Hungría a declarar la guerra a Serbia, iniciándose así la Primera Guerra Mundial.

anunció en el Reichstag la violación de la neutralidad de Bélgica y de Luxemburgo como medios para atacar a Francia, Haase no elevó ni una protesta. Este silencio es tan increíble que obliga a leer la declaración dos y tres veces; está escrita como si Bélgica, Francia e Inglaterra no hubiesen existido jamás en el mapa político de la socialdemocracia alemana. Pero los hechos no dejan de ser tales solo porque los partidos políticos cierran sus ojos ante ellos. Y cada miembro de la Internacional tiene el derecho de preguntar a Haase lo siguiente: “¿Qué porción de los cinco mil millones votados por la fracción socialdemócrata fue destinada a la destrucción de Bélgica?”.

¡Es muy posible que para proteger a la patria alemana ante el ataque del despotismo ruso haya que invadir Bélgica! Pero, ¿por qué la fracción socialdemócrata guardó silencio sobre este punto? La razón es clara. El gobierno liberal inglés, en sus esfuerzos por hacer popular la guerra ante las masas, basaba su argumento exclusivamente en la necesidad de proteger la neutralidad de Bélgica y la integridad de Francia, pero callaba sobre su alianza con Rusia. Por los mismos motivos, la socialdemocracia alemana hablaba a las masas solamente de la ofensiva contra el zarismo, pero no dice una palabra sobre este último a los aliados. Todo esto, naturalmente, no es muy halagador para la reputación internacional del zarismo, pero es lamentable que en nombre de la lucha contra él, la socialdemocracia alemana sacrifique su propia reputación. Lasalle decía que todas las grandes acciones políticas deben comenzar por “decir las cosas como son”. Entonces, ¿por qué defender a la patria callando vergonzosamente “las cosas como son”? ¿O es que la socialdemocracia alemana pensaba que esto no era una “gran acción política”? De todos modos, la defensa de la patria es una concepción muy amplia y elástica. La catástrofe mundial comienza con el ultimátum de Austria a

Serbia. Naturalmente, Austria se guiaba solo por la necesidad de defender sus fronteras de un vecino molesto.

El apoyo de Austria era Alemania. Y Alemania, a su vez, como ya sabemos, estaba preparada por la necesidad de defender su propio Estado. “Sería insensato creer — escribe Ludwig Quessel⁴⁶ sobre este punto— que se pueda derribar una pared de una estructura extremadamente compleja (Europa) sin poner en peligro la seguridad de todo el edificio”. Alemania comenzaba su “guerra defensiva” con una invasión a Bélgica para desviar el dispositivo militar francés. La derrota militar de Francia iba a aparecer solo como un episodio estratégico de la lucha defensiva.

Sin embargo, esta concepción no convence a algunos patriotas alemanes. Proponen otra, mucho más acorde a los hechos y su significado: Rusia aumentaba su potencial bélico, Francia extendía el servicio militar a tres años. Entonces, ¿no está claro que los imperativos de la “autodefensa” exigían una ofensiva preventiva? Por lo tanto, estamos frente a dos opiniones: 1º) Alemania no quería ahora la guerra y le fue impuesta por la Triple Alianza y 2º) Esta última creía que el momento no era favorable y en consecuencia Alemania había tomado la iniciativa del combate. Pero estos puntos de vista contradictorios se confunden armoniosamente en uno solo: el de la guerra de defensa.

Francia no podía permitir la derrota de Rusia, pensando en su propia defensa. Inglaterra justificaba su intervención

46. Quessel, Ludwig (1872-1931): Nacido en el seno de una familia obrera, desde 1890 miembro del SPD, dirigente de la derecha socialdemócrata. Periodista, publicó en periódicos y revistas democrático-burguesas y sociales. En 1907 se convirtió en editor del órgano del SPD y colaborador habitual de *Sozialistische Monatshefte*. Fue elegido en 1912 para el Reichstag (Imperio alemán). De 1919 a 1920 fue miembro de la Asamblea Nacional de Weimar y luego en 1930 elegido miembro del Reichstag (República de Weimar). Doctor en Ciencias Políticas.

evocando el peligro que significaría la existencia de una fuerte posición de Alemania en la costa del Canal de la Mancha. Finalmente, Rusia también hablaba exclusivamente de asegurar su protección. Sin embargo, nadie atacaba el territorio ruso. Es preciso observar que una potencia no es exclusivamente territorios, sino que existen otros factores, como la influencia sobre los Estados más débiles. Serbia pertenece a la esfera de influencia rusa, y sirve al propósito de mantener el llamado equilibrio de poderes en los Balcanes, y no solo el de los Balcanes, sino también el equilibrio entre la influencia rusa y austriaca. Un ataque victorioso de Austria contra Serbia amenazaría con perturbar este equilibrio en detrimento de Rusia. Sazonov encuentra sin duda su mejor argumento en las palabras de Quessel citadas más arriba. Sería superfluo añadir que Serbia con Montenegro, Bélgica con Luxemburgo, podían también aportar pruebas del carácter defensivo de su política. ¡Resulta que todos los países estarían a la defensiva y ninguno sería el agresor! Pero si esto es así, entonces, ¿qué sentido toman los términos de guerra “defensiva” u “ofensiva”? Los criterios con los que se definen estas denominaciones son contradictorios, pero son muy difíciles de discernir unos de otros.

Lo que tiene fundamental importancia para nosotros los socialistas es el papel histórico de esta guerra. ¿La guerra es capaz realmente de desarrollar, hacer retroceder o frenar las fuerzas productivas y las formas gubernamentales? ¿Es capaz de acelerar la concentración de las fuerzas de la clase trabajadora? Esta concepción materialista de las guerras se encuentra por encima de toda consideración formal o externa, y no guarda relación con las nociones de “defensiva” u “ofensiva”. Y sin embargo, a veces estas expresiones formales designan con más o menos acierto el significado real de la guerra. Cuando Engels decía que los

alemanes estaban en posición defensiva en 1870 no se refería a las circunstancias políticas y diplomáticas inmediatas. El hecho determinante para él era que Alemania se batía en esta guerra por su unidad nacional, que constituía una condición necesaria para el desarrollo económico del país y la unión socialista del proletariado. En el mismo sentido los pueblos cristianos de los Balcanes llevaban adelante una guerra defensiva contra los turcos, luchando por su derecho a la autodeterminación nacional y contra el dominio extranjero.

Las condiciones políticas internacionales que conducen a una guerra son independientes de esta interpretación materialista histórica de la guerra. La guerra alemana contra la monarquía de Bonaparte era históricamente inevitable y el derecho al desarrollo estaba del lado de Alemania. Pero estas tendencias históricas no resolvieron el interrogante de saber quién tenía interés en provocar la guerra en 1870. Ahora conocemos muy bien las consideraciones militares y de política internacional que determinaron a Bismarck a tomar la iniciativa en la guerra. Sin embargo, podría haber ocurrido lo contrario. El gobierno de Napoleón III podría haberse anticipado a Bismarck y comenzar la guerra unos años antes si hubiera tenido mayor previsión y energía. Esto hubiera cambiado radical e inmediatamente la apariencia política de los acontecimientos, aunque la valoración materialista del contenido social e histórico de la guerra sería la misma. Luego aparece la diplomacia, que tiene que realizar una doble tarea. Primero, necesita desencadenar la guerra en el momento más favorable para su país desde el punto de vista internacional y militar. Segundo, tiene que usar métodos que le permitan responsabilizar por el conflicto al gobierno enemigo. Una de las funciones más importantes de la agitación política socialista es justamente denunciar los engaños y las estratagemas de

la diplomacia. Podemos tener más o menos éxito en esta tarea en el momento decisivo, pero es evidente que no nos podemos guiar por el criterio de las intrigas diplomáticas para esclarecer el papel histórico de la guerra ni quiénes son sus iniciadores reales. Las maniobras astutas de Bismarck obligaron a Napoleón III a declarar la guerra a Prusia, aunque la iniciativa real provino del bando alemán. Luego aparece el criterio puramente militar. El plan estratégico de operaciones se puede calcular principalmente para la defensa o el ataque, sin importar cuál fue la nación que tomó la iniciativa en las hostilidades. Por último, las primeras tácticas que se siguen en la realización del plan frecuentemente juegan un gran papel en la evaluación estratégica de la guerra como de defensa o de agresión.

Engels escribía a Marx el 31 de julio de 1870 que:

“Es bueno que los franceses hayan atacado primero sobre territorio alemán. Si los alemanes repelen al agresor y a su vez avanzan invadiendo terreno francés, entonces sin duda no va a producir la misma impresión que si los alemanes hubieran marchado sobre Francia sin una invasión previa. Así la guerra sigue siendo, del lado francés, más bonapartista”.

Con el ejemplo clásico de la guerra franco-prusiana vemos que las normas para juzgar si una guerra es defensiva u ofensiva están llenas de contradicciones cuando dos naciones se enfrentan. Y tanto más, cuando se trata de un choque entre varias naciones. Si desarrollamos la maraña desde el principio, llegamos a la siguiente conexión entre los elementos de ataque y de defensa. El primer movimiento táctico de los franceses, al menos según la opinión de Engels, haría que la gente sintiera que la responsabilidad del ataque recaía sobre los franceses. A pesar de

aquello, todo el plan estratégico de los alemanes tenía un carácter absolutamente ofensivo. Las intrigas diplomáticas de Bismarck forzaban a Bonaparte a declarar la guerra contra su voluntad y lo mostró en Europa como un provocador de disturbios. La iniciativa político-militar en la guerra provenía del gobierno prusiano. Esta es una enumeración de circunstancias que son muy importantes para la estimación histórica de la guerra, pero no agota todas las posibilidades.

Una de las causas de esta guerra fue la creciente ambición de los alemanes en defensa de su autonomía nacional, lo que chocaba con las pretensiones dinásticas de la monarquía francesa. Pero esta “guerra de defensa” nacional de parte de Alemania, llevaba a la anexión de Alsacia y Lorena y, por esto, en su segunda etapa se convirtió en una guerra de conquista.

La correspondencia entre Marx y Engels demuestra que se guiaban principalmente por consideraciones históricas en su actitud hacia la guerra de 1870. Naturalmente, no eran indiferentes con respecto a quién dirigía la guerra y cómo se libraba. “¿Quién hubiera pensado — escribía Marx con amargura — que veintidós años después de la revolución de 1848, una guerra nacional conduciría al triunfo de los Hohenzollern?”. No obstante, para Marx y Engels lo decisivo eran las consecuencias objetivas de la guerra. “Si triunfan los prusianos, se centralizará el poder del Estado, y esto servirá para la centralización de la clase trabajadora alemana”.

Wilhelm Liebknecht y Bebel, partían de la misma evaluación histórica de la guerra, y se vieron obligados directamente a tomar una posición política hacia ella. No fue contra las ideas de Marx y Engels, sino con su total acuerdo, que Liebknecht y Bebel se negaron en el Reichstag a asumir la responsabilidad por esta guerra. Su declaración dice:

“Nosotros no podemos votar los créditos de guerra que pide el Reichstag, porque esto sería dar un voto de confianza al gobierno prusiano. Como opositores por principio a todas las guerras dinásticas, como republicanos socialistas que somos y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores que sin distinción de nacionalidad combate a todos los opresores y trata de unir a todos los oprimidos en una gran hermandad, no podemos ni directa ni indirectamente estar a favor de esta guerra”.

Schweitzer⁴⁷, presidente de la Asociación General de Trabajadores de Alemania, actuó de manera diferente. Tomaba la consideración histórica de la guerra y de sus consecuencias como una guía directa para su táctica — una de las falacias políticas más peligrosas — y al votar los créditos de guerra daba un voto de confianza a los Hohenzollern. Para que la centralización del poder estatal que surgió de la guerra fuera beneficiosa para la causa socialdemócrata, hubiera sido necesario que la clase trabajadora se opusiera desde el comienzo a la centralización realizada en provecho de los junkers con la propia centralización de su clase y su desconfianza revolucionaria hacia los gobernantes. Las consecuencias eventuales de la guerra que habían inducido a Schweitzer a dar un voto de confianza a quienes la preparaban, quedaban invalidadas por la actitud de este dirigente.

47. Schweitzer, Jean Baptista von (1833-1875): Político y poeta alemán, nacido en el seno de una familia aristocrática y católica. Estudió derecho en la Universidad Humboldt de Berlín y en la Universidad de Heidelberg. Presidente de la Asociación General de Trabajadores de Alemania en 1867, tres años después de la muerte de su fundador Ferdinand Lasalle, y responsable de la edición del periódico *Der Sozialdemokrat*. En 1867 fue elegido para el parlamento de la Federación del Norte de Alemania. En 1872 se conoció que pactó con Bismarck su apoyo a la guerra.

Cuarenta años más tarde, Bebel escribía en sus *Memorias*:

“La actitud que tomamos Liebknecht y yo en el comienzo y el desarrollo de la guerra fue motivo de discusión y de ataques violentos durante años. En un primer momento incluso en el Partido, pero solo por un corto período de tiempo. Luego reconocieron que teníamos razón. Confieso que no me arrepiento para nada de nuestra actitud, y si al estallar la guerra hubiésemos estado al tanto de las cosas que nos enteramos más tarde, gracias a revelaciones oficiales y no oficiales, nuestra actitud habría sido aún más dura desde el principio. No nos habríamos abstenido de votar los primeros créditos de guerra, como hicimos, sino que hubiéramos votado en contra de ellos” (*Aus meinem Leben*, Bd. II, p. 167).

Si comparamos la declaración de Liebknecht y Bebel de 1870 con la de Haase en 1914, tendremos que sacar la conclusión de que Bebel se equivocó cuando dijo “luego reconocieron que teníamos razón”. Porque el voto del 4 de agosto fue una gran condena a la política de Bebel de cuarenta y cuatro años antes. Si parafraseamos a Haase, entonces “Bebel traicionó a la patria en un momento de peligro”.

¿Qué causas y qué consideraciones políticas han llevado al partido proletario alemán a renegar de sus más gloriosas tradiciones? Hasta ahora no se ha dado ninguna razón de peso. Todos los argumentos utilizados están llenos de contradicciones. Son como notas diplomáticas escritas para justificar un hecho consumado. El director de *Die Neue Zeit*⁴⁸ escribe (con la aprobación de Karl Kautsky) que

48. *Die Neue Zeit* (Tiempos Nuevos): Revista teórica del Partido Socialdemócrata alemán, editada en Stuttgart de 1883 a 1923. Hasta octubre

la posición de Alemania respecto del zarismo es la misma que tuvo frente al bonapartismo en 1870. Y hasta cita un párrafo de una carta de Engels: “Toda la masa del pueblo alemán sin distinción de clase reconoce que, ante todo, se trata de una lucha nacional y, por eso, se levanta como un solo hombre”. Actualmente la socialdemocracia alemana también marcha como un solo hombre. Es una cuestión de existencia nacional. “Sustitúyase el zarismo por el bonapartismo y las palabras de Engels pueden aplicarse también hoy”. Supongamos que eso sea correcto. Pero también ocurrió el hecho muy significativo de que Bebel y Liebknecht claramente se abstuvieron de votar a favor de dinero y confianza al gobierno de 1870. ¿No habría que explicar esto también cuando se sustituye “el zarismo por el bonapartismo”? Nadie dijo ni una palabra sobre el tema.

Pero ¿qué es lo que escribió verdaderamente Engels en su carta sobre la táctica del partido obrero?

“No me parece posible que en tales circunstancias un partido político alemán pueda predicar la obstrucción total y coloque todo tipo de consideraciones de menor importancia sobre el problema principal”.

de 1917 su director fue Karl Kautsky. Publicó por primera vez varias obras de Marx y Engels, este último colaboró en ella y la criticó reiteradamente por desviarse del marxismo. Otros colaboradores destacados fueron Bebel, W. Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Mehring, Zetkin, Plejánov, Lafargue, etc. Tras la muerte de Engels, empezó a publicar sistemáticamente artículos de los revisionistas, incluida la serie de artículos de Berstein *Problemas del socialismo*, contestados políticamente por Rosa Luxemburgo en su magistral obra *Reforma o revolución*. Durante la Primera Guerra Mundial, *Die Neue Zeit* apoyó de hecho a los socialchovinistas.

¡Obstrucción total! Pero hay una gran distancia entre la obstrucción total y la capitulación total de un partido político.

Y esta distancia era la que dividía dos políticas opuestas. En la disputa entre Bebel y Schweitzer, Marx y Engels estaban con el primero. Kautsky le podría haber informado de esto a Hermann Wendel, su editorialista. No es más que una difamación contra los muertos que el periódico satírico *Simplicissimus* reconcilie a las sombras de Bebel y Bismarck en el paraíso. Si el *Simplicissimus* y Wendel tienen derecho a evocar a un ser del más allá para defender la táctica de la socialdemocracia alemana, no deberían llamar a Bebel. La sombra de Schweitzer es la que ahora se extiende sobre el partido del proletariado alemán.

Pero una analogía entre la guerra franco-prusiana y la guerra actual es falsa y desacertada. Dejemos a un lado todas las condiciones internacionales. Olvidemos que la guerra se distingue en primer lugar por la destrucción de Bélgica y que las principales fuerzas de Alemania no se desencadenaron contra el zarismo sino contra la Francia republicana. Olvidemos también que un objetivo de la guerra es el aplastamiento de Serbia, y que uno de sus motivos es la consolidación del Imperio austrohúngaro de los Habsburgo, el más reaccionario de los gobiernos europeos. No nos detengamos en el hecho de que el comportamiento de la socialdemocracia alemana asestó un duro golpe a las esperanzas de una revolución en Rusia, que se desarrolló tan violentamente en estos dos últimos años. Cerremos nuestros ojos ante todos estos acontecimientos, como hizo la socialdemocracia alemana, para quien no existió en el mapa ni Bélgica, ni Francia, ni Inglaterra, ni Serbia, ni Austria-Hungría. Ocupémonos solo de Alemania.

En 1870 era muy fácil estimar el significado histórico de la guerra. "Si triunfan los prusianos, se centralizará el

poder del Estado, y esto servirá para la centralización de la clase trabajadora alemana". ¿Y ahora? ¿Cuál será el resultado de una victoria prusiana para la clase obrera alemana? Un aumento del territorio podría beneficiar a la clase trabajadora; pero se debe dejar de lado esta hipótesis porque Alemania y Austria son aliados: la victoria alemana solo puede significar la consolidación y la conservación de la dinastía austrohúngara. Cualquier expansión de la nación alemana no es más que un paso en el camino que conduce a la transformación de un Estado nacional a un Estado dominador de varias nacionalidades, con todas las dificultades que esto implica para la lucha de clases del proletariado.

Ludwig Frank⁴⁹, quien se expresaba como un viejo partidario de Lasalle, esperaba dedicarse cuando terminase la guerra a la labor de la "edificación interna" del Estado. No hay ninguna duda de que Alemania necesitará esa "edificación interna" después de la victoria. Pero no hay nada en la experiencia histórica de Alemania ni en la de ningún otro país que justifique tal esperanza.

"Dábamnos por hecho cuál iba a ser la dirección que tomarían los gobernantes de Alemania", dice Bebel en su *Autobiografía*, después de las victorias de 1870.

"Pero no fue más que una ilusión de la dirección del partido creer que prevalecería un espíritu más liberal en el nuevo orden. Y esto debía ser una concesión

49. Frank, Ludwig (1874-1914): Abogado y político del Partido Socialdemócrata alemán. Representó a su partido en el parlamento regional de Baden y el Reichstag. Participó en conferencias de paz entre parlamentarios franceses y alemanes, y unas semanas más tarde los dos países estaban en guerra. Votó a favor de los créditos de guerra. En agosto de 1914, al estallar la guerra, se ofreció como voluntario para el ejército y murió en el frente un mes después.

del mismo hombre (Bismark) que hasta entonces se había mostrado como el mayor enemigo, no ya de la democracia, sino incluso de toda tendencia liberal, y que ahora como vencedor plantaba el tacón de su bota de coracero sobre el cuello del nuevo Imperio” (*Aus meinem Leben*, Bd. II, p. 188.)

Hoy no hay absolutamente ninguna razón para esperar un resultado distinto de una victoria de la clase dominante. Al contrario. En 1870 los junkers prusianos primero tuvieron que adaptarse al nuevo orden imperial, y no se sintieron muy seguros inmediatamente. Transcurrieron ocho años desde la victoria sobre Francia hasta que fueron promulgadas las leyes antisocialistas⁵⁰. Pasados cuarenta y cuatro años, el *junkerismo* prusiano se ha convertido en *junkerismo* imperialista. Y si después de medio siglo de intensa lucha de clases los junkers tienen que ponerse a la cabeza de la nación victoriosa, no tenemos dudas de que no necesitarían de los servicios de Ludwig Frank (si este hubiera vuelto sano y salvo de la guerra) para la construcción interna del Estado.

Pero mucho más importante que el fortalecimiento de la posición de la clase dominante es la influencia que tendría una victoria alemana sobre el proletariado mismo. La guerra nació de los conflictos entre potencias capitalistas y la victoria de Alemania solo puede producir un resultado: anexiones territoriales a expensas de Bélgica y Francia, la imposición de tratados comerciales y nuevas colonias.

50. *Ley de excepción contra los socialistas*: Se promulgó en octubre de 1878. El SPD y las organizaciones obreras de masas fueron prohibidas, se suspendió la prensa obrera y se reprimió a los socialdemócratas. La presión del movimiento obrero logró su derogación en octubre de 1890.

La lucha de clases estaría sometida entonces a la hegemonía imperialista de Alemania, la clase obrera alemana sacaría provecho del mantenimiento y desarrollo de esta hegemonía, y el socialismo revolucionario estaría condenado por largo tiempo al papel de una secta de propaganda.

En 1870, Marx predijo acertadamente un rápido desarrollo para el movimiento obrero como resultado de la victoria alemana. Pero ahora las condiciones internacionales dan un pronóstico totalmente opuesto. La victoria de Alemania mellaría el filo del movimiento revolucionario, lo debilitaría teóricamente y extinguiría las ideas marxistas.

VI. ¿QUÉ TIENEN QUE VER LOS SOCIALISTAS CON LAS GUERRAS CAPITALISTAS?

Pero la socialdemocracia alemana, se nos dirá, no hace ningún esfuerzo por la victoria. Nuestra respuesta debe ser que no es verdad.

Lo que la socialdemocracia alemana quiere lo dice su prensa. Salvo dos o tres excepciones, los periódicos socialistas repiten diariamente a los trabajadores alemanes que la victoria de Alemania es su victoria. La captura de Maubeuge, el hundimiento de tres barcos de guerra ingleses, la caída de Amberes les causa la misma alegría que ganar una nueva elección de distrito o un triunfo en una disputa de salarios.

No perdamos de vista el hecho de que la prensa obrera alemana, tanto la prensa del partido como la de los sindicatos, es ahora un mecanismo poderoso, que en vez de educar la voluntad del pueblo para la lucha de clases, ha sustituido esta educación por el objetivo de obtener victorias militares. No nos referimos a algunos votantes chovinistas insignificantes, sino que este es el tono general de la aplastante mayoría de las publicaciones socialistas. La votación del 4 de agosto fue la señal de partida para producir esta literatura. Sin embargo, los diputados no estaban pensando en una victoria alemana. Consideraban que su tarea solo era evitar el peligro que amenaza desde el exterior, defender la patria.

Y aquí volvemos a la cuestión de las guerras de defensa y las guerras de agresión. La prensa alemana, incluyendo

la socialdemócrata, no deja de repetir que Alemania es, entre todos los países, el que se encuentra a la defensiva en esta guerra. Ya hemos discutido las normas para determinar la diferencia entre una guerra de agresión y una guerra de defensa. Estas normas son numerosas y contradictorias. Es evidente que en la actualidad la acción militar alemana no se puede calificar como defensiva y no puede tener el significado que le da la socialdemocracia. Desde el punto de vista *histórico*, el joven imperialismo alemán, como ya sabemos, es absolutamente agresivo. Impulsado paralelamente por el febril desarrollo de la industria armamentística, el imperialismo alemán perturba el viejo balance de poder entre los Estados y desempeña el papel de voz cantante en la carrera por el armamento.

Y desde el punto de vista de la *política mundial*, el momento actual parece ser el más favorable para que Alemania aseste un golpe aplastante a sus rivales. Esto no disminuye la culpa de los enemigos de Alemania en lo más mínimo. El desarrollo diplomático de los acontecimientos no deja dudas en lo que concierne al papel predominante que Alemania desempeñó en la provocativa acción de Austria en Serbia. El hecho de que la diplomacia zarista fuera, como siempre, más desafortunada, no altera el caso. Desde el punto de vista estratégico, toda la campaña alemana estuvo basada en una ofensiva a ultranza. Su primer esfuerzo fue violar la neutralidad belga. Si a todo esto se lo llama defenderse, entonces ¿qué es la ofensiva?

Pero aun suponiendo que los acontecimientos admitan otras interpretaciones, a pesar de que las dos primeras páginas del *Libro Blanco* tienen un significado muy claro, ¿el partido revolucionario de la clase obrera no tiene otros elementos para determinar su política que los documentos presentados por un gobierno que demuestra el mayor interés en engañarlo?

“Bismarck engañó al mundo entero — decía Bebel — y supo hacer creer al pueblo que fue Napoleón quien provocó la guerra, mientras él, que tanto amaba la paz, era víctima de una brutal agresión. Los acontecimientos que precedieron a la guerra fueron tan engañosos que sorprendieron a Francia sin ninguna preparación, mientras que en Alemania, que parecía ser la agredida, la preparación para la guerra se había completado hasta el extremo de que no faltaba ni el más mínimo detalle y la movilización se llevaba a cabo con la precisión de un reloj” (*Aus meinem Leben*, Bd. H, pp. 167-168).

Después de este precedente histórico bien se podían esperar más garantías críticas de la socialdemocracia. Es cierto que Bebel dijo más de una vez que, en el caso de un ataque a Alemania, la socialdemocracia defendería su patria. En el Congreso del Partido Socialdemócrata alemán de 1907, celebrado en Essen, Kautsky le contestaba:

“Opino que no podemos prometer que vamos a compartir el entusiasmo del gobierno por la guerra cada vez que estemos convencidos de que el país está amenazado. Bebel piensa que estamos mucho más avanzados que en 1870 y que ahora estamos en condiciones de decidir en cada caso si una guerra es realmente de agresión o no. No quisiera hacerme responsable de esto. Creo que no podemos garantizar tomar una decisión correcta en todos los casos, que siempre vayamos a saber si un gobierno nos está engañando, o si no está representando realmente los intereses de la nación en contra de una guerra de agresión... Ayer el agresor fue el gobierno alemán, mañana será el gobierno francés, y no podemos saber si al día

siguiente no será el gobierno inglés. A cada gobierno le llega su turno. De hecho, en el caso de la guerra se trata de problemas internacionales, no nacionales. Porque una guerra entre grandes potencias se convertirá en una guerra mundial y afectará al conjunto de Europa, no solamente a dos países. Alguna vez el gobierno alemán podría hacerle creer al proletariado alemán que los están atacando; el gobierno francés podría hacer lo mismo con sus ciudadanos, y entonces podemos llegar a una guerra en la que los obreros franceses y alemanes sigan a sus respectivos gobiernos con el mismo entusiasmo, y se asesinen entre ellos. Hay que evitar esta posibilidad, y se puede evitar si no se adopta el criterio de la guerra agresiva o defensiva, sino el criterio de los intereses del proletariado, que al mismo tiempo son intereses internacionales... Afortunadamente, es un error suponer que la socialdemocracia alemana en caso de guerra se guiará por consideraciones nacionales y no por intereses internacionales, y que antes que un partido proletario se sentirá un partido alemán”.

Con espléndida claridad, Kautsky en este discurso revela los terribles peligros latentes, que son ahora una realidad, en el intento de hacer depender la posición de la socialdemocracia de una evaluación formalista, indefinida y contradictoria de si una guerra es de defensa o de agresión. Bebel, en su réplica, no intentó definir estas concepciones; su punto de vista siguió siendo inexplicable, especialmente después de sus experiencias del año 1870.

A pesar de estar equivocada teóricamente, la posición de Bebel tenía una significación política muy precisa. Las tendencias imperialistas engendradas por el peligro de la guerra excluyen la posibilidad de que la socialdemocracia

prosperare con la victoria de alguno de los bandos en conflicto. Por esta poderosa razón toda su atención se dirige a evitar la guerra. El problema primordial era el siguiente: hacerle tener miedo al gobierno de las consecuencias de una guerra. “La socialdemocracia — dijo Bebel — se opondrá a cualquier gobierno que tome la iniciativa en la guerra”. Esto era una amenaza al gobierno de Guillermo II. “No cuenten con nosotros si algún día deciden utilizar sus cañones y barcos de guerra”. Y dirigiéndose a San Petersburgo y a Londres, decía: “Que intenten atacarnos con la falsa idea de beneficiarse con la obstrucción interna de la poderosa socialdemocracia alemana”. Sin ser una doctrina política, la concepción de Bebel era una amenaza dirigida simultáneamente a dos frentes, el frente interno y el frente externo. Su obstinada respuesta a todas las objeciones históricas y lógicas fue: “Vamos a encontrar la manera de desenmascarar a cualquier gobierno que dé el primer paso hacia la guerra. Somos lo suficientemente inteligentes como para hacerlo”.

Esta actitud amenazante no solo de la socialdemocracia alemana sino también de la Internacional tuvo sus resultados. Los distintos gobiernos hicieron verdaderos esfuerzos para aplazar el estallido de la guerra. Pero esto no es todo. Los gobernantes y los diplomáticos se mantuvieron doblemente atentos, adaptando sus manejos a la psicología pacifista de las masas. Murmuraban al oído de los jefes socialistas, olfateaban en las oficinas de la Internacional, y así creaban un ambiente que hizo posible que, algunos días antes de estallar la guerra, Jaurés y Haase declarasen en Bruselas que sus respectivos gobiernos no tenían otro objetivo que preservar la paz⁵¹. Y cuando la tormenta se

51. Declaración realizada en el Comité Socialista Internacional de Bruselas, convocado de urgencia el 29 de julio de 1914, en representación

desencadenó, la socialdemocracia de todos los países buscó a un culpable... pero más allá de sus fronteras. Las amenazas de Bebel perdieron todo su peso en el momento en que se escucharon los primeros disparos. Este terrible acontecimiento sobrevino tal y como Kautsky había previsto.

Lo más sorprendente de todo esto fue que, a primera vista, la socialdemocracia no sintió realmente la necesidad de adoptar un criterio político. Los argumentos sobre el derrumbe de la Internacional destacaban por su superficialidad, se contradecían, cambiaban de fundamentos y solo tenían una importancia secundaria, ya que lo fundamental estribaba en afirmar que se debía defender la patria. Y defenderla, no porque nuestro gobierno “quiera la paz” y fuera “pérfidamente atacado”, como escribían los mercenarios de la pluma de cada país, sino porque, además de las condiciones o la forma en que fue provocada, aparte de quién tenía razón y quién estaba equivocado, la guerra, una vez desatada, plantea a cada beligerante el peligro de la invasión y la conquista. Todas las consideraciones políticas, teóricas, diplomáticas y militares se derrumbaban como en un terremoto, un incendio o una inundación. El gobierno con su ejército se eleva a la posición de único poder que puede proteger y salvar a su pueblo. Las masas vuelven a una condición apolítica. No hace falta criticar este sentimiento, este reflejo elemental de la catástrofe, en la medida en que es solo una sensación temporal.

Pero es muy diferente en el caso de la actitud de la socialdemocracia, el representante político que responde por las masas. Las organizaciones políticas de la clase burguesa y

de los partidos socialistas de Europa. Por Francia, acudieron Jaurés, Sembat, Vaillant, Guesde, Loguet. Por Alemania asistió Haase, que se fundió en un sonoro abrazo en público con Jaurés. También asistió Rosa Luxemburgo, si bien se negó a tomar la palabra en el acto.

especialmente el poder gubernamental no se dejaron llevar por la corriente. Inmediatamente se pusieron a trabajar con mayor intensidad y de distintas formas para aumentar este sentimiento apolítico y para unir a las masas alrededor del ejército y el gobierno. La socialdemocracia, lejos de hacer lo mismo pero en la dirección opuesta, desde el primer momento se entregó a la política del gobierno y se rindió ante el sentimiento elemental de las masas. En vez de suministrarles las armas de la crítica y de la desconfianza, aunque no fuera más que en forma pasiva, alentaron esta conducta apolítica. La socialdemocracia renunció a las tradiciones y los compromisos políticos que había mantenido durante cincuenta años con una facilidad increíble. Esta actitud podía inspirar cualquier cosa menos respeto en la clase dominante.

Bethmann-Hollweg anunciaba que el gobierno estaba totalmente de acuerdo con el pueblo alemán. Leyendo el *Vorwärts* y ante la posición tomada por la socialdemocracia, se puede decir que el canciller tenía razón. Tenía derecho a decirlo, pero también tenía razón en otro punto. Si las condiciones del momento no lo hubieran obligado a renunciar a cualquier polémica, podría haber dicho en la sesión del Reichstag del 4 de agosto, dirigiéndose a los representantes del proletariado socialista: "Hoy ustedes están de acuerdo con nosotros y quieren defender a nuestra patria... Pero el peligro de la guerra no llegó de un día para otro. Fue creciendo sin cesar y ustedes sabían de su existencia y de las amenazas del zarismo, y que además teníamos otros enemigos. Entonces, ¿con qué derecho votaban contra los créditos militares? ¿Por estupidez, ceguera o traición? Y si por culpa de ustedes no hubiéramos podido alistar a nuestro ejército ahora estaríamos indefensos frente a la amenaza rusa que, finalmente, los ha hecho entrar en razón. Ningún crédito concedido a destiempo nos

hubiera permitido recuperar el tiempo perdido. Ahora estaríamos sin armas, sin cañones, sin fortificaciones. Vuestro voto de hoy a favor de los créditos de guerra de cinco mil millones significa, que están admitiendo que haber rechazado anualmente el presupuesto fue solo una manifestación vacía y, peor que eso, fue demagogia política. Porque ante el primer acontecimiento histórico importante, reniegan enteramente de su pasado”.

Esto es lo que podría haber dicho el canciller alemán, y su discurso sonaría convincente.

¿Y qué podría haber contestado Haase?

“Jamás sostuvimos el desarme de Alemania ante el peligro externo. Ese tipo de pacifismo siempre nos fue ajeno. En tanto las contradicciones internacionales hagan temer una guerra, nosotros deseamos que Alemania esté a salvo de toda invasión y sometimiento extranjeros. Lo que queremos es una organización militar que no sea un auxiliar de la explotación de clase y un instrumento para las aventuras imperialistas en el extranjero — como lo es una organización entrenada artificialmente — sino una herramienta que sea invencible en la defensa nacional. Queremos una milicia. No podemos confiarles a ustedes la defensa nacional. Hicieron del ejército una escuela de entrenamiento reaccionario. Han formado al cuerpo de oficiales en el odio contra la clase más importante de la sociedad moderna, el proletariado. Son capaces de arriesgar millones de vidas, no por los intereses reales del pueblo, sino por los intereses egoístas de una minoría dominante, que ustedes encubren con los nombres de los ideales nacionales y prestigio del Estado. No nos inspiran ninguna confianza y por esa razón año tras año hemos dicho: ¡Ni un hombre, ni un céntimo para este gobierno de clase!”.

“Pero, ¡y los cinco mil millones!”, podrían interrumpir voces de derecha y de izquierda.

“Desgraciadamente ahora no tenemos opción. No tenemos más ejército que el que crearon las clases dominantes de Alemania, y el enemigo está a nuestras puertas. Ahora no podemos reemplazar el ejército de Guillermo II por una milicia del pueblo en un abrir y cerrar de ojos. Por lo tanto, no podemos negar comida, ropa y material de guerra al ejército que nos defiende. Nosotros no renegamos de nuestro pasado, ni renunciamos al futuro. Estamos obligados a votar los créditos de guerra”.

Esta es la respuesta más convincente que podría haber dado Haase.

Estas consideraciones nos pueden explicar ¿por qué los obreros socialistas como ciudadanos no obstruyen la organización militar y cumplen el deber civil impuesto por las circunstancias?, pero esperaremos en vano una respuesta a la pregunta principal: ¿por qué la socialdemocracia, como la organización política de una clase que no participa del gobierno, como el enemigo implacable de la sociedad burguesa, como partido republicano, como sección de la Internacional, asumió la responsabilidad por los actos realizados por su enemigo de clase irreconciliable?

Si no podemos reemplazar inmediatamente el ejército de los Hohenzollern por una milicia, esto no quiere decir que debemos asumir nosotros la responsabilidad de los actos de este ejército. Y si en tiempos de paz hacemos la guerra contra la monarquía, la burguesía y el militarismo, pero en la guerra, con todo el peso de nuestra autoridad llevamos a las masas detrás de sus enemigos, entonces cometemos el mayor crimen contra nuestro futuro, porque ponemos esta autoridad a disposición de nuestros enemigos en el mismo momento en que desatan la barbarie de la guerra con los métodos más terribles e inhumanos.

Ni una nación ni un Estado pueden renunciar a su auto-defensa. Al negarle a la burguesía nuestra confianza, no la

privábamos ni de sus armas, ni de sus medios de defensa ni de ataque en tanto no seamos lo suficientemente fuertes como para arrancar el poder de sus manos. Tanto en la guerra como en la paz somos un partido de la oposición, no un partido del gobierno. Así permanecemos fieles a la cuestión que se plantea con mucha agudeza durante la guerra: la independencia nacional. La socialdemocracia no puede hacer depender el destino de una nación de los éxitos militares. Al hacer responsable al Estado capitalista por proteger la independencia de su país mediante la violación de la independencia de otros Estados, la socialdemocracia establece que la piedra angular de la verdadera independencia nacional está en la conciencia de las masas de todas las naciones. Preservando y desarrollando la solidaridad internacional de los trabajadores, aseguramos la independencia de la nación y no la hacemos depender del calibre de los cañones.

Si el zarismo es un peligro para la independencia de Alemania, el único camino que conduce a evitarlo y que depende de nosotros es la solidaridad de las masas trabajadoras de Alemania y Rusia. Pero bajo esta solidaridad se esconde una política que permite que Guillermo II declare que ya no hay más partidos políticos, que todo el pueblo alemán está con él. Nosotros los socialistas rusos, ¿qué debemos decirles a los obreros rusos frente a la realidad de que las balas que les disparan los obreros alemanes llevan el sello político y moral de la socialdemocracia alemana? “No podemos hacer nuestra política para Rusia, la hacemos para Alemania” fue la respuesta que me dio un funcionario⁵² del partido alemán de los más respetados

52. Se trata del viejo Molkenbuhr, a quien había encontrado al comienzo de la guerra en Zúrich. (Nota del Autor)

cuando le planteé el problema. Y en ese momento sentí con dolorosa claridad el tremendo golpe que se le había dado a la Internacional desde sus propias filas.

Está claro que la situación no mejora si los partidos socialistas de ambos bandos beligerantes unen sus destinos con el de sus gobiernos, como pasó en Alemania y Francia. Ni la intervención de una potencia extranjera ni las confiscaciones ni las detenciones ni los pogromos⁵³, ni los encarcelamientos podrían haber asestado semejante golpe a la socialdemocracia como el que ella misma se ha infligido, rindiéndose ante el Moloc⁵⁴ del Estado precisamente cuando este comienza a hablar el idioma de la sangre y del fuego.

En su discurso en el Congreso de Essen, Kautsky presentaba un cuadro de pesadilla de la lucha fratricida en nombre de la “guerra defensiva”, pero como argumento, no como una posibilidad. Ahora que este cuadro se ha convertido en una realidad sangrienta, Kautsky trata de lograr que nos resignemos a ello. No ve que la Internacional haya cometido ningún desastre.

“La diferencia entre los socialistas franceses y alemanes no hay que buscarla en sus principios, ni en la base de sus puntos de vista, sino simplemente en la diferencia de su interpretación de la situación actual, que a su vez está condicionada por la diferencia de su posición geográfica. Por lo tanto, esta diferencia difícilmente se pueda superar mientras dure la guerra. Pero no se trata de una diferencia de principios, sino simplemente un desacuerdo producto de una

53. *Pogromos*: Persecuciones y matanzas de judíos y enemigos políticos.

54. *Moloc*: Divinidad fenicia a la que se le ofrecían sacrificios humanos.

situación particular. Por eso no tiene motivos para persistir una vez que la situación haya dejado de existir" (*Die Neue Zeit*, 1915, Jg. 33, Bd., p. 73).

Cuando Guesde y Sembat⁵⁵ aparecen como ayudantes de Poincaré, Delcassé y Briand⁵⁶ y como enemigos de Bethmann-Hollweg; cuando los trabajadores franceses y alemanes se degüellan unos a otros, no lo hacen obligados por la república burguesa y la monarquía de los Hohenzollern,

55. Guesde, Jules (1845-1922): Fundador, junto con Paul Lafargue, del Partido Obrero Francés (1880). Al estallar la Primera Guerra Mundial, adoptó posturas socialchovinistas y fue ministro en un gobierno de unidad nacional.

Sembat, Marcel (1862-1922): Doctor en Derecho, abogado, periodista, perteneció a la tendencia blanquista del Partido Socialista que se transformó posteriormente en Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO). En 1893 fue elegido diputado. Socialchovinista durante la guerra formó parte del gobierno de unidad nacional como ministro de Obras Públicas desde 1914 hasta 1917. En el Congreso de Tours en diciembre 1920, votó en contra de unirse a la Tercera Internacional.

56. Poincaré, Raymond (1860-1934): Presidente de la República Francesa durante la Primera Guerra Mundial y primer ministro en tres ocasiones, entre 1912 y 1913, posteriormente entre 1922 y 1924, así como entre 1926 y 1929

Delcassé, Theophile (1852-1923): Diputado por el Partido Radical desde 1889, ocupando algunas carteras como la del Ministerio de Colonias o la del Ministerio de Asuntos Exteriores. Fue uno de los artífices de la Triple Entente. También mediaría en conflictos internacionales como la Guerra de Cuba y entre ingleses y rusos.

Briand, Aristide (1862-1932): De origen humilde, Briand militó desde joven, junto con Jean Jaurés, en el Partido Socialista, del que fue elegido secretario general en 1901 y diputado. En 1906 aceptó la cartera de Instrucción y Culto, formando parte como ministro del gabinete Sarrien, lo que le supuso la expulsión del partido socialista y su vinculación desde ese momento con el grupo radical-socialista. Su participación como miembro de gabinetes se sucedió en numerosas ocasiones.

sino como socialistas que cumplen “con su deber” bajo la dirección espiritual de sus partidos. ¿No supone esto el colapso de la Internacional? Los “principios” son los mismos para el socialista alemán que degüella al francés como para el socialista francés que degüella al alemán. Cuando Ludwig Frank tomó su fusil, no fue para proclamar la “diferencia de la base de sus puntos de vista” frente a los socialistas franceses, sino para matarlos en plena comunión con sus principios. Y cuando el mismo Ludwig Frank fue abatido por una bala francesa, disparada probablemente por un camarada, no lo fue en detrimento de los famosos “principios” comunes, sino como consecuencia de “la diferencia de su posición geográfica”.

Verdaderamente, ¡qué amargura da leer estas líneas, pero la amargura se duplica cuando salen de la pluma de Kautsky!

“La Internacional se oponía a la guerra. Si estalla la guerra a pesar de los esfuerzos de la socialdemocracia — dice Kautsky —, entonces cada nación debe preservar su pellejo lo mejor que pueda. Esto implica para la socialdemocracia de todos los países los mismos derechos y las mismas obligaciones de participar en la defensa de sus países, y no se puede transformar esto en un motivo para reprocharse mutuamente” (¡!) (*Die Neue Zeit*. 33, p. 7).

Aquí está definido el “criterio” general: salvar el propio pellejo y romperle la cabeza al otro sin “reprocharse” mutuamente.

¿Se resolverá este problema llegando a un acuerdo sobre los “principios”? ¿O más bien se resolverá apelando a este nuevo criterio que plantea Kautsky? Bethmann-Hollweg, Sazonov, Grey y Delcassé tampoco se ponen de acuerdo

en sus puntos de vista. Entre ellos no hay diferencias de principio. No tienen ningún derecho a reprocharse mutuamente nada. Su conducta simplemente surge de “una diferencia en su posición geográfica”: Si Bethmann-Hollweg hubiera sido un ministro inglés, habría actuado exactamente como Sir Edward Grey. Sus principios son igual que sus cañones, y se diferencian nada más que en el calibre. Pero la pregunta que debemos hacernos es: ¿podemos adoptar *nosotros* los “principios” de *ellos*?

“Es un error suponer que la socialdemocracia alemana en caso de guerra se guiará por consideraciones nacionales y no por intereses internacionales, y que antes que un partido proletario se sentirá un partido alemán”.

Esto decía Kautsky en 1907, en Essen. Y ahora que las consideraciones nacionales han reemplazado a las internacionales, Kautsky no solo admite este error y hace las paces con él, sino que trata de encontrar en ello una nueva base común de “principios” y el fundamento para la refundación de la Internacional.

“En cada país, la clase trabajadora debe luchar con todas sus energías por conservar la unidad y la integridad del territorio nacional. Esto es esencial para la democracia, que a su vez constituye la base indispensable para la victoria final del proletariado” (*Die Neue Zeit*, Jg. 33, p. 74).

¿Qué pasa con la socialdemocracia austriaca? ¿También debe consagrar todas sus energías a la conservación de la monarquía austrohúngara, que es a la vez “no-nacional” y antinacional? ¿Y la socialdemocracia alemana? En

pleno acuerdo con su ejército, no solo favorece la prolongación del caos nacional austriaco sino que facilita la destrucción de la unidad nacional alemana que *está amenazada no solo por la derrota sino también por la victoria*. Desde el punto de vista del proletariado europeo, es igualmente perjudicial que los alemanes anexasen una provincia francesa o que los franceses anexasen una provincia alemana. El mantenimiento del *statu quo* no es nuestro programa. El mapa político de Europa fue hecho a punta de bayonetas. Sus fronteras pasan por encima de los cuerpos de las naciones. Cuando la socialdemocracia despedazó a la Internacional, destruyó el único poder que era capaz de establecer un programa de independencia nacional y de democracia contra la actividad de las bayonetas, y que podía realizar este programa en mayor o menor grado independientemente de qué bando triunfara. La vieja experiencia se confirma una vez más: cuando la socialdemocracia coloca los deberes nacionales por encima de los deberes de clase, comete el mayor de los crímenes, no solamente contra el socialismo sino también contra los intereses de la nación bien entendidos, en sentido amplio.

VII. EL COLAPSO DE LA INTERNACIONAL

En su Congreso de París, dos semanas antes del comienzo de la catástrofe, los socialistas franceses insistían en comprometer a todas las secciones de la Internacional en una acción revolucionaria en caso de movilización. Pensaban principalmente en la socialdemocracia alemana. El radicalismo de los socialistas franceses en asuntos de política exterior no estaba muy fundamentado en intereses internacionales, sino más bien en intereses nacionales. Los acontecimientos de la guerra han confirmado lo que ya estaba claro para muchos de ellos. Los socialistas franceses querían obtener de los alemanes una cierta garantía de que no se tocaría a Francia. Con estas garantías de parte del proletariado alemán, tendrían las manos libres para el conflicto decisivo con su propio militarismo nacional. Pero los alemanes se negaron rotundamente a cualquier promesa. Bebel demostró que, aunque los partidos socialistas firmaran la resolución francesa, no necesariamente podrían mantener su compromiso cuando llegara el momento decisivo. Ahora no cabe duda de que Bebel tenía razón.

Como se ha visto en repetidas ocasiones, la movilización de la población para la guerra paraliza casi por completo al Partido Socialista o, al menos, le cierra la posibilidad de realizar maniobras decisivas. Una vez que se declara la movilización, la socialdemocracia se encuentra cara a cara con el poder concentrado del gobierno, apoyado por un poderoso aparato militar que está listo para aplastar todos los obstáculos en su camino y tiene

la cooperación incondicional de todos los partidos y las instituciones burguesas.

De una importancia no menor es el hecho de que la movilización despierta y pone en pie a los elementos del pueblo más desamparados y que en tiempos de paz desempeñan un papel político muy limitado. Millones de pequeños artesanos, lumpemproletarios, pequeños campesinos y trabajadores del campo entran en las filas del ejército vestidos con el uniforme de Su Majestad, donde cada uno de ellos tiene el mismo peso que un obrero con conciencia de clase. Ellos y sus familias son arrancados a la fuerza de su indiferencia gris y cargan sobre sí una parte del destino de su país. La movilización y el estado de guerra despiertan nuevas expectativas, nuevas perspectivas en estos círculos a los que no llega prácticamente nuestra agitación, y quienes, en circunstancias normales, no se alistarían nunca. Los corazones de estas masas, arrancadas de la miseria y la servidumbre, se llenan de esperanzas confusas de un cambio para mejor de las condiciones actuales.

Lo mismo ocurre al comienzo de una revolución, pero con una diferencia muy importante. Una revolución une a estos elementos, que acaban de despertar, con la clase revolucionaria, pero la guerra los une... ¡con el gobierno y con el ejército! En el primer caso, durante la revolución, todas las necesidades insatisfechas, todos los sufrimientos acumulados, todas las esperanzas y deseos encuentran su expresión en el entusiasmo revolucionario; en el segundo caso, durante la guerra, estas mismas emociones colectivas adoptan temporalmente la forma de una borrachera patriótica. Grandes sectores de las clases trabajadoras son arrastrados por la misma corriente, incluso aquellos que están influidos por el socialismo.

La vanguardia socialdemócrata se siente entonces en minoría; sus organizaciones quedan desbaratadas cuando

se completa la organización del ejército. En semejantes condiciones no se puede pensar en una maniobra revolucionaria a instancias del Partido. Todo esto es independiente de si el pueblo acepta la guerra o no. A pesar del carácter colonial de la guerra ruso japonesa y de su impopularidad en Rusia, el movimiento revolucionario casi desapareció durante los primeros seis meses de la guerra. Por lo tanto, es evidente que, aún con las mejores intenciones del mundo, los partidos socialistas no pueden comprometerse a desplegar una acción obstruccionista (de oposición a la guerra) en el momento de la movilización, que constituye precisamente también el momento de mayor aislamiento político del socialismo.

Entonces, no hay nada particularmente inesperado o desalentador en el hecho de que los partidos de la clase obrera no se opusieran a la movilización militar con su propia movilización revolucionaria. Si los socialistas se hubiesen limitado a condenar la guerra europea, si hubiesen rechazado asumir toda responsabilidad por ella y hubiesen negado el voto de confianza a sus gobiernos, oponiéndose a los créditos de guerra, habrían cumplido con su deber. Habrían adoptado una posición expectante, y tanto el gobierno como el pueblo no tendrían dudas de su carácter de oposición. Las acciones posteriores estarían determinadas por la marcha de los acontecimientos y por los cambios que producen los acontecimientos de la guerra en la conciencia del pueblo. Se hubieran preservado los lazos que unen a la Internacional, la bandera del socialismo no se habría manchado. Aunque debilitada momentáneamente, la socialdemocracia tendría sus manos libres para intervenir en forma decisiva en cuanto se produjese un cambio en los sentimientos de las masas trabajadoras. Y se puede asegurar que toda la influencia que la socialdemocracia pudiera perder al comienzo de la guerra por semejante actitud, luego

podría recobrarla aumentada por dos o por tres cuando se produjera el giro inevitable en el sentimiento público.

Pero si la socialdemocracia no actuó de esta manera, si la señal para la movilización fue también la señal para el colapso de la Internacional, si los partidos obreros se unieron a sus gobiernos y a sus ejércitos sin la menor protesta, es porque hay profundas causas que son comunes a toda la Internacional para que esto ocurriera. No hay que buscarlas en los errores individuales o en la incompetencia de los dirigentes de las organizaciones sino en las condiciones objetivas de la época en que nació y se desarrolló la Internacional Socialista. Esto no significa que deban justificarse los errores y la incapacidad de los dirigentes. Nada de eso. Pero estos no son los factores fundamentales. Tenemos que ser sinceros con nosotros mismos: no estamos hablando solo de tal o cual error particular ni de medidas oportunistas ni de ninguna de las declaraciones torpes en los distintos parlamentos; no se trata de la aprobación del presupuesto en el Gran Ducado de Baden⁵⁷, ni de las experiencias de “ministerialismo” en Francia, ni de este o aquel arribista. Se trata ni más ni menos que de la capitulación completa de la Internacional en la época de mayor responsabilidad histórica, para la cual todas las conquistas previas del socialismo no fueron más que una preparación.

Una reseña de eventos históricos sirve para tener en cuenta algunos factores y síntomas que deberían haber llamado la atención sobre la profundidad o la superficialidad del internacionalismo en el movimiento obrero.

Nos referimos a la socialdemocracia austriaca. Los socialistas rusos y serbios buscarían en vano en *Wiener*

57. Se refiere a la aprobación por los socialdemócratas alemanes en 1904 del presupuesto presentado por el gobierno regional del Gran Ducado de Baden.

Arbeiterzeitung artículos sobre política mundial que pudieran servir para los trabajadores de Rusia y Serbia y que no avergonzaran a la Internacional. Uno de los rasgos más característicos de este periódico fue siempre la defensa del imperialismo austro-alemán, no solamente contra el enemigo externo sino también contra el enemigo interno (y uno de esos enemigos internos era *Vorwärts*). Sin ironía, se puede afirmar que en la crisis actual de la Internacional *Wiener Arbeiterzeitung* sigue siendo fiel a su historia. El socialismo francés revela dos extremos: por un lado, un patriotismo fervoroso no exento de germanofobia; por otro lado, el antipatriotismo más rabioso tipo Hervé⁵⁸, que como enseña la experiencia se convierte fácilmente en su opuesto. En el caso de Inglaterra, el chovinismo de Hyndman⁵⁹ con sus tonalidades *tories* (propias del Partido Conservador inglés) que complementan su radicalismo sectario, también ha causado más de una vez algunas dificultades políticas a la Internacional.

Se pueden observar los mismos síntomas nacionalistas en la socialdemocracia alemana, aunque en menor grado.

58. Hervé, Gustave (1871-1944): Hervé en su juventud fue socialista de posturas antimilitaristas, alcanzó cierta notoriedad en 1901, gracias a un artículo periodístico en el que sugería clavar una bandera tricolor francesa “en el estiércol”. A partir de 1912 experimentó una evolución ideológica radical que lo llevó a defender posturas patrióticas, nacionalistas y en última instancia a alabar el ascenso del fascismo de Mussolini.

59. Hyndman, Henry (1842-1921): Nació en seno de una familia acomodada. Fundó Federación Socialdemócrata, que en 1911 se fusionó con ramas del Partido Laborista Independiente y formó el Partido Socialista Británico. Fue periodista, desde la tribuna defendió el imperialismo británico, criticó a los que pregonaban autonomía para Irlanda y se mostró hostil hacia el sistema de democracia estadounidense. Apoyó la participación del Reino Unido en la Primera Guerra Mundial. El partido se dividió y Hyndman fundó el Partido Socialista Nacional.

Es cierto que el oportunismo de los socialistas del sur de Alemania germinó sobre el terreno del provincianismo en un nacionalismo de pacotilla. Pero los alemanes del sur eran considerados, con razón, como una retaguardia sin importancia del partido. La promesa de Bebel de echarse el fusil al hombro en caso de peligro no fue recibida con entusiasmo. Y cuando Noske⁶⁰ repitió la expresión de Bebel, fue duramente atacado en la prensa del partido. En general, la socialdemocracia alemana conservaba el internacionalismo más estrictamente que cualquier otro de los viejos partidos socialistas. Por esta razón su ruptura con el pasado fue más violenta. A juzgar por las declaraciones formales del partido y por los artículos de la prensa socialista, no hay nada en común entre el socialismo alemán de ayer y el de hoy. Pero está claro que esta catástrofe no pudo ocurrir sin causas que la fueran preparando. El hecho de que dos jóvenes partidos socialistas, el ruso y el serbio, hayan permanecido fieles a sus deberes internacionales, no es un argumento decisivo a favor de aquella filosofía “filistea” que dice que la lealtad a los principios es un signo de “inmadurez”. Pero este hecho nos lleva a buscar las causas del colapso de la Internacional en aquellas condiciones de su desarrollo que menos influencia tuvieron en sus miembros más jóvenes.

60. Noske, Gustav (1868-1946): Político socialdemócrata alemán y ministro de Defensa en 1919-1920. Ya antes de la Primera Guerra Mundial actuó como un lacayo de la burguesía, apoyando abiertamente la política colonial del káiser. En la revolución de 1918 también actuó al servicio de la contrarrevolución. En enero de 1919 recurrió a los Freikorps —Cuerpos Francos, grupos militares de choque integrados por oficiales, soldados y voluntarios monárquicos y de extrema derecha— para masacrar a decenas de miles de obreros alemanes, ahogando en sangre la insurrección proletaria. Noske, Ebert y Scheidemann fueron los responsables políticos del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

VIII. OPORTUNISMO SOCIALISTA

El Manifiesto Comunista, escrito en 1847, termina con estas palabras: "¡Proletarios del mundo, uníos!". Pero este grito de guerra llegó demasiado temprano como para transformarse en una realidad viva. En el orden del día estaba la revolución burguesa de 1848. Y en esta revolución el papel que les tocó a los autores del *Manifiesto* no fue el de líderes de un proletariado internacional, sino de combatientes de la extrema izquierda de la democracia nacional. La revolución de 1848 no resolvió ni uno solo de los problemas nacionales: no hizo más que plantearlos. La contrarrevolución, junto con el gran desarrollo industrial que le siguió, cortó el hilo del movimiento revolucionario. Transcurrió otra década de paz hasta que los antagonismos, que habían desaparecido con la revolución, requirieron que interviniera la espada. Pero esta vez no fue el sable de la revolución, que cayó de las manos de la burguesía, sino el de la guerra, que salió de la vaina de las dinastías. Las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870 crearon una nueva Italia y una nueva Alemania. Las castas feudales resolvieron, a su manera, lo que había dejado en suspenso 1848. El fracaso político de la burguesía, que se expresó en un intercambio de roles históricos, se convirtió en el estímulo directo de un movimiento proletario independiente basado en el rápido desarrollo del capitalismo.

Lasalle fundó en 1863 la Asociación General de Trabajadores Alemanes, el primer sindicato político de Alemania. En 1864 se constituyó en Londres la Primera Internacional

bajo la dirección de Marx⁶¹. La consigna que cerraba el *Manifiesto* apareció en la primera circular de la Asociación Internacional de Trabajadores. Es característico de las tendencias del movimiento obrero moderno el hecho de que su primera organización tuvo carácter internacional. Sin embargo, esta organización fue más una anticipación de las necesidades futuras del movimiento que un instrumento de dirección real en la lucha de clases. Todavía había un gran abismo entre el objetivo final de la Internacional, la revolución comunista, y su actividad inmediata, que principalmente fue la cooperación internacional con los caóticos movimientos huelguísticos de los distintos países. Hasta los fundadores de la Internacional esperaban que la marcha revolucionaria de los acontecimientos venciera muy pronto la discordancia entre la ideología y la práctica. Mientras el Consejo General daba dinero para ayudar a los grupos de huelguistas en Inglaterra y en el continente, hacía esfuerzos para armonizar la conducta de los trabajadores de todos los países en el campo de la política mundial. Pero la base material todavía era insuficiente para esto. La actividad de la Primera Internacional coincide con el desarrollo del capitalismo en Europa y en Norteamérica. A pesar de su importancia doctrinaria y educativa, los intentos de

61. Primera Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores): Fundada en 1864, en Londres, e impulsada principalmente por Marx y Engels. Políticamente fue muy heterogénea, pero les proporcionó a ambos un marco para la batalla ideológica contra las corrientes reformista y anarquista del movimiento obrero. En 1872 se produjo la ruptura entre marxistas y bakuninistas. Celebró su último congreso en 1876. Lasalle, Ferdinand (1825-1864): Defensor de un socialismo pequeño-burgués que posteriormente tendría gran influencia en la socialdemocracia alemana. En 1863 fundó la Asociación General de Trabajadores Alemanes, que en el congreso de Gotha (1875) se unificó con el Partido Socialdemócrata. Mantuvo posiciones oportunistas respecto a cuestiones teóricas y políticas fundamentales.

la Internacional de influir en la política mundial hicieron conscientes a los obreros avanzados de todos los países de su impotencia frente al Estado nacional. La Comuna de París, que estalló como producto de la guerra, fue la culminación de la Primera Internacional. Así como *El Manifiesto Comunista* fue la anticipación teórica del movimiento obrero moderno, la Primera Internacional fue la anticipación práctica de las asociaciones internacionales de trabajadores, y la Comuna de París fue la anticipación revolucionaria de la dictadura del proletariado. ¡Pero solamente una anticipación y nada más! Demostró que es imposible que el proletariado rompa la maquinaria del Estado y reconstruya la sociedad mediante la improvisación revolucionaria. Los Estados nacionales que surgieron de las guerras crearon una base real para este trabajo histórico, su base nacional. Por consiguiente, el proletariado primero tuvo que autoeducarse. La Primera Internacional desempeñó un papel de semillero de partidos socialistas nacionales. Después de la guerra franco-prusiana y la Comuna de París, la Internacional tuvo una existencia moribunda durante algunos años. En 1872 se trasladó a Estados Unidos, ese país al que se exportaron antes tantos otros experimentos religiosos y sociales, y murió allí.

Entonces comenzó un período de desarrollo capitalista prodigioso sobre la base del Estado nacional. Para el movimiento obrero fue una época de lenta concentración de fuerzas, de organización y de “posibilismo” político, u oportunismo. En Inglaterra el tempestuoso periodo del *cartismo*, ese despertar revolucionario del proletariado inglés, se había terminado diez años antes del nacimiento de la Primera Internacional. Allí ocurrieron una serie de eventos: la anulación de las leyes de cereales (1846) y la consiguiente prosperidad industrial, que hizo de Inglaterra el taller del mundo, el establecimiento de las diez horas de trabajo

diarias (1847), el aumento de la emigración irlandesa a Norteamérica y la extensión del derecho a voto a los obreros de las ciudades (1867). Todas estas circunstancias juntas, que mejoraron considerablemente la existencia de las capas superiores del proletariado, llevaron al movimiento obrero de Inglaterra hacia las pacíficas aguas del *tradeunionismo* y las políticas liberales que lo complementaban.

Para el proletariado inglés (el hermano mayor) el periodo del posibilismo, es decir, de la adaptación consciente y planificada a las formas económicas, legales y estatales del capitalismo nacional, empezó incluso antes de la aparición de la Internacional y veinte años más temprano que para los trabajadores del continente. Si al principio los grandes sindicatos ingleses se afiliaron a la Internacional, fue solamente porque los protegía contra la importación de esquirolas (rompehuelgas) que procedían de Europa durante los conflictos salariales.

Después de la derrota sangrienta de la Comuna, el movimiento obrero francés se recuperó lentamente sobre la base de un crecimiento industrial retrasado y en medio de una atmósfera nacionalista de lo más revanchista. Se desarrolló adaptado al marco social y político de la república burguesa, oscilando entre una negación anarquista del Estado y una capitulación democrática vulgar ante él. Como Marx ya había previsto en 1870, el centro de gravedad del movimiento obrero se había trasladado a Alemania. Después de la guerra franco-prusiana, la Alemania unificada entró en una era similar a la que había atravesado Inglaterra veinte años antes: florecimiento del capitalismo, derecho a voto, reconocimiento legal del socialismo y un nivel de vida más elevado para las capas superiores del proletariado. Teóricamente el movimiento obrero alemán marchaba bajo la bandera del marxismo. Debido a las condiciones de la época, el marxismo no se convirtió para el

proletariado alemán en el álgebra de la revolución que era en esencia, sino en la expresión teórica de la adaptación a un Estado capitalista nacional coronado con el casco prusiano. El capitalismo, que había alcanzado un equilibrio de fuerzas temporal, revolucionaba continuamente la base económica de la vida nacional. Para conservar esa base, resultado de la guerra franco-prusiana, fue necesario aumentar el ejército permanente. La burguesía había cedido todas sus posiciones políticas a la monarquía feudal, pero se atrincheró enérgicamente en sus posiciones económicas, bajo la protección del Estado militar-policial de los Hohenzollern. Las principales características del último período, que abarca cuarenta y cinco años, son: capitalismo victorioso, militarismo erigido sobre una base capitalista, reacción política como resultado de la interpenetración de la clase feudal y la capitalista, conflicto en la vida económica y un abandono total de los métodos y las tradiciones revolucionarias en la vida política.

Toda la actividad de la socialdemocracia alemana consistió en despertar la conciencia de clase de los obreros atrasados por medio de una lucha sistemática por sus necesidades más inmediatas, reagrupar las fuerzas revolucionarias, aumentar el número de sus miembros, recaudar fondos, desarrollar la prensa y conquistar todas las posiciones posibles, utilizarlas y expandirlas. Esta fue la gran obra histórica del comienzo de la educación de la clase "ahistórica". Los grandes sindicatos centralizados de Alemania se desarrollaron dependiendo directamente del desarrollo de la industria nacional, adaptándose a sus éxitos, tanto fronteras adentro como en los mercados extranjeros, y controlando los precios de las materias primas y de los productos manufacturados. Organizada según distritos electorales para adaptarse a la ley y extendiendo sus tentáculos en todas las ciudades y las comunidades rurales,

la socialdemocracia construyó la peculiar estructura de la organización política del proletariado alemán, con su complicada jerarquía burocrática, su millón de cotizantes, sus cuatro millones de votantes, sus 91 diarios y 65 imprentas. Toda esta actividad polifacética, de importancia histórica incalculable, estaba impregnada hasta la médula del espíritu del posibilismo.

En cuarenta y cinco años de historia, el proletariado alemán nunca tuvo necesidad de batirse por medio de una lucha impetuosa ni de capturar una posición enemiga por medio de un avance revolucionario. Como resultado de la relación de fuerzas, se vio obligado a evitar los inconvenientes o a adaptarse a ellos. En esta práctica, el marxismo como método de pensamiento resultó un valioso instrumento como guía política. Pero no pudo cambiar el carácter "posibilista" de los movimientos obreros tanto en Inglaterra como en Francia y Alemania. A pesar de la superioridad indiscutible de la organización alemana, las tácticas de los sindicatos fueron muy similares en Berlín y en Londres. Su principal logro fue el sistema de acuerdos aduaneros. En el campo político, la diferencia fue más grande y profunda. Mientras el proletariado inglés marchaba bajo la bandera del liberalismo, los trabajadores alemanes formaban un partido independiente con una plataforma socialista. Sin embargo, en el aspecto político, esta diferencia no era tan grande, en comparación con las formas ideológicas y de organización.

A través de la presión que ejercían los trabajadores ingleses sobre el partido liberal, obtuvieron algunas conquistas en el terreno político: la extensión del sufragio, la libertad de sindicarse y la legislación social. El proletariado alemán consiguió lo mismo o incluso más por medio de su partido independiente, el cual tuvo que fundar debido a la rápida capitulación del liberalismo. Y sin embargo este partido,

que en principio luchaba por la conquista del poder, en realidad se vio obligado a adaptarse al poder dominante, para lograr algunas reformas. En otras palabras: debido a las diferentes tradiciones históricas y condiciones políticas, el proletariado inglés se adaptó al Estado capitalista por medio del Partido Liberal; mientras que el proletariado alemán se vio obligado a formar su propio partido para el mismo fin. Para ambos, el contenido de la lucha política tenía un carácter “posibilista” y limitado por condiciones históricas.

La semejanza de estos dos fenómenos tan diferentes en sus formas, se muestra más claramente en el balance del final del período. El proletariado inglés en su lucha cotidiana finalmente tuvo que formar un partido independiente⁶², sin renunciar a sus tradiciones liberales; por su parte, el partido del proletariado alemán, cuando la guerra lo obligó a tomar una decisión fundamental, dio una respuesta acorde con el espíritu nacional-liberal del laborismo inglés.

Es evidente que el marxismo no era ni fortuito ni insignificante en el movimiento obrero alemán. Sin embargo, era prematuro dar por sentado el carácter revolucionario de la socialdemocracia a partir de su ideología marxista oficial. La ideología es un factor muy importante en la política, pero no es lo decisivo. Su papel está al servicio de la política. La profunda contradicción entre una clase revolucionaria

62. Partido Laborista Independiente (ILP): Partido reformista británico fundado en 1893, en un ambiente de reanimación de la lucha huelguística e intensificación del movimiento por la independencia de la clase obrera respecto a los partidos burgueses. Ingresaron en el ILP miembros de los sindicatos, así como intelectuales y pequeños burgueses influidos por los fabianos. En 1906 participó en la fundación del Partido Laborista, con el que durante décadas mantuvo una relación tormentosa. En 1914 la mayoría de sus bases mantuvieron una postura pacifista. En 1920 abandonó la II Internacional y una parte de sus militantes ingresó en el Partido Comunista.

que está despertando y el Estado feudal-reaccionario, necesitaba de una ideología intransigente que dirigiera a todo el movimiento hacia el objetivo de la revolución social. Como las condiciones históricas exigían una táctica “posibilista”, la intransigencia de clase del proletariado encontró su expresión en las fórmulas revolucionarias del marxismo. En la teoría, el marxismo reconcilió con perfecto éxito la contradicción entre reforma y revolución. Sin embargo, el proceso de desarrollo histórico es algo mucho más complicado que la teorización en el reino del pensamiento puro. La clase que tiene potencialidad revolucionaria tuvo que adaptarse durante varias décadas a los métodos del Estado militar-policial de la monarquía, basado en el pujante desarrollo capitalista del país. En el transcurso de ese período, creó una organización de millones de miembros y educó a una burocracia obrera que dirigió a todo el movimiento. Su ideología oficial, el marxismo, predijo el carácter revolucionario que iba a tomar el movimiento; pero ello no impidió que todos los factores, antes comentados, existieran y tuvieran su peso. Solo la ideología más ingenua podría dar el mismo valor a esta previsión de futuro que a las realidades políticas del movimiento obrero alemán.

Los revisionistas alemanes nacieron de la contradicción entre la práctica reformista del partido y su teoría revolucionaria. Ellos no comprendieron que esta contradicción estaba condicionada por circunstancias temporales, aunque duraran bastante tiempo, que se resolvería por el desarrollo social posterior. Pero para ellos era una contradicción lógica. El error de los revisionistas no consistió en confirmar el carácter reformista de la táctica del partido, sino en querer llevar el reformismo a la teoría para perpetuarlo y transformarlo en el único método para la lucha de clase del proletariado. Los revisionistas no tuvieron en

cuenta las tendencias objetivas del desarrollo capitalista, que al profundizar las diferencias de clase debían conducir a la revolución social como el único camino para la emancipación del proletariado. El marxismo, en su duelo teórico con el revisionismo, salió de esta disputa como vencedor en toda la línea. Pero el revisionismo a pesar de ser derrotado en el campo de la teoría, siguió existiendo y sosteniéndose en la práctica y en la psicología del movimiento. Que el revisionismo fuera combatido como teoría no significó para nada que fuera derrotado táctica y psicológicamente. Los parlamentarios, los sindicalistas, los funcionarios del partido continuaron viviendo y trabajando en una atmósfera de posibilismo y estrechez nacionalista. El reformismo dejó su impronta incluso en la mente de August Bebel, el mayor representante de este período.

El espíritu posibilista impregnó a esta generación de obreros alemanes que entró al partido en la década de 1880, los tiempos de Bismarck, de las leyes de excepción y el desencadenamiento de la reacción que oprimió a toda Europa. No tenía el celo apostólico de la generación que estuvo ligada a la Primera Internacional, y tuvo que afrontar desde sus primeros pasos los obstáculos que imponía un imperialismo victorioso. Esta generación se vio obligada a adaptarse a las trampas y las restricciones de las leyes antisocialistas, y se educó en el espíritu de la moderación y la desconfianza constitucional hacia la revolución. Se trata de personas que hoy tienen entre cincuenta y sesenta años de edad, y son los que ahora están a la cabeza de los sindicatos y de las organizaciones políticas. El reformismo es su psicología política, e incluso también su doctrina. El tránsito gradual hacia el socialismo —que es la base del revisionismo— resultó ser un sueño utópico miserable frente a la realidad del desarrollo capitalista. Pero el tránsito político gradual de la socialdemocracia hacia su inserción en

los mecanismos del Estado nacional se ha transformado en una trágica realidad para toda esta generación.

La Revolución Rusa de 1905 fue el primer gran acontecimiento que trajo una bocanada de aire fresco a la atmósfera estancada de Europa, treinta y cinco años después de la Comuna de París. El rápido desarrollo de la clase obrera rusa y la fuerza inesperada de su actividad revolucionaria produjeron una gran impresión en todo el mundo civilizado y dieron impulso a las diferencias y las luchas políticas. En Inglaterra, la Revolución Rusa precipitó la formación de un partido obrero independiente. En Austria, gracias a circunstancias excepcionales, llevó a obtener el sufragio universal masculino. En Francia, el eco de la revolución rusa tomó la forma del sindicalismo⁶³, que dio expresión a las tendencias revolucionarias del proletariado francés que estaba despertando, aunque bajo una forma práctica y teórica inadecuada. Y en Alemania la influencia de la Revolución Rusa condujo al fortalecimiento de la joven izquierda del partido, a su alianza con el ala centro que dirigía la socialdemocracia, y al aislamiento del revisionismo. La pugna por el derecho a voto en Prusia, el puntal de la posición política de los junkers, adquirió un tono más agudo. El partido adoptó, en principio, el método revolucionario de la huelga general. Pero a pesar de todo este movimiento no se encaminó hacia una ofensiva política. De acuerdo con su tradición, el giro hacia el radicalismo se expresó en discutir y escribir resoluciones. No pasó de allí.

63. El sindicalismo revolucionario es una corriente sindical histórica inspirada en Georges Sorel y Arturo Labriola, donde el sindicato era la institución clave tanto para proteger a los trabajadores de sus patrones y del Estado, como para organizar la vida productiva y administrativa de la sociedad. Se oponen al parlamentarismo democrático y a los partidos políticos. El sindicalismo revolucionario se considera como sinónimo del anarcosindicalismo, o como su antecesor.

IX. EL DECLIVE DEL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO

Hace seis o siete años hubo un reflujo político tras la ola revolucionaria. En Rusia triunfó la contrarrevolución y empezó un periodo de decadencia para el proletariado ruso, que se expresó en la política y también en la disminución de la fuerza de sus organizaciones. En Austria se interrumpió la serie de conquistas de la clase obrera, la legislación social dormía en los ministerios, los conflictos nacionales se reanudaron con fuerza en el terreno electoral, debilitando y dividiendo a la socialdemocracia. En Inglaterra, el Partido Laborista retomó sus estrechas relaciones con el Partido Liberal. En Francia, los sindicalistas se pasaron al reformismo. Muy rápidamente, Gustave Hervé se transformó en lo opuesto a lo que era. Y en la socialdemocracia alemana, los revisionistas levantaron la cabeza, envalentados porque la historia les había ofrecido la revancha. Los alemanes del sur votaron a favor del presupuesto, en un gesto significativo. Los marxistas tuvieron que pasar de las tácticas ofensivas a las defensivas. Los esfuerzos del ala de izquierda para atraer al partido hacia una política más activa no tuvieron éxito. El ala centro, que dirigía a la socialdemocracia, se acercaba cada vez más al ala derecha, aislando a los radicales. El conservadurismo, reponiéndose de los golpes recibidos en 1905, triunfó en toda la línea.

Se había terminado la actividad revolucionaria, pero tampoco había lugar para el reformismo, el partido dispuso toda su energía en construir la organización, en ganar miembros para los sindicatos y el partido, fundar periódicos y

conseguir nuevos suscriptores. Después de haber cultivado el oportunismo “posibilista”, el partido fijó como objetivo, el culto a la organización. El culto a la inercia organizativa y el trabajo rutinario nunca fueron tan fuertes en la socialdemocracia alemana como durante los años inmediatos que precedieron a la gran catástrofe. Y no puede haber la menor duda de que la cuestión de conservar las finanzas del partido, las Casas del Pueblo y las imprentas, desempeñaron un papel importante en la posición tomada por el grupo parlamentario en el Reichstag al estallar la guerra. “Si hubiéramos hecho otra cosa, habríamos llevado a nuestra organización a la ruina”, fue el primer argumento que escuché de Molkenbühr, un destacado camarada alemán.

Y qué característico es de la psicología oportunista, moldeada por el trabajo gris de organización, que de los 91 periódicos de la socialdemocracia, ninguno protestó contra la invasión de Bélgica. ¡Ni uno solo! Tras la derogación de las leyes antisocialistas, el partido durante mucho tiempo no se decidió a adquirir sus propias imprentas, por miedo a que el gobierno las confiscara en caso de graves acontecimientos. ¡Y ahora que tiene 65 imprentas, la jerarquía del partido teme dar cualquier paso decisivo, por miedo a que se las confisquen! Lo más elocuente de todo es el incidente de *Vorwärts*, que pide permiso para continuar su tirada, ofreciendo como garantía la adopción de un nuevo programa nacionalista que suspende la lucha de clases por tiempo indefinido. Los amigos sinceros de la socialdemocracia alemana sienten una profunda vergüenza cuando reciben el periódico con el humillante encabezado: “Por orden del Estado Mayor del Ejército”. Si hubieran prohibido el periódico, habría sido un hecho político del cual el partido se podría enorgullecer. En todo caso, hubiera sido mucho más honorable que seguir apareciendo con la huella de la bota militar estampada en la frente.

Pero para el partido son más importantes sus imprentas y su organización que sus principios y su dignidad. *Vorwärts* sobrevive como una evidencia de apenas dos páginas de la brutalidad ilimitada de los junkers en Berlín y en Lovaina, y del oportunismo ilimitado de la socialdemocracia. El ala derecha adoptó más bien una posición “principista”, resultado de sus propias consideraciones políticas. Estas concepciones fundamentales del reformismo alemán fueron formuladas por Wolfgang Heine⁶⁴ en una absurda discusión sobre si los socialdemócratas debían abandonar la sala del Reichstag cuando los miembros se levantaran a aplaudir el nombre del emperador o si debían permanecer sentados. “Por ahora y durante un tiempo, está fuera de toda posibilidad la creación de una República en el Imperio alemán. Por lo tanto, no es algo importante para nuestra política actual”. Solo se puede llegar a éxitos prácticos cooperando con la burguesía liberal. “Por esa razón, no porque sea un purista de la forma, planteé que no hay que dificultar la cooperación parlamentaria apelando a manifestaciones que hieren innecesariamente los sentimientos de la mayoría del Reichstag”. Pero si una simple infracción de la etiqueta monárquica bastaba para destruir la cooperación reformista con la burguesía liberal, entonces estaba claro que la ruptura con la “nación” burguesa en el momento de “peligro” nacional hubiera impedido, en los próximos años, no solo todas las reformas deseadas, sino también todos los deseos reformistas. La actitud de los rutinarios del

64. Heine, Wolfgang (1861-1944): En 1887 se unió al Partido Socialdemócrata, fue líder del ala derecha. Fue uno de los juristas más importantes del partido y diputado del Reichstag. Ministro de Justicia en el gobierno de Prusia durante los años 1898 a 1918. Durante la revolución de 1918 formó parte de la conspiración golpista de Kapp, junto con Gustav Noske, actuando en defensa de la contrarrevolución. Fue redactor de *Sozialistische Monatshefte*.

ala centro, que obedece a la simple necesidad de “conservar” la organización, se complementa con las concepciones políticas de los revisionistas. El punto de vista de estos últimos demostró ser mucho más sólido y terminó imponiéndose. Toda la prensa del partido proclama insistentemente aquello que antes consideró con desprecio: que después de la guerra, la actitud patriótica de las clases trabajadoras se ganará la indulgencia de las clases dominantes y el proletariado será recompensado con algunas reformas. La socialdemocracia alemana no se comportó como un poder revolucionario, no dejándose arrastrar por el torbellino nacionalista y esperando el momento favorable para intervenir en los acontecimientos junto con las otras secciones de la Internacional. No, en vez de esto, la socialdemocracia alemana se comportó como un pesado tren amenazado por la caballería enemiga. Subordinó todo el futuro de la Internacional a la defensa de las fronteras del Estado de clase, comportándose ante todo como un Estado conservador dentro del Estado.

“¡Miren a Bélgica!”, escribía *Vorwärts* para alentar a los trabajadores-soldados. Las Casas del Pueblo se convirtieron en hospitales de campaña, los periódicos fueron suprimidos, toda la vida del partido fue aplastada. Y por esto tienen que perseverar “hasta que la victoria decisiva sea nuestra” (siempre citando a *Vorwärts*). En otras palabras, ¡sigan destrozando todo, y que lo que habéis hecho con vuestras propias manos les sirva de lección! “¡Miren a Bélgica!”⁶⁵.

65. Un corresponsal melodramático de *Vorwärts* dice que buscaba camaradas belgas en la Casa del Pueblo, y lo que encontró allí fue un hospital de campaña alemán. ¿Qué es lo que quería de sus camaradas belgas el corresponsal de *Vorwärts*? “Ganarlos para la causa del pueblo alemán”. Pero ya toda Bruselas estaba “ganada para la causa del pueblo alemán”. (Nota del Autor)

Lo que acabamos de decir se refiere no solo a la social-democracia alemana, sino también a todas las secciones más antiguas de la Internacional que han pasado por la historia del último medio siglo.

X. IMPERIALISMO DE LA CLASE TRABAJADORA

Todavía hay un factor que no se ha clarificado. Está en la base de los acontecimientos por los que ha pasado el partido. Hasta donde conozco, nunca se ha discutido en la prensa socialista la dependencia del movimiento obrero del alcance y los éxitos de la política imperialista del Estado, en particular en sus conflictos económicos. Tampoco puedo resolver este problema en el corto espacio de este trabajo. Así que necesariamente lo que voy a decir no será más que una breve revisión.

El proletariado está interesado profundamente en el desarrollo de las fuerzas productivas. El Estado nacional creado en Europa por las revoluciones y guerras de los años 1789 a 1870, fue el producto básico de la evolución económica del período transcurrido. El proletariado contribuyó plena y conscientemente al desarrollo de las fuerzas productivas dentro de un marco nacional. Apoyaba a la burguesía en su lucha contra los enemigos extranjeros y también en su combate contra la monarquía, el feudalismo y la Iglesia, para obtener la democracia política. Cuando la burguesía se pasó al campo de "la ley y el orden", o dicho de otra manera, tomó una posición reaccionaria, el proletariado retomó la tarea histórica que los burgueses habían dejado incompleta. Ubicándose a la cabeza de una política de paz, cultura y democracia en oposición a la burguesía, contribuyó a la ampliación del mercado nacional, y así dio impulso al desarrollo de las fuerzas productivas. El proletariado tenía también un interés económico en la democratización y el

progreso cultural de todos los demás países, como compradores o vendedores de su propio país. Aquí reside la garantía más importante de la solidaridad proletaria internacional, para su objetivo final y para su política cotidiana. La lucha contra los restos de la barbarie feudal, contra las exigencias despiadadas del militarismo, contra los gravámenes de los terratenientes sirvió, directa o indirectamente, al desarrollo de las fuerzas productivas. Por eso la gran mayoría de los trabajadores organizados hizo causa política común con la socialdemocracia. Todo obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas toca muy de cerca a los sindicatos.

Cuando el capitalismo pasó del terreno nacional al terreno internacional imperialista, la producción local y la lucha económica del proletariado (que va unida a la primera) pasaron a depender directamente de las condiciones del mercado mundial. La forma de estabilizar estas condiciones es mediante acorazados y cañones. En otras palabras, contradiciendo los intereses fundamentales del proletariado entendidos en su amplio sentido histórico, los intereses sectoriales inmediatos de diversos estratos del proletariado dependieron directamente de los éxitos o los fracasos de las políticas exteriores de los gobiernos. Inglaterra, mucho antes que ningún otro país, fundó su desarrollo sobre la base de la rapacidad imperialista e interesó a la capa superior del proletariado en su dominio mundial. En defensa de sus intereses inmediatos como clase, el proletariado inglés se limitó a ejercer presión sobre los partidos burgueses para que le concedieran una tajada de la explotación capitalista de otros países, y solo comenzó a tener una política independiente cuando Inglaterra empezó a perder su posición en el mercado mundial, desplazada, entre otros, por su principal rival: Alemania.

Pero cuando Alemania se transformó en una potencia industrial internacional, también aumentó la dependencia

material y moral de amplias capas de su proletariado con el imperialismo. *Vorwärts* escribió el 11 de agosto que los obreros alemanes denuncian la neutralidad italiana como los chovinistas más extremos. Este diario dice que los trabajadores de su país son “políticamente inteligentes”, y que los socialistas intentaron convencerlos de “los peligros del imperialismo durante años (aunque con muy poco éxito, debemos confesarlo)”. Pero para justificar al imperialismo, *Vorwärts* también se encargó de brindarles argumentos “nacionales” y “democráticos” (la columna vertebral de algunos escritores es tan flexible como sus plumas).

Sin embargo, todo esto no cambia nada el hecho de que los trabajadores alemanes no parecían tener una enemistad irreconciliable hacia las políticas imperialistas cuando llegó el momento decisivo. Al contrario, parecían escuchar atentamente lo que decían los imperialistas, todo envuelto en una pomposa fraseología nacional y democrática. Ésta no es la primera vez que el imperialismo “socialista” ha encontrado defensores en la socialdemocracia alemana. Es suficiente recordar que en el Congreso de la Segunda Internacional celebrado en Stuttgart, la mayoría de los delegados alemanes, especialmente los sindicalistas, fueron los que votaron en contra de la resolución marxista sobre la política colonial⁶⁶. Lo ocurrido causó una gran sensación

66. En el Congreso de Stuttgart (del 16 al 24 de agosto de 1907) el problema de la guerra y el colonialismo pasó al primer plano de las discusiones. Rosa Luxemburgo había planteado frente a la posibilidad de guerra, la necesidad de que los socialistas lucharan contra el militarismo y el colonialismo, oponiéndose a los presupuestos militares y organizando movilizaciones contra la guerra. Sin embargo, se presentó por la Comisión de Colonias del Congreso una propuesta que aceptaba el colonialismo pero reformando y mejorando las condiciones de los nativos. Esta proposición fue rechazada por el Congreso pero a costa de dividirlo casi a la mitad.

en ese momento, pero su verdadero significado sale claramente a la luz en los acontecimientos actuales. Precisamente ahora, la prensa sindical se está dedicando a unir el destino de la clase trabajadora alemana al papel del ejército, con más conciencia y decisión que los periódicos políticos.

Negar las tendencias imperialistas en el seno de la Internacional y el inmenso papel que han desempeñado en la conducta de los partidos socialistas, es cerrar los ojos ante la evidencia. Estos hechos son perturbadores. Pero en ellos reside la inevitabilidad de la crisis revolucionaria. Mientras el capitalismo tuvo una base nacional, el proletariado no podía dejar de colaborar en la democratización de las relaciones políticas y en el desarrollo de las fuerzas productivas por intermedio del Parlamento, de los consejos comunales y demás actividades. Los intentos de los anarquistas para establecer una agitación formalmente revolucionaria en oposición a la lucha política de la socialdemocracia, fracasaron completamente, los condenaron al aislamiento y a una extinción gradual. Pero cuando los Estados capitalistas sobrepasan su forma nacional para convertirse en potencias imperialistas mundiales, el proletariado, si continúa aplicando sus viejas tácticas, no puede oponerse eficazmente a este nuevo imperialismo. Y la razón es el llamado programa mínimo, que moldeó su política en el marco del Estado nacional. Cuando su principal preocupación son los tratados arancelarios y la legislación social, el proletariado es incapaz de aplicar la misma energía en la lucha contra el imperialismo que la que utilizó en la lucha contra el feudalismo. Sus viejos métodos de lucha consistían en adaptarse a los cambios constantes del mercado. Esta metodología aplicada hoy a las nuevas condiciones del imperialismo, lo llevan a caer en la dependencia material e ideológica de este último.

Para oponerle su fuerza, el proletariado solo puede agruparse bajo la bandera del socialismo. La clase trabajadora es

impotente mientras sus grandes organizaciones se mantengan en el terreno de sus viejas tácticas posibilistas. Será todopoderosa cuando tome el camino de la revolución social.

Los métodos de oposición parlamentaria no solo son infructuosos en lo que a resultados prácticos se refiere, sino que dejan de movilizar a los trabajadores, que ven con claridad que detrás de los parlamentarios se perfila el imperia-lismo, que por medio de la fuerza armada reduce los salarios y la vida misma de los trabajadores a una dependencia cada vez más estrecha de sus éxitos en el mercado mundial. Era claro para cualquier socialista consciente que el camino que podía conducir al proletariado desde el oportunismo a la revolución no era la agitación, sino una convulsión histórica. Pero nadie predijo que este cambio inevitable de tácticas estaría precedido por el derrumbe de la Internacional.

La historia trabaja con una inexorabilidad gigantesca. ¿Qué significa para ella la Catedral de Reims?⁶⁷ ¿Qué son para ella cientos o miles de reputaciones políticas? ¿Qué es la vida o la muerte de cientos de miles o de millones de personas? El proletariado se ha quedado demasiado tiempo en la escuela preparatoria, mucho más de lo que pensaban sus fundadores. La historia tomó la escoba, barrió a la Internacional de los epígonos⁶⁸ y arrojó al campo de batalla a esos millones que se movían lentamente. Allí se están ahogando en sangre sus últimas ilusiones. ¡Una experiencia terrible! El destino de la civilización europea depende de sus resultados.

67. Durante la Primera Guerra Mundial, Reims fue bombardeada y más tarde ocupada por tropas alemanas. Gran parte de la Catedral, símbolo nacional de Francia, fue destruida por la aviación alemana.

68. *Epígono*: Seguidor, discípulo, aficionado, partidario. Se refiere a los dirigentes del momento de la Internacional Socialista, en un sentido peyorativo.

XI. LA ÉPOCA REVOLUCIONARIA

A finales del último siglo, surgió una acalorada controversia en Alemania sobre la siguiente cuestión: ¿Qué efecto produce la industrialización de un país sobre su poder militar? Los políticos agrarios y los escritores reaccionarios como Sehring, Carl Ballod y Georg Hansen argumentaban que el rápido aumento de población en las ciudades en detrimento de los distritos rurales, minaba la base del poder militar del imperio y ellos, naturalmente, sacaban conclusiones patrióticas en favor del proteccionismo agrario. Desde otro lado, Lujo Brentano y su escuela defendían un punto de vista exactamente opuesto. Señalaba que la industrialización creaba nuevos recursos financieros y técnicos, y también desarrollaba en el proletariado la fuerza vital capaz de hacer un uso eficaz de los nuevos medios de defensa y de ataque. Brentano sacaba lecciones de la guerra de 1870-1871: "Los regimientos provenientes del distrito preponderantemente industrial de Westfalia fueron los mejores". Y explicaba este hecho correctamente por la mayor capacidad del obrero industrial para adaptarse a las nuevas circunstancias.

¿Quién tenía razón? La guerra prueba que Alemania, que hizo los más grandes progresos en la esfera del capitalismo, fue capaz de desplegar el más alto poder militar. De la misma manera, en todas las naciones beligerantes, el proletariado demuestra una energía colosal y eficaz en sus actividades bélicas. No vemos allí el heroísmo pasivo del campesinado, a la manera de una horda, galvanizado por

la sumisión a lo que está predeterminado o a las supersticiones religiosas. Por el contrario, se trata de un espíritu individualizado de sacrificio, nacido de un impulso interior, que marcha bajo un ideal. Lamentablemente, hoy el proletariado combate por un nacionalismo belicoso, enemigo mortal de sus verdaderos intereses. La clase gobernante ha demostrado ser lo bastante fuerte como para imponer sus aspiraciones sobre el proletariado, y este, con plena conciencia de lo que hacía, puso su inteligencia, su entusiasmo y sus fuerzas al servicio de la clase enemiga. Este hecho marca la terrible derrota del socialismo. Pero también se descubre en él la posibilidad de su victoria definitiva. No cabe duda, que una clase que es capaz de desplegar tanta abnegación y sacrificio en una guerra que considera "justa" será aun más capaz de desarrollar estas cualidades cuando la marcha de los acontecimientos le proporcione una tarea verdaderamente digna de su misión histórica.

La época de la toma de conciencia, la instrucción y la organización de la clase trabajadora reveló que tenía enormes recursos de energía revolucionaria que no se empleaban adecuadamente en la lucha cotidiana. La socialdemocracia llamaba a la batalla a las capas superiores del proletariado, pero también contuvo su energía revolucionaria mediante la adopción de tácticas dilatorias, la estrategia de dejar que el oponente se agote por sí solo. El carácter de este período fue tan gris y reaccionario que no le dio a la socialdemocracia la oportunidad de asignar tareas al proletariado en las que pusiera en juego todo su espíritu de sacrificio. Hoy el imperialismo le está dando esas tareas, y consigue su objetivo arrastrando al proletariado a una posición de "defensa nacional", que para los trabajadores significa la defensa de todo lo que han creado con sus manos. No solo la inmensa riqueza de la nación, sino también

sus propias organizaciones y todo lo que han conquistado en luchas incesantes y agotadoras a lo largo de varias décadas. El imperialismo destruyó violentamente el equilibrio instaurado, demoliendo las compuertas levantadas por la socialdemocracia para regular la corriente de energía revolucionaria del proletariado y llevó a esta corriente hacia su propio cauce.

Pero esta experiencia histórica colosal, que derribó de un golpe a la Internacional, oculta un peligro mortal para la misma sociedad burguesa. El martillo es arrancado de las manos del obrero y en su lugar se ha colocado el fusil. Y el obrero, atado de pies y manos a la maquinaria del sistema capitalista, repentinamente sale a la superficie y se le enseña que los objetivos de la sociedad están por encima de la felicidad individual, e incluso de su propia vida. Con el arma que él mismo ha fabricado, el obrero alcanza una posición en la que el destino político del Estado depende directamente de él. Aquellos que en tiempos normales lo explotaban y despreciaban, ahora lo adulan servilmente. Al mismo tiempo se familiariza con el cañón, al que Lasalle llamaba uno de los más importantes ingredientes de todas las constituciones. Cruza las fronteras, participa en las requisiciones, y ayuda a transferir el control de las ciudades de un bando a otro. Se están produciendo cambios inéditos. A pesar de que la vanguardia de la clase obrera ya sabía que la fuerza es la madre del derecho, su pensamiento político estaba totalmente impregnado por el espíritu del posibilismo, por la adaptación al legalismo burgués. Pero ahora la experiencia actual le está enseñando a despreciar esta legalidad y a destruirla. Ahora las fuerzas dinámicas están reemplazando las fuerzas estáticas en su psicología. Aprende que si no puede sortear un obstáculo, puede derribarlo. Casi toda la población masculina adulta está pasando por esta terrible escuela de guerra que está

formando un nuevo tipo humano. ¡Por encima de las normas burguesas, de sus leyes, de su moral, de su religión se alza el puño de hierro de la necesidad! “La necesidad no conoce de leyes”, dijo el canciller alemán el 4 de agosto. Los monarcas se exhiben en público y con un lenguaje vulgar se reprochan mutuamente la responsabilidad de la guerra; los gobiernos traicionan las obligaciones que habían contraído solemnemente; el clero reniega de su Dios crucificándolo en el altar del militarismo. ¿No está claro que todas estas circunstancias tienen que producir un cambio profundo en la psicología de la clase trabajadora, quitándole su hipnosis sobre el respeto a la legalidad, que fue la expresión de un período de estancamiento político?

Las clases poseedoras, para su horror, pronto tendrán que reconocer este cambio. Una clase trabajadora que ha pasado por la escuela de la guerra, sentirá la necesidad de usar el lenguaje enérgico de la fuerza en cuanto tenga que enfrentarse al primer obstáculo serio en su propio país. “La necesidad no conoce de leyes”, gritarán los trabajadores cuando se intente contenerlos amparándose en las leyes burguesas. Y la terrible pobreza que prevalece en esta guerra y que continuará cuando terminen las hostilidades, llevará a las masas a transgredir más de una ley burguesa. El agotamiento económico general de Europa afectará al proletariado en forma más inmediata y grave. Los recursos materiales del Estado se extenuarán por la guerra, y la posibilidad de satisfacer las demandas de las masas trabajadoras será muy limitada. Esto debe conducir a profundos conflictos políticos que al ir generalizándose pueden asumir el carácter de una revolución social, cuyo desarrollo y resultados nadie puede prever por ahora.

Por otra parte, la guerra con sus ejércitos de millones de hombres y sus diabólicas armas de destrucción, puede consumir no solo los recursos materiales de la sociedad

sino también las fuerzas morales del proletariado. Si no encuentra resistencia interna, esta guerra puede continuar varios años más, con éxitos provisionales para uno u otro bando, hasta que los principales beligerantes queden completamente agotados. Toda la energía combativa del proletariado puede extinguirse en este horrible trabajo de aniquilamiento mutuo. El resultado será el retroceso de nuestra civilización por muchas décadas. Una paz que no surja de la voluntad de los pueblos en guerra, sino del agotamiento mutuo de los contendientes, será una paz como la que puso fin a la guerra balcánica; una paz de Bucarest extendida a toda Europa. Lo único que lograría es volver a parchear las mismas contradicciones, los mismos antagonismos y las mismas fuentes de conflicto. El trabajo de dos generaciones de socialistas se ahogaría en un mar de sangre sin dejar rastro.

¿Cuál de estas perspectivas es la más probable? Es algo que no se puede determinar teóricamente a priori. La solución depende enteramente de la actividad de las fuerzas vitales de la sociedad y sobre todo de la socialdemocracia revolucionaria.

“¡Cese inmediato de la guerra!” es la consigna bajo la que la socialdemocracia puede reunir sus filas diseminadas, tanto dentro de los partidos nacionales como en toda la Internacional. El proletariado no puede hacer depender su voluntad de paz de las consideraciones estratégicas de los Estados mayores. Al contrario, debe oponer su deseo de paz a estas consideraciones militares. Lo que los gobiernos en guerra proclaman como una lucha por la propia conservación nacional, en realidad es un aniquilamiento mutuo. La única autodefensa nacional auténtica es ahora la lucha por la paz. Para nosotros no es solo una lucha por salvar el patrimonio cultural y material de la humanidad, sino por encima de todo, para conservar la energía revolucionaria

del proletariado. Reagrupar las fuerzas de la clase obrera en una lucha por la paz significa ubicar a las fuerzas del socialismo revolucionario frente a frente con el imperialismo. Las condiciones bajo las que se debe firmar la paz — la paz de los pueblos, no la reconciliación de los diplomáticos — han de ser las mismas para toda la Internacional.

¡Ninguna anexión! ¡Ninguna indemnización!

¡Derecho a la autodeterminación para todas las naciones! ¡Por los Estados Unidos de Europa, sin monarquías, sin ejércitos permanentes, sin castas feudales gobernantes, sin diplomacia secreta!

La agitación por la paz que debe llevarse a cabo simultáneamente con todos los medios a disposición de la socialdemocracia, no solo arrancará a los trabajadores de la hipnosis nacionalista, sino que también facilitará el trabajo necesario de depuración interna de los partidos obreros oficiales. Hay que arrojar al campo del enemigo a los revisionistas y los socialpatriotas de la Segunda Internacional, que han explotado la influencia que conquistó el socialismo entre las masas trabajadoras para fines militaristas. La socialdemocracia revolucionaria no debe tener miedo de quedarse aislada. ¡Al contrario! La guerra está haciendo una terrible agitación contra sí misma. Si nuestra bandera es el estandarte honesto de la paz y la democracia, cada día traerá nuevas masas que se agruparán bajo ella. Con la consigna de la paz aislaremos a la reacción militarista en Europa y la obligaremos a pasar a la defensiva.

Nosotros, revolucionarios marxistas, no tenemos ninguna razón para perder las esperanzas. *La época en la cual estamos entrando ahora será nuestra época.* El marxismo no está derrotado. Al contrario, si bien el estampido de la artillería en todos los campos de batalla de Europa significó la bancarrota de las organizaciones históricas del proletariado,

también proclama la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda ahora de las esperanzas de un desarrollo “pacífico”, de la mitigación de los contrastes de clase, del tránsito gradual al socialismo? Los reformistas, que esperaban resolver la cuestión social por medio de acuerdos de tarifas, ligas de consumidores y cooperación parlamentaria de la socialdemocracia con los partidos burgueses, ahora depositan todas sus esperanzas en la victoria de las armas “nacionales”. Esperan que las clases poseedoras muestren mayor disposición a satisfacer las necesidades del proletariado porque este último ha demostrado su patriotismo. Esta expectativa sería una tontería si no escondiera otra esperanza mucho menos “idealista”: que una victoria militar le permitiría a la burguesía un campo imperialista más amplio para enriquecerse a costa de la burguesía de otros países y que pueda compartir parte del botín con su propio proletariado, a expensas del proletariado de otros países. *El reformismo socialista se ha convertido en realidad en imperialismo socialista.* Ante nuestros propios ojos, se produce la desastrosa liquidación de las esperanzas de un próspero bienestar del proletariado mundial. Para escapar de este callejón sin salida, los reformistas tuvieron que recurrir a la violencia, contradiciendo su propia doctrina. Pero no a la violencia del pueblo contra las clases dominantes, sino a la de las clases dominantes contra otras naciones.

Desde 1848 la burguesía alemana renunció a los métodos revolucionarios, dejando a la casta feudal la resolución de su desarrollo burgués por métodos militares. El desarrollo social enfrentó al proletariado con el problema de la revolución. Al eludirla, los reformistas tuvieron que pasar por el mismo proceso de decadencia histórica de la burguesía liberal: dejaron al cuidado de la casta feudal la resolución del problema proletario mediante métodos militares. Pero aquí se termina la analogía. La creación de Estados

nacionales resolvió el problema burgués por un largo periodo. Las numerosas guerras coloniales que ocurrieron después de 1871 culminaron la época ampliando el terreno del desarrollo de las fuerzas capitalistas. El período de las guerras coloniales llevadas a cabo por los Estados nacionales condujo a la guerra actual de los Estados nacionales... por las colonias. Después del reparto del mundo entre las potencias capitalistas, ya no les quedaba más que arrancarse sus conquistas entre ellas.

Citando de nuevo a Georg Irmer:

“Es equivocado decir, como ocurre a menudo, que la nación alemana ha entrado demasiado tarde en la lucha por la economía y la dominación mundiales y que el planeta ya está repartido. ¿No se ha dividido la Tierra muchas veces en todas las épocas de la historia?” (*Los von englischen Weltjoch*, 1914, p. 42).

Pero un nuevo reparto de colonias entre los países capitalistas, no ensancha la base del desarrollo capitalista. La ganancia de un país significa la pérdida de otro. Una mitigación temporal de los conflictos de clases en Alemania, llevaría a una intensificación extrema de la lucha de clases en Francia y en Inglaterra y viceversa. Un factor adicional de decisiva importancia es el *despertar capitalista en las colonias*, al que la guerra actual dará un poderoso ímpetu. La desorganización del *statu quo* mundial arrastrará la desorganización del orden colonial. Las colonias perderán su carácter “colonial”. Cualquiera que sea la salida del conflicto, la base imperialista del capitalismo europeo no se ampliará, sino que se estrechará. La guerra, por tanto, no resolverá la cuestión obrera sobre una base imperialista. Al contrario, la intensifica, planteando como alternativa para el mundo capitalista *la guerra permanente o la revolución permanente*.

Si la guerra “se le fue de las manos” a la Segunda Internacional, sus consecuencias inmediatas se les irán de las manos a la burguesía mundial. Nosotros, los socialistas revolucionarios, no queríamos la guerra. Pero no la tememos. No nos sumimos en la desesperación ante el naufragio de la Internacional, esa vieja forma barrida por la historia. La época revolucionaria creará nuevas formas de organización a partir de los recursos inextinguibles del socialismo proletario, que estarán a la altura de las nuevas tareas. Ponemos manos a la obra entre el rugido de los cañones, la destrucción de las catedrales y el alarido patriótico de los chacales capitalistas. Mantendremos claras nuestras ideas en medio de esta infernal música de muerte. Nos sentimos la única fuerza creadora del futuro. Somos muchos más de lo que parecemos. Mañana seremos mucho más numerosos que hoy. ¡Sesenta y siete años después de la publicación de *El Manifiesto Comunista*, millones de hombres se agruparán bajo nuestra bandera, hombres que no tienen nada que perder, salvo sus cadenas!



FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

www.fundacionfedericoengels.org

C/ Hermanos del Moral 33, bajo B
28019 Madrid • Telf: 914 283 870

fundacion@fundacionfedericoengels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en el que el auge de la lucha de clases, en el contexto de la crisis capitalista, exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico y favoreces el desarrollo de sus actividades. Además recibirás los folletos que publicamos, la revista **MARXISMO HOY**, disfrutarás de un descuento en las publicaciones de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

en MÉXICO

La Fundación Federico Engels lleva desarrollando una intensa actividad en México durante más de una década, ofreciendo al movimiento obrero las obras fundamentales de los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, etc.) así como textos contemporáneos.

Algunas de las ediciones más sobresalientes del catálogo de la Fundación en México, como la obra póstuma de León Trotsky, *Los gánsteres de Stalin*, han sido realizadas en colaboración con el Museo Casa de León Trotsky. Una de las actividades más significativas de la Fundación ha sido la puesta en marcha de ferias del libro marxista en algunas de las principales universidades del país (UNAM, UAM, BUAP, UAEH), así como la formación de círculos de estudio en diferentes partes del país sobre la base de nuestras publicaciones.

Tfno. celular: (044-55) 91-05-63-16 / fundacionfedericoengels@militante.org

en VENEZUELA

LA LIBRERÍA SOCIALISTA de la Fundación Federico Engels en Caracas.
Centro Comercial EXPOMECA 2000, Locales 107-109. Esq. El Conde a Carmelitas.
Podrás encontrar nuestros títulos y el catálogo más amplio de textos marxistas.

Tfnos. 0416-8108413 / 0416-2182821 / fundacionfedericoengels2@gmail.com

Si quieres hacerte socio de la Fundación, solicitar más información o hacer un pedido de libros, ponte en contacto con nosotros a través de cualquiera de nuestros teléfonos o correos electrónicos

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 ... León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China, de la revolución a la contrarrevolución
- Número 17 Venezuela, la lucha por el socialismo hoy
- Número 18 A 30 años de la Revolución Sandinista
- Número 19 ... El capitalismo en crisis. Por una alternativa marxista
- Número 20 ... Revolución y contrarrevolución en el mundo árabe
- Número 21 Rosa Luxemburgo y la revolución alemana

SUBSCRÍBETE A MARXISMO HOY

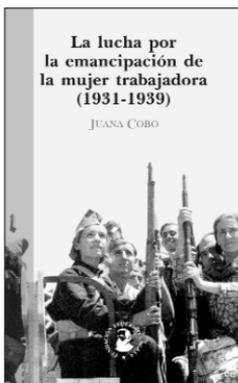
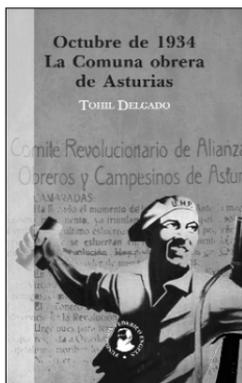
FORMA DE PAGO

- Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.
- Transferencia bancaria (Bankia) a nombre de la Fundación:
IBAN ES68 / Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19 / 6000277153.

ESTADO ESPAÑOL EUROPA RESTO MUNDO

Dos números 12 euros 15 euros 20 euros

MEMORIA HISTÓRICA



Memoria Obrera Revolucionaria

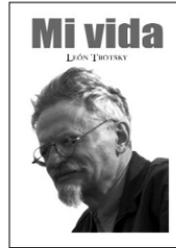
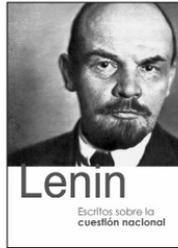
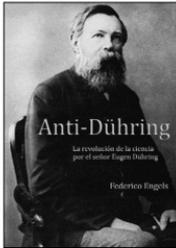
- Octubre de 1934. La Comuna obrera de Asturias.
- La batalla por la enseñanza y la cultura durante la Segunda República.
- La lucha por la emancipación de la mujer trabajadora (1931-1939).
- La Segunda República y la cuestión nacional.
- Tierra y libertad. Combates por la reforma agraria.
- La cuestión marroquí. El colonialismo español en la guerra y en la revolución.
- Entre el gobierno y la revolución. La fractura socialista.
- Teoría y práctica del anarcosindicalismo en la revolución española.
- Poder obrero y contrarrevolución (1936-1939).
- El triunfo de la dictadura franquista. En defensa de la Memoria Histórica.
- La Revolución de los Claveles



Revolución Socialista y Guerra Civil (1936-1939)

- I. Las raíces históricas
- II. Los años decisivos. Teoría y práctica del Partido Comunista de España
- III. Balance de una ruptura. Los socialistas en el gobierno, en la guerra y en la revolución
- IV. La revolución inconclusa.
El movimiento anarcosindicalista
- V. La izquierda comunista.
La ICE, el BOC y el POUM

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



C. Marx y F. Engels

- Anti-Dühring
- Contribución al problema de la vivienda
- Crítica del programa de Gotha / Crítica del programa de Erfurt
- Del socialismo utópico al socialismo científico
- El 18 Brumario de Luis Bonaparte
- El manifiesto comunista (*castellano / català / euskara / galego*)
- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado
- El papel de la violencia en la historia
- Introducción a 'Dialéctica de la naturaleza' (y otros)
- La guerra civil en Francia
- L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana (y otros)
- Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital

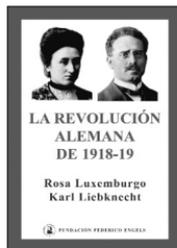
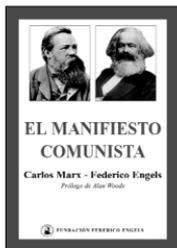
V. I. Lenin

- El dret d'autodeterminació de les nacions (*català*)
- El Estado y la revolución (*castellano / català / euskara*)
- El imperialismo, fase superior del capitalismo
- Escritos sobre la cuestión nacional
- La bancarrota de la Segunda Internacional
- La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo
- La revolución proletaria y el renegado Kautsky
- Las tesis de Abril
- Marx, Engels, marxismo

L. Trotsky

- 1905 / Resultados y perspectivas
- ¿Adónde va Francia?
- Acerca de los sindicatos
- El programa de transición (*castellano / euskara*)
- Escritos sobre la revolución española (1930-1939)
- Historia de la Revolución Rusa (2 vols.)
- La lucha contra el fascismo
- La revolución permanente

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



- La revolución traicionada
- Mi vida
- Problemas de la vida cotidiana
- Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra
- Terrorismo y comunismo
- Una escuela de estrategia revolucionaria

R. Luxemburgo

- Huelga de masas, partido y sindicatos
- La crisis de la socialdemocracia
- La revolución alemana de 1918-19
- Reforma o revolución (*castellano / català / euskara*)

E. Preobrazhenski

- Anarquismo y comunismo (*castellano / euskara*)

J. Plejánov

- Contra el anarquismo
- La concepción materialista de la historia
- El papel del individuo en la historia / 'Cant' contra Kant

F. Mehring

- Carlos Marx y la I Internacional
- Sobre el materialismo histórico

P. Lafargue

- El derecho a la pereza / La jornada laboral de ocho horas
- ¿Por qué cree en Dios la burguesía? / La caridad cristiana

J. Connolly

- Socialisme i nacionalisme - Escrits (*català*)
- Klase zapalduak Irlandaren historian (*euskara*)

VVAA

- La Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos

N. Krúpskaya

- Recuerdo de Lenin

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



Ted Grant

- Historia del trotskismo británico
- Obras, Volumen I
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución

Juan Ignacio Ramos

- Bajo la bandera de la rebelión. Rosa Luxemburgo y la revolución alemana
- Pirómanos apagando un fuego

Eloy Val del Olmo

- Euskal Herria y el socialismo. Marxismo y cuestión nacional

Pablo Cormenzana

- La batalla de Inveval

Celia Hart

- Apuntes revolucionarios

Alan Woods y Ted Grant

- Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente

Varios Autores

- En defensa de la revolución de Octubre (selecc. de escritos)
- Sindicato de Estudiantes. 20 años de historia, 20 años de lucha

COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

Enrique Alejandro

- Historia del movimiento obrero en Guadalajara (1868-1939)
- Guadalajara, 1719-1823. Un siglo conflictivo.

José Martín

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos

Arturo Val del Olmo

- 3 de marzo. Una lucha inacabada

Felipe Palacios

- Carrier. Lecciones de una lucha

SINGETRAM

- Nueve años en lucha por el control obrero en la revolución bolivariana

CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

1. Introducción al materialismo dialéctico.
2. La república soviética húngara de 1919. La revolución olvidada.
3. De noviembre a enero. La revolución alemana de 1918.
4. El marxismo y la religión.
5. El marxismo y el arte.
6. Breve historia del desarrollo capitalista y del movimiento obrero en Turquía.
7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano.
8. Ascenso y caída de N. Bonaparte.
9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? / El resurgir del fundamentalismo.
10. El origen de los judíos.



www.elmilitante.net

Periódico elaborado por y para los trabajadores que colabora con la Fundación Federico Engels en la defensa y difusión de las ideas del marxismo revolucionario.

Tendencia Marxista MILITANTE (México)

¡Únete a nosotros para fortalecer la lucha por la revolución socialista!

Nos puedes contactar en: **www.militante.org** · **info@militante.org**
Teléfono celular DF: (044-55) 23-26-65-04 · Puebla: (044-22) 23-71-11-61
· Hidalgo: (044-77) 17-48-43-84

Corriente Marxista Revolucionaria (Venezuela)

La Corriente Marxista Revolucionaria (CMR) la constituimos un grupo de camaradas del movimiento obrero, popular y juvenil venezolano que luchamos por defender y profundizar el actual proceso revolucionario en nuestro país, desde una perspectiva socialista e internacionalista. Si estás interesado en conocer más nuestras ideas, en difundir el periódico, participar en nuestras reuniones o unirse a la lucha por el socialismo, ponte en contacto con nosotros.

Web de la CMR: **www.elmilitantevenezuela.org**

E-mail: **contactar@elmilitantevenezuela.org**

Tel.: **0414-2525566 / 0412-5836284**

